


A photograph of a swimming pool with light blue tiled walls. Two mannequin heads are floating in the water. The head on the left is wearing a yellow swim cap and a red bikini top. The head on the right is wearing a red swim cap and a red bikini top. The water is calm, and the tiles are visible in the background.

Temas de conversación


MIRANDA POPKEY

gatopardo ediciones 

TEMAS DE CONVERSACIÓN

MIRANDA POPKEY

Traducción de Patricia Antón

gatopardo ediciones 

Título original: *Topics of Conversation*
Copyright © 2020 by Miranda Popkey

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte



© de la traducción: Patricia Antón de Vez Ayala-Duarte, 2020

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2020

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: enero de 2021

Diseño de la colección y cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Maria Švarbová

Imagen de la solapa: © Elena Seibert

eISBN: 978-84-122364-4-6

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

*Este libro es para WRM,
y también para Kent Lowell*

¿Cómo reconocer dónde hay un cuento?
Tengo muchísima experiencia, pero mis escasos resultados la hacen parecer fútil.

Sylvia Plath
Diarios completos, 28 de diciembre de 1958

1. ITALIA, 2000

Desde la orilla, el mar se ve en tres pedazos, como una pintura abstracta que se mueve suavemente. Junto a la arena es un líquido color verde pálido de un lago fértil. Luego viene una franja aguamarina, el color que una imagina al leer la palabra: *agua marina*, agua del mar. Finalmente, un azul intenso, el color de un pigmento, como pintura fresca que brota de un tubo metálico. Sylvia Plath escribió en su diario el mes que conoció a Ted Hughes, ese mismo día, no, el día antes: «¿Qué palabra azul podría capturar esa poción cegadora de la luz azul de la luna sobre el campo llano, luminoso, de nieve blanca, con los árboles negros contra el cielo, cada uno con su propia configuración de ramas?». Pasemos por alto la nieve, los árboles negros. El mar estaba de ese color, el color de *qué palabra azul*.

Aquel verano estaba leyendo los diarios de Plath porque tenía veintiún años y las sensaciones me tenían loca, estaba ebria de ellas. Y, para la clase de persona que va derecha de una licenciatura en Literatura Inglesa a un posgrado de esa misma materia (o sea, para mí), los *Diarios de Sylvia Plath, 1950-1962*, reeditados aquel año en su versión íntegra, cuentan como lectura placentera. Se conocieron, me refiero a Sylvia y Ted, en febrero, y se casaron en junio, el 16, el *Bloomsday*, el día del Leopold Bloom de Joyce. Fue premeditado. Premeditado y los delató bastante; me refiero a que revelaba que no deberían haberlo hecho, lo de casarse. No era más que simbolismo juvenil. O uno de ellos, al menos. Una de las cosas que te delatan en la vida. Eso pasaba en Otranto, yo estaba allí, en agosto. El mar se veía de tres tonos de lo que podría llamarse azul y yo estaba de vacaciones y no lo estaba.

Los padres de Camila eran psicoanalistas argentinos y yo estaba de vacaciones en el sentido de que habían pagado mi vuelo de Nueva York a Londres y de Londres a Roma y de Roma a Brindisi y el tren de Brindisi a Otranto y también el complejo turístico en el que nos alojábamos, desparramado por una ladera en terrazas y bancales, con muros de ladrillo y todo incluido, de modo que en teoría yo podía pedir, desde las tumbonas de listones de madera pintadas de blanco, cuantas bebidas quisiera. Aunque en la práctica no podía hacer eso porque la razón por la que me habían pagado los vuelos, el tren y la habitación, la razón por la que estaba siquiera con Camila y sus padres, era que Camila tenía unos hermanos gemelos de siete años y era tarea mía ocuparme de ellos. Matteo y Tomás: Tomás era más menudo y rubio, y a Matteo, con su torso bronceado y el pelo oscuro y rizado, lo confundían todo el rato con un lugareño. Por el nombre también, claro; el padre de Artemisia era italiano, de ahí que lo pronunciaran así. Vivían en el Upper West Side, y Artemisia y los niños y el marido, Pablo, eran de «origen» argentino. Camila y yo éramos amigas, un punto más en la columna de las vacaciones.

Las primeras dos semanas fueron las más duras. Los gemelos tenían una niñera en Nueva York,

también argentina, y coincidía que agosto era su mes de vacaciones, y conmigo, al principio, se habían amotinado, como suelen hacer los niños cuando se les somete a una nueva autoridad. No podrían haber sabido con exactitud por qué era reacia a salir corriendo de su habitación hacia la de sus padres, para comprobar una vez más qué era lo que supuestamente debían o no debían comer y ver en la tele, hasta qué hora se suponía que podían quedarse levantados o no, pero sin duda captaron esa reticencia mía, la enormidad de mi aprensión. Artemisia solo me había dado unas pautas generales (que no se pasen con las golosinas, y no le quites ojo a tu vino, porque intentarán echarse un poco en su Coca-Cola), y una mujer que no fuera yo lo habría entendido como una licencia, una mujer distinta habría sabido, por cómo se maquillaba los ojos Artemisia, por los vestidos largos y sueltos, sin mangas, que llevaba, por las pulseras que acumulaba en su brazo delgado y bronceado, por las gafas de sol y los pañuelos, por el hecho de que Pablo solo me hubiera hablado directamente en tres ocasiones y nunca sobre los niños, que poner normas era cosa mía. Pero yo era una chica insegura, andaba corta de determinación y autoestima, y deseaba gustarles a Artemisia y Pablo, a Artemisia en particular, porque enseguida me resultó evidente, por los vestidos sueltos y las pulseras y también por la forma en que Pablo inclinaba la cabeza cuando hablaba conmigo, de modo que sus ojos, porque ya era bajo de por sí, no miraban exactamente mi cara, que la aprobación de ella sería la más difícil de conseguir. Aquellas primeras semanas las pasé con el temor de que Tomás y Matteo, al que llamábamos Teo, de modo que eran Tom y Teo, con la «o» de Tom cerrada para que no sonase en absoluto como una abreviatura del *Thomas* americano, fueran corriendo a sus padres con el cuento de que la nueva niñera era horrorosa y pidieran que la echaran. Como si estuviera en alguna imitación de una novela de Henry James, algún remedo de adaptación hecha por la productora Merchant Ivory.

Y así transcurrió la primera semana, en la que yo trataba de negarles una golosina por aquí o un privilegio por allá y ellos se quejaban y yo cedía de inmediato, en la que les compraba *bomboloni* por la mañana y *cornetti* por la tarde y conseguía que no tuviesen apetito para la cena a las ocho y ellos pedían quedarse levantados hasta la película de las once y cuarto de la noche en Retequattro, y se quejaban diciendo «Da igual que no sea apta para niños», y fue así como Tom y Teo se quedaron dormidos viendo *Instinto básico* y yo pensé que, bueno, seguro que la habían recortado para esa emisión y que por supuesto estaba doblada y que en realidad hasta qué punto entendían ellos el italiano, por mucho que tuvieran un abuelo y parientes maternos que lo hablaran fluido. Como si el problema fuera la lengua. Eso sí, no le quité ojo al vino.

La segunda semana fue peor porque ya estaban cansados de conseguir lo que quisieran, y el deseo, en esos casos, no consiste tan solo en conseguir lo que uno quiere sino en sentir que te has salido con la tuya al conseguir lo que querías, de modo que entonces empezaron a dar problemas de verdad, problemas del tipo «causar daños en el hotel», motivo por el cual, en la velada de la décima noche, me encontré chillando, gritándole realmente por primera vez a Teo para que dejara de usar el cuchillo dentado de la cena con el fin de sacarle las plumas a un cojín. Respondió de maravilla: dejó de hacerlo al instante y solo lloró un poquito, se comió sus *frutti di mare* en silencio, no pidió después un helado ni profiteroles con chocolate. Y todo el tiempo tenía los ojos muy abiertos y una leve sonrisa en los labios rosados y húmedos, con la esperanza de recibir a cambio también una sonrisa, un gesto de aprobación con la cabeza. Es cierto lo que dicen algunos: los niños ansían en realidad que les pongan límites. Con ese «algunos» me refiero a Artemisia.

El día anterior al incidente del cuchillo dentado, a primera hora de la tarde, cuando los niños, ebrios de sol tras la mañana en la playa, dormían con los diminutos bañadores Speedo llenos de

arena, espatarrados, respirando profundamente y babeando, yo había llamado a la puerta de Artemisia. Pasa, dijo, y abrí la puerta y me la encontré en bikini. Pasa, repitió, porque yo todavía no había cruzado el umbral. Entré en la habitación y Artemisia se volvió de espaldas a mí y se inclinó para desatarse los nudos de tela en la nuca y la columna vertebral que sujetaban la parte de arriba. Cierra la puerta, me dijo. Eso hice, y cuando me di la vuelta, estaba frente a mí. Tenía los pechos grandes y algo caídos, llenos de pecas, con los pezones del color de las nueces, tostados y arrugados como ellas, y que sugerían una textura similar. No digo estas cosas con ánimo de criticar. Sus pezones no señalaban hacia abajo sino al frente. Todo eso lo capté en un segundo, o medio, y luego mis ojos se clavaron en los suyos. Le dije que tenía dudas acerca de la disciplina, quería saber cómo solía ella imponer disciplina a los niños. Los gemelos, dijo Artemisia, ansían que les pongan límites. Les pasa a todos los niños. Los límites concretos importan menos que el hecho de que existan. Diles lo que no deben hacer, continuó Artemisia, y cuando lo hagan de todas formas —y aquí se encogió de hombros—, castígalos. Al encogerse de hombros, sus pechos se elevaron y luego volvieron a bajar. Tenía las manos en las caderas y sus dedos enmarcaban una suave plenitud, que no acababa de ser redondez sino una especie de exhalación, la única prueba manifiesta en su cuerpo de que había estado embarazada y dado a luz dos veces. Tenía los pies separados a la misma distancia que los hombros, y los muslos, también pecosos, no llegaban a tocarse. ¿Castigarlos?, pregunté. La miraba solo a la cara. Sí, dijo, un «tiempo fuera», dejarlos sin postre, esa clase de escarmientos. Volvió a encogerse de hombros. Aunque sospecho que no tendrás que llegar tan lejos si levantas la voz. Sonrió. Son unos chicos medrosos. Tienen muchas ganas de complacer. Se inclinó y vi que empezaba a quitarse también la parte de abajo del bikini, así que asentí deprisa con la cabeza, me di la vuelta, salí y cerré la puerta, olvidando darle las gracias por el consejo que me había dado, olvidando incluso darme por enterada.

Y así llegó la tercera semana y los niños se habían acostumbrado a mí y yo a ellos, como ejércitos enemigos que la mañana de Navidad firman un armisticio e intercambian regalos: un *cono alla vaniglia* a cambio de tres cuartos de hora jugando en la arena, y nada de nadar, que vuestra niñera quiere leer un poco. Los vigilaba desde mi tumbona, un par de días después, cuando una sombra me cruzó las piernas. Has puesto límites, ¿no? La voz pertenecía a Artemisia. Les dices que pueden jugar en la orilla, pero no nadar, y hacen justo lo que tú quieres. Asentí con la cabeza. Teo estaba salpicando a Tom, y este se daba la vuelta para echar a correr. Que vuestros pies pisen la arena, les había dicho. Quedaos donde pueda verlos. Artemisia se inclinó y su sombra recorrió mi cuerpo. Sylvia Plath, dijo, leyendo el lomo del libro que yo había dejado boca abajo sobre mis rodillas. No es muy buena poeta, comentó, pero sí una persona interesante.

Fue aquella noche, o quizá la siguiente, después de que yo hubiera dado de cenar y acostado a los niños y de que Camila se hubiera marchado a reunirse con unos amigos que conoció en la playa y de que Pablo hubiera ido a ver si podía usar el teléfono del hotel para hacer una llamada internacional, cuando Artemisia me abordó de nuevo. Yo estaba sentada en la terraza a la que daban tanto mi habitación como la salita de la suite, con una copa de vino blanco sobre la mesa, ante mí, junto a unas hojas de papel. En la mano derecha tenía un bolígrafo, azul, y mis dedos índice y medio estaban manchados de tinta. Artemisia llevaba un vestido suelto de lino blanco y sostenía una botella de vino blanco y una copa, y me preguntó si podía sentarse, y cuando le dije que sí noté que una vena en mi cuello empezaba a latirme, solo un poco. ¿No te molesto?, añadió. Y cuando le dije que no, me preguntó qué estaba escribiendo y le dije que una carta a mi novio, y

luego que no, no es mi novio, porque rompimos antes del verano. Eso no era del todo exacto. Voy a hacer un curso de posgrado, añadí. ¿Y él no quería ir contigo?, preguntó Artemisia. Me eché a reír y ella frunció el entrecejo, y expliqué a toda prisa: Es solo que soy muy joven y él tiene un trabajo en Nueva York, y la cosa, y aquí hice un gesto de impotencia con la mano, no funcionó. Si hubiéramos estado..., empecé a decir, pero me detuve, porque hasta entonces no había mentido descaradamente, y no quería mentirle, y sin embargo explicar la situación también parecía imposible, pero entonces Artemisia sonrió y yo dejé de hablar, aliviada. «Preparados», dijo. Ibas a decir «Si hubiéramos estado preparados». Preparados para casaros, ¿verdad? No era eso lo que yo había estado a punto de decir. Por supuesto, era cierto que no estaba preparada para casarme, pero el problema no era ese, el problema era que mi novio, que también era mi profesor, ya estaba casado. Aun así, asentí con la cabeza. Nadie está nunca realmente preparado, comentó ella. De un bolsillo en su vestido suelto sacó un paquete de tabaco, de una marca que yo nunca había visto en Estados Unidos, Diana, de color blanco y con un borde azul claro, y me preguntó: ¿Te importa? A la vez que yo decía que no con la cabeza, que, por supuesto, no me importaba, ella ya estaba encendiendo el pitillo.

Mi primer marido, dijo exhalando. Lo conocí en la universidad, en Buenos Aires, cuando estaba acabando la carrera. Yo también había decidido hacer un posgrado, en Psicología. Me habían aceptado en Columbia. Suponía mucho prestigio, en particular para una extranjera, alguien que no hablaba la lengua con fluidez. Se sirvió una copa de vino de la botella que había traído y tomó un sorbo. Sospecho, dijo, que la admisión de Camila se debió en parte a eso, dadas sus capacidades más limitadas, intelectualmente hablando, y que carece de intereses extracurriculares. Aunque no sé hasta qué punto que un progenitor haya asistido a un curso de posgrado influye en la solicitud del hijo para cursar una licenciatura. Y por supuesto Pablo fue antaño profesor allí. Es posible que eso contara más. Dio otro sorbo.

Era tarde, casi medianoche. Cenábamos tarde por el calor, e incluso en aquel momento aún hacía el calor suficiente para que ninguna de las dos llevara un jersey. El vestido de Artemisia no tenía mangas y yo llevaba una camiseta de tirantes finos y unos shorts verde oliva con bolsillitos militares justo encima del dobladillo. Mientras hablábamos, tiré de la camiseta hacia abajo para que mi piel no quedara al descubierto entre la camiseta y la cinturilla de los shorts. Había puesto los pies sobre el asiento de la tercera silla, pero entonces sentí el peso de su mirada en mi piel demasiado blanca y los bajé, crucé la pierna derecha sobre la izquierda, encajé el pie derecho tras el tobillo izquierdo y luego los metí ambos bajo mi silla. Mientras Artemisia hablaba, yo observaba cómo se movían sus labios, le observaba el cuello. A pesar del calor, deseé tener una manta que echarme sobre el regazo de modo que los contornos de mi cuerpo de cintura para abajo desaparecieran por completo bajo ella.

La opinión que Artemisia había expresado sobre su hija era dura, pero no la puse en duda, tanto porque me parecía cierta como porque conocía bien la política familiar de los Pérez, que consistía en ser sinceros en todo momento. Si me estaba contando aquello, con toda certeza se lo habría contado también a su hija, con la misma actitud con la que Camila me había dicho, durante nuestra primera semana en Otranto, que prefería pasar el tiempo con los seis jóvenes turistas griegos que había conocido en la playa que conmigo y sus hermanos; con la misma actitud con la que, cuando hacía solo unos meses que nos conocíamos, me había informado de que no debería llevar nunca zapatos de tacón sujetos al tobillo, ni siquiera los que llevan una tira en el empeine, porque la correa que rodeaba el tobillo me acortaba la pantorrilla y hacía que pareciera no solo

regordeta sino carnosa, de modo que recordaba a una pierna de cordero servida en una bandeja con forma de zapato. No se trataba de que Camila y yo no fuéramos amigas, sino precisamente de que lo éramos. Y si ambas habíamos imaginado mi papel de canguro de sus hermanos como un modo —el único— de pasar aquel último verano juntas, dado el dinero que tenía ella y el relativamente ninguno que tenía yo, Camila fue la primera en entender que para conservar nuestra amistad tendría que abandonarme. O no para conservarla, ya que nuestra amistad iba a perderse de todas formas, pues en otoño yo me iría a hacer un posgrado fuera y ella se quedaría en Nueva York, pero sí para honrar su recuerdo. De modo que sí, es verdad que cuando pienso en Camila aquel verano, lo que veo son los dorsos de sus muslos cuando se aleja de mí hacia la playa, hacia los griegos, o quizá eran alemanes. Pero por lo menos no la veo tratándome como si formara parte del servicio. Eso lo considero ahora un gesto de bondad. Sea como fuere, no cuestioné la opinión de Artemisia, sino que asentí y di sorbos al vino, y ella continuó. A mi novio de aquella época lo conocí en la universidad. No era un estudiante como yo, sino un profesor. Mi profesor. Quizá la situación se vería ahora de forma distinta, pero en aquella época yo no estaba en una posición de desventaja. O no me parecía que lo estuviera. No empezamos nuestra relación hasta que yo hube acabado el curso con él. Y en cualquier caso los problemas que surgieron no tuvieron que ver con aquel desequilibrio de poderes inicial. Negó con la cabeza. En mi opinión, no. Habrían surgido de todas formas, en cualquier caso. Pero sigo con lo que decía: cuando me mudé a Nueva York, él me siguió. Nunca lo habría admitido, porque no era de la clase de hombre que seguiría a una mujer hasta una ciudad distinta, ni mucho menos a un país distinto. Pero resultó que le ofrecieron una beca de colaboración para impartir clases, no en Columbia sino en el Sarah Lawrence. La universidad le concedió una excedencia. Nos casamos. Las razones fueron de naturaleza burocrática: quizá así sería más fácil obtener visados, y posiblemente pagaríamos menos impuestos. Sea como fuere, cuando me marché de Buenos Aires, lo hice con él.

No vivíamos juntos en Nueva York. En el Sarah Lawrence ya le habían reservado un apartamento, y yo me negué a ir y venir a diario. Y esa separación... hizo brotar algo en él, algo parecido a los celos. ¿Sabes cuál es la diferencia entre los celos y la envidia? No esperó a comprobar si yo negaba con la cabeza o asentía. La envidia consiste en el deseo de conseguir algo que no tienes. Los celos consisten en querer conservar algo que sí tienes. Era un aspecto de él que yo no había visto antes. Durante nuestra relación hasta entonces, había sido... Artemisia hizo una pausa. Iba a decir «bueno», y es verdad que lo era. Pero el término más exacto sería «paternal». No reparé en ello de inmediato, no supe ver que yo andaba buscando una figura paterna. Verás, resulta que tenía una relación excelente con mi padre, y aún la tengo, y suelen ser quienes tienen una mala relación con su progenitor del sexo contrario los que andan en busca de una pareja sentimental que asuma ese papel. Suele ser así, pero no siempre, porque también puede ocurrir de otra manera: puede pasar también que uno se quede atascado. Eso me pasó a mí. Fue mi padre quien me había querido con mayor ternura, quien me había dado más muestras de cariño, y fue por tanto a él, cuando me separé de mis padres, a quien yo traté de reemplazar. Y Virgilio fue ese sustituto. Virgilio. Artemisia sonrió. Incluso el nombre tiene su importancia.

En Buenos Aires, organizábamos cenas juntos. Él invitaba a sus amigos: profesores, escritores, poetas, expolíticos, gente importante. Corría el año 1975, o 1976. Eran los inicios de... Artemisia hizo una pausa y tomó un sorbo de vino. ¿Sabes algo sobre la guerra sucia en Argentina? Asentí con la cabeza, aunque en realidad aquello significaba bien poco para mí: grupos paramilitares, un golpe de Estado, el término «desaparecidos». Empezaba a notar

resbaladiza la parte posterior del muslo derecho contra la superior del izquierdo. Pues aquello pasaba en la época de la guerra sucia, explicó Artemisia, y eso les prestaba cierta emoción a aquellas reuniones. Bueno, al menos para mí. Es posible que, para otros, la posibilidad de peligro fuera más real. Para mí, en cambio... sí, cuando llamaban a la puerta pegaba un brinco, pero lo que sentía, aquí dentro, y se llevó una mano al pecho, no era miedo, dijo negando con la cabeza, era esa sensación que tiene una actriz cuando está entre bambalinas, y aquí levantó una mano y la movió en el aire, esperando el momento en que le den pie para salir al escenario. Esa sensación de que a todos, en cualquier momento, podía pasarnos que... Hizo el ademán de apresar algo en el aire. Para mí era muy emocionante. Quizá pensarás que soy insensible por describirlo de esta forma. O cínica, o frívola. Se encogió de hombros. Solo estoy diciendo la verdad. Y, en todo caso, en aquella época me interesaba más el modo en que me trataban los amigos de Virgilio, toda aquella gente importante. Eran mucho mayores que yo, y sin embargo me trataban bien. No tengo forma de saber si lo hacían a instancias de Virgilio o les salía así. Sospecho que él debía de haberlos prevenido de algún modo con respecto a mí. Ninguno se mostraba superior conmigo. Bueno, los hombres sí hacían gala de superioridad del modo en que siempre la exhiben ante las mujeres. Lo que quiero decir es que me trataban como a una igual; o tan igual como pudiera serlo una mujer en aquel lugar y en aquella época. Ni siquiera cuando hacíamos el amor... Y en ese punto Artemisia apagó la colilla en el cenicero. La vena de mi cuello había empezado a palpitar y notaba cómo el sudor se me acumulaba en las axilas y cómo empapaba la tela de mi camiseta, y asentí con la cabeza porque me dio la impresión de que ella esperaba alguna clase de señal, aunque ahora, en retrospectiva, me parece más probable que se hubiera detenido en realidad para añadir dramatismo a la cosa. Fuera como fuese, asentí y tomé otro sorbo de vino. Tenía la boca seca y el vino me supo amargo. Artemisia encendió otro cigarrillo. Ni siquiera cuando hacíamos el amor, continuó, me forzaba a nada. En algunos sentidos sí se mostraba aleccionador, pero siempre preguntaba antes, esperaba a que le diera permiso. Artemisia negó con la cabeza mientras exhalaba una bocanada de humo. Pero entonces, cuando llegamos a Nueva York, se volvió... Se detuvo y sonrió. Hay un poema de Sylvia Plath..., ¿conoces el verso «Toda mujer adora a un fascista»? «Papi», dije yo. Eso es de «Papi», por supuesto. Es que estoy leyendo... Sí, dijo Artemisia, ya me di cuenta, y me ruboricé porque acababa de acordarme de que me había visto leyéndola. No es una gran poeta, continuó, pero sí una persona interesante. Escribió unos cuantos poemas muy buenos, y «Papi» es uno de ellos. Como decía, Virgilio había sido como un padre para mí. Y entonces se volvió un fascista. No un fascista auténtico, que quede claro, aunque Argentina tuvo muchos de esos en los años posteriores a la guerra. Incluso mis abuelos, los paternos... Bueno, yo todavía era pequeña cuando comprendí que había una razón por la que habían emigrado de Italia, y no fue porque lucharan en el bando de los *partigiani*. Pero Virgilio no, él no era un fascista. Ni en lo político ni emocional o físicamente hablando. Hasta Nueva York, no.

Casi desde el instante en que aterrizamos, siguió Artemisia soltando humo, hubo indicios. Virgilio no se sentía tan cómodo como yo hablando inglés, así que, cuando bajamos del avión, fui yo quien llamó a la mujer que me había alquilado el piso, fui yo quien le dio instrucciones al taxista. Fui yo quien habló con el director de departamento de Virgilio. Mi casera vivía en el piso de abajo del que me había alquilado. Me había ofrecido usar su teléfono durante los primeros días, hasta que me instalaran la línea. Virgilio bajó al piso de abajo a llamar a su jefe de departamento, y al cabo de un momento lo oí gritar mi nombre. No conseguía dar con las palabras

necesarias en inglés. Necesitaba mi ayuda. Bueno, el vuelo era largo, me pareció natural que estuviera agotado. De modo que fui hasta el piso de abajo, y me tendió el teléfono. Artemisia exhaló otra bocanada de humo. Yo ayudándolo a él: me percaté al instante de que la experiencia le resultaba desagradable, mientras que lo contrario, ser él quien me ayudaba a mí, le había supuesto un placer. En algún momento, la casera preguntó si éramos padre e hija. Artemisia sonrió. Es posible que eso también lo desconcertara. Y entonces empecé a fijarme en que hacía pequeños comentarios sobre Columbia. Qué lástima que no estuviera al nivel de Harvard, de Princeton, de Yale. Como dicho de pasada, pero persistentes. Que era una pena que yo no hubiera entrado en una de las universidades más prestigiosas. No sé si creía estar siendo sutil. Quizá sí lo pensaba, solo porque yo no decía nada; quería ahorrarle pasar vergüenza. Pero entonces, quizá creyendo en efecto que lo hacía con sutileza, fue más allá. Empezó a hablar sobre los estudiantes universitarios a los que daba clase en el Sarah Lawrence, sobre los excepcionales que eran. Me contó que, por supuesto, todos habían sido admitidos en Yale, Harvard y Princeton, pero que habían elegido ir a una universidad más pequeña, donde, según él, sabían que contarían con toda la atención de sus profesores. Que serían por supuesto profesores plenamente capacitados, y no estudiantes de posgrado poco cualificados que repartieran el tiempo entre la investigación, la docencia y sus propias clases. Virgilio dijo todo eso con despreocupación, o de una forma que a él debió de parecerle despreocupada. Desde luego no pudo haberse figurado que sus celos me resultaran tan evidentes, y tampoco su ineptitud. Porque yo seguía callada; como ya he dicho, no quería avergonzarlo. Artemisia exhaló otra bocanada de humo, aplastó la colilla en el cenicero de cristal. Como digo, había sido un padre para mí, y verlo rebajarse de aquella manera... Hizo una pausa, se encogió de hombros, y yo pensé en sus pechos, subiendo y volviendo a bajar; me fijé en que no llevaba sujetador, pues se había levantado una ligera brisa y le veía los pezones turgentes bajo el lino suelto. Era complicado, dijo Artemisia; yo misma me sentía rebajada. Al elegir pareja, uno busca una especie de reflejo. Unas veces lo hace conscientemente, y otras no. A menudo es de forma inconsciente. Y a menudo no se trata de un reflejo veraz. Buscas un reflejo mejor que tú, un reflejo «ojalá fuera yo así». Artemisia dio un sorbo al vino y frunció el entrecejo. Y eso es algo... «lamentable», quizá sea la palabra. «*Meschino*», diría mi padre. Mezquino. Pero también es humano. Virgilio me había ofrecido un buen reflejo. Me había enseñado a ser inteligente, mundana, madura. Me había enseñado a ser mayor de lo que era, que es con frecuencia lo que desean los jóvenes, y las mujeres jóvenes en particular. A lo mejor tú también, dijo Artemisia, has deseado eso. Pensé entonces en mi antiguo profesor. Pensé en nuestros juegos, en cómo yo escribía al dictado lo que él decía durante..., en cómo esos juegos habían puesto de relieve no mi madurez sino mi inferioridad. Pero en Nueva York, continuó Artemisia, él se encogió. Y al encogerse él, también lo hice yo. Al principio guardé silencio. No decía nada, me daba vergüenza. Pero entonces, añadió Artemisia encogiéndose de hombros, algo cambió. Me volví un poco más fría, un poco menos considerada, un poco más audaz. Empecé a tratarlo un poco como a un niño. Saber lo que el otro no sabe: eso define la relación entre el adulto y el niño. El adulto sabe algo que el niño ignora. Y cuando supe hasta qué punto era absurda su conducta empecé a protegerlo, del mundo, pero también de mí misma. Costaba entender su acento, de modo que, en los restaurantes, pedía yo por él. Lo ayudé a abrir una cuenta bancaria. Íbamos juntos de compras y yo le elegía la ropa. Lo que quiero decir es que en público quedaba bien claro quién llevaba allí los pantalones, dijo Artemisia con una sonrisa. Negó con la cabeza. Bueno, vale, al principio me comportaba de esa forma solo con Virgilio. Con él me mostraba distante y firme, y con otros, humilde, tímida. Pero entonces, una vez más, algo cambió. Esa manera de actuar empezó a resultarme natural, con todo

el mundo. Y me di cuenta de que, si actuaba así, atraía a muchos hombres. A muchos hombres estadounidenses. Es un cliché. Que la mujer que no parece interesada, que «se hace de rogar», como se suele decir, les resulta atractiva a los hombres. En cualquier revista de mujeres te lo dirán. Y en cualquier comedia romántica. Pero los clichés se convierten en clichés porque tienen sus raíces en la verdad. Por lo menos en mi experiencia ha sido así. Por supuesto, no todos los hombres tendrán interés en una mujer de la que sospechan que no los respeta. Pero muchos sí. Muchos de los hombres con los que me encontraba sí lo tenían. No le hablaba a Virgilio de los hombres que habían dejado claro su interés. La mayoría eran alumnos de posgrado, pero también había profesores, y unos cuantos estudiantes de grado audaces. Pero los celos de Virgilio... Negó con la cabeza. Los celos no precisan confirmación para florecer.

Lo que siguió, dijo Artemisia con un suspiro, fue, desde el punto de vista psicológico, una progresión natural.

Llenó su copa hasta el borde, y luego la mía. Él empezó a preguntarme por dónde andaba, a exigir que le contara con quién pasaba las veladas y de qué hablábamos y durante cuánto tiempo. Hoy en día, con los teléfonos móviles, es más fácil exigir esa clase de explicaciones. En aquel entonces, la imposición resultaba más obvia. En aquellos tiempos, yo ni siquiera tenía contestador automático, solo un teléfono de disco. Y ese teléfono estaba siempre sonando. A menudo lo oía sonar cuando abría la puerta de mi piso, y si no contestaba, volvía a sonar diez minutos después. O cinco, o tres. A veces solo pasaban treinta segundos entre el último timbrado de una llamada y el primero de la siguiente. No era siempre Virgilio, pero sí casi siempre. Y durante el día también, cuando sabía que yo estaría en clase, o en la biblioteca. Creo que esperaba pillarme en una mentira. Probé a descolgar el teléfono, pero al cabo de un par de horas de silencio empezaba a preocuparme que algún otro estuviera tratando de ponerse en contacto conmigo, un profesor o incluso mis padres, y volvía a colgar el auricular, y muchas veces, no siempre pero sí muchas veces, se me olvidaba volver a descolgarlo antes de salir hacia el campus por las mañanas. El teléfono sonaba tan a menudo que mi casera me pidió que hablara con Virgilio. Y cuando eso no funcionó, habló con él ella misma. Y cuando eso no funcionó... Artemisia se encogió de hombros. La casera me dijo que no me rescindiría el contrato, pero que no podía permitirme renovarlo para el año siguiente. Dijo que lo sentía, pero que aquellas llamadas constantes le daban dolor de cabeza. Que soñaba solo con teléfonos. Aun así, Virgilio no paraba de llamar. El teléfono solo dejaba de sonar los fines de semana, cuando Virgilio y yo estábamos juntos.

Finalmente, continuó Artemisia con un suspiro, una tarde me encontré a Virgilio esperando ante mi puerta. Era un día entre semana. El edificio tenía dos plantas. La puerta principal daba a un pequeño rellano, y a la izquierda de ese rellano, un pasillo llevaba al apartamento de la casera. A la derecha estaban las escaleras. Las manos de Artemisia se movían mientras hablaba, dibujando trazos en el aire. Virgilio debió de haber llamado a la puerta principal y la casera debió de haberlo oído y hacerlo pasar, porque aquella tarde me lo encontré sentado en el piso de arriba. Tenía la cabeza gacha y la espalda apoyada contra la puerta de mi apartamento. Recuerdo que yo tenía las mejillas sonrosadas; estábamos a finales de marzo, pero aún hacía frío. Creo que la casera dejó entrar a Virgilio por pura lástima, no querría que esperara fuera. Desde luego fue por eso por lo que también yo lo dejé pasar. Para entonces, tenía claro que aquella relación no podía continuar. Aún no había decidido si eso significaba que habría que ponerle fin o si sus términos, los términos bajo los que funcionábamos, aún podrían transformarse. Llevábamos meses sin tener relaciones sexuales, desde nuestras primeras semanas en Nueva York. Por decisión propia, la mía.

No se trataba de que él estuviera controlándome, de que intentara controlarme. Al final no era eso lo que me preocupaba. Era que su deseo de controlarme... Hizo una pausa... Ese deseo no emanaba de su fuerza sino de su falta de ella. Lo que yo despreciaba era su desesperación.

Agité el paquete de tabaco de Artemisia para sacar un cigarrillo, y ella me tendió el mechero y sirvió más vino en nuestras copas. Lo dejé pasar, dijo. Se detuvo un momento. Sacó otro cigarrillo del paquete, dio unos golpecitos con él en el extremo de la mesa; luego lo hizo rodar entre los dedos y volvió a dar golpecitos. Sucedió muy rápido, explicó. Abrí la puerta y dejé el bolso, y en cuanto le hube dado la espalda, él ya me había puesto las manos en los hombros. Le dio la vuelta a mi cuerpo para poder mirarme y me empujó contra la pared. Con una mano me agarraba del hombro y con la otra del cuello. Cerró la puerta de un puntapié. Todo eso pasó en cuestión de un instante. Sentí sus manos sobre mí e inspiré, y para cuando había acabado de inhalar aire y empezaba a exhalarlo, la puerta ya se había cerrado. Artemisia se encogió de hombros. Encendió el pitillo. Normalmente, ahí es donde uno diría: «Ya te imaginas el resto, ¿no?». Pero lo que sospecho que no serías capaz de imaginar es esto: sentí miedo solo durante ese instante. El instante en que inhalé aire. Luego la puerta se cerró y yo exhalé y lo que sentí fue alivio. Alivio y también excitación. Porque la dinámica de poder a la que estaba acostumbrada se había restablecido. Como he dicho antes, en Buenos Aires él había sido una especie de figura paterna. Pero después, en Nueva York, el papel de adulto lo había interpretado yo. Había protegido a Virgilio como una madre protege a su hijo. Yo era la que tenía conocimientos ocultos, la que comprendía. La que tenía poder. Pero la introducción de la violencia, añadió Artemisia con una bocanada de humo, tuvo un efecto regresivo: volví a ser la niña.

Se marchó inmediatamente después. Creo que se avergonzaba de lo que había hecho. Virgilio era un hombre bueno por naturaleza. Imagino que sus actos lo habían confundido. Esperé hasta estar segura de que hubiera llegado de vuelta a Bronxville. Y entonces lo llamé. Le dije que lo mejor sería que no volviéramos a vernos. No me lo discutió. Casi no dijo nada durante la conversación. Por lo que sé, se fue de Nueva York al final de aquel semestre y volvió a Buenos Aires. Jamás volvimos a hablar. Artemisia sonrió. De hecho, nunca nos divorciamos. Conocí a Pablo poco después. Era profesor universitario. Un amigo mío asistía a uno de sus cursos. Nos enamoramos y nos casamos y yo me quedé embarazada de Camila. Todo aquello pasó muy deprisa. Cuando hicimos la solicitud para la licencia matrimonial, dije que nunca había estado casada.

Artemisia guardó silencio un momento. La relación que inicié con Pablo, prosiguió, el matrimonio que formamos, se parecen mucho a las primeras etapas de mi relación con Virgilio. Solo que estaba segura, desde el principio, de que no cambiaría. Pablo había vivido en Estados Unidos más tiempo que yo. Ya se había forjado una reputación allí, y estaba creciendo. Yo podía labrarme una carrera propia sin temor a hacerle sombra. Ya sabes, ambos estamos ahora bien establecidos, y Pablo sigue estándolo mejor que yo. Con eso no pretendo dar a entender que mi matrimonio sea perfecto, añadió Artemisia. Pablo ha tenido sus chicas. Y yo también: mis chicas, mis chicos y mis hombres. No nos negamos esa clase de... placeres pasajeros, añadió con un ademán. Es que, para mí, eso funciona (mis mejillas empezaban a sonrojarse). Para mí, funciona perfectamente. Pero no es eso lo que quería decir. Durante unos instantes Artemisia clavó su mirada en la mía mientras exhalaba humo. De lo que quería hablar, siguió, es de eso que llaman «fantasía de la violación». La mayoría de los psicólogos, explicó Artemisia, especulan sobre que resulta común que la llamada «fantasía de la violación» entre mujeres heterosexuales vaya ligada

a la vergüenza. Entre mujeres heterosexuales y también entre mujeres no heteros cuando se entregan a fantasías heterosexuales. A las mujeres las educan para creer que no deberían desear el sexo. Eso pasaba de forma más explícita en generaciones anteriores, sí, pero el mensaje sigue estando ahí, implícito, hoy en día. Ahí tienes la diferencia entre «putilla», por ejemplo, y «mujeriego». Qué rara sonaba la palabra «mujeriego» con su acento. No era que la pronunciara mal, sino el mero hecho de oír esa palabra, y de sus labios, y también que la dijera una adulta. El sonido me pareció instantánea e inevitablemente fuera de lugar. Brevemente, sentí cierta vergüenza ajena, algo que no me había pasado antes. Las connotaciones de cada palabra, dijo, y cómo se aplica cada una, según el género. Todo eso debes de saberlo ya. Artemisia hizo un gesto con la mano y dejó una estela de humo. Pero volvamos a la fantasía de la violación. En teoría al menos, permite a la mujer tener el sexo que desea sin tener que admitir también la vergüenza que le produce ese deseo. La fuerza se convierte en un método para salvar el escollo. En un atajo. Pero no fue ese el caso con Virgilio y conmigo, añadió inclinándose hacia mí. Su violencia no me produjo alivio porque me liberara de la vergüenza, sino porque me liberaba del control. Artemisia hizo una pausa, exhaló humo y dio un sorbo al vino. Por supuesto, fue crucial que no le tuviera miedo a Virgilio. No creí que fuera a hacerme daño de verdad. Y eso hizo posible que yo pudiera apreciar, y en ese punto sonrió, la iniciativa que él había tomado. Disfrutarla. Soltó una bocanada de humo y añadió: nunca he deseado tener el control en mis relaciones interpersonales. Solo quería que me demostraran cariño. Fue eso lo que comprendí la tarde en que Virgilio apareció en la puerta de mi piso. Siempre he deseado entregarme, ya sea sentimental, sexual o económicamente. Y ya no podía entregarme a Virgilio. Y no porque fuera violento. No, justo lo contrario. El estallido de violencia era una señal. Artemisia dio una calada al pitillo. Era un indicio de que estaba perdiendo el control. Y la violencia fue el único medio que se le ocurrió para reafirmarse en él. Una solución temporal. Al mostrarme su fuerza, también me estaba mostrando su debilidad. Su vergüenza, después, vino a confirmarlo. No fue que no le tuviera miedo, sino que no le tuve el miedo suficiente. Artemisia me miró entonces a los ojos. Apagó el cigarrillo. La oleada de calor que sentí en el cuerpo, en ese momento, la consideré de admiración. Admiración ante el hecho de que Artemisia se conociera tan bien y yo, a los veintiún años, no me conociera, no hubiera dado aún con la línea argumental que dominaba mi vida. Todavía no había comprendido la locura de las tramas dominantes. A la certeza en la voz de Artemisia, a eso respondía yo. Y es a lo que respondo todavía, a regañadientes, cuando recuerdo su historia, cuando recuerdo aquel verano, ahora que conozco esa locura.

Respondo a eso, pero no me fio. Lo que quiero decir es que Artemisia solo parecía conocerse. Y digo «parecía» porque no era tanto dueña de su destino, no era tanto capitana de su alma como jardinera astuta. Recluida en una parcela doméstica, trabajaba con las herramientas que tenía a su disposición. Estaba atrapada, sí, pero en un laberinto de setos que ella misma había diseñado con sumo cuidado. ¿Cómo si no interpretar su insistencia en que nunca había deseado ejercer el control? ¿Que en sus relaciones con los hombres solo había querido ser una niña? ¿Cómo si no interpretar que le contara todo aquello a alguien a quien apenas conocía, a alguien que todavía era una niña? Aunque a veces pienso que de hecho ella misma lo sabía. A veces pienso que una de las cosas que intentaba decirme era que su matrimonio la hacía desgraciada.

En el momento de nuestra conversación, Artemisia no tenía más que cuarenta y cuatro años. En otras palabras, era joven, y sin embargo, a mi edad, me parecía vieja, incluso sabia, por así decirlo, y por tanto intocable, metafóricamente hablando pero también literalmente, y así, mientras

yo codiciaba sus vestidos sin mangas, mientras codiciaba el severo moño en que se había recogido el largo cabello veteado de gris, los rizos sueltos que habían escapado de la goma, no se me ocurrió entonces que podía estar codiciando también el cuerpo que había debajo de ellos. Ahora sé que nunca me siento más codiciosa que cuando alguien me cuenta una historia, un secreto, y que el hecho de que compartan una confidencia conmigo aviva en mí el ansia de una intimidad más cercana. Lo que intento decir es que la boca de Artemisia se estaba moviendo, y que de haber sido capaz, en aquel momento, de mostrarme verdaderamente sincera, habría expresado que lo que más deseaba hacer era detenerla con la mía. También trato de decir que ese deseo no era, en ese caso, necesariamente sexual, no en el sentido en que suele entenderse el término. Al contarme su historia, Artemisia me había dado algo de sí misma. Mi deseo de besarla era el deseo de darle las gracias, era el deseo de darle algo de mí misma, era el deseo de convertirme en ella; el gesto imaginado era agradecido, generoso y ávido a partes iguales.

Artemisia encendió un pitillo más y se lo fumó. Apuró la copa de vino. La botella que había traído a la mesa estaba vacía. Bueno, dijo, debería irme a la cama. Buenas noches. Se levantó, y luego se inclinó, me apoyó una mano en el hombro como si estuviera a punto de confiarme algo más, algo de una naturaleza tan delicada que precisara susurrarse, con sus labios moviéndose contra la piel de mi oreja. Quizá, en el instante siguiente, solo imaginé que su cabeza se movía como para encontrarse con la mía, que su cuerpo se inclinaba, porque entonces solo frunció los labios y me dio un apretón en el hombro y, tras reunir el tabaco, la copa y la botella vacía, volvió a la salita de estar de la suite y se encaminó, supongo, a su dormitorio, el dormitorio que compartía con Pablo. He dicho «hombro», pero en realidad posó la mano en la curva donde el hombro se convierte en cuello. Y allí la dejó reposar, aunque es posible que eso también lo imaginara. Aquella noche no volví a verla.

2. ANN ARBOR, 2002

—Una chica que conozco. —Dio una calada al cigarrillo, exhaló el humo. Estábamos en su piso, grande pero con el espacio mal distribuido: dos habitaciones, un baño, y una cocina que sobresalía de un pasillo central que hacía las veces de salón, con el suelo de madera, oscura y llena de arañazos; un rato antes aquella noche me había hecho un agujero en las medias, el suave tejido se había enganchado en una astilla. Estaba sentada en el suelo. Éramos estudiantes de posgrado en el Medio Oeste y nuestras becas nos habían proporcionado tanto espacio que no sabíamos qué hacer con él. John había estado en la fiesta pero se había marchado y ahora solo quedábamos mujeres, cuatro: yo (el sufrimiento femenino en las tragedias de venganza del reinado de Jacobo I); la inquilina del piso (literatura estadounidense a partir de 1981); Laura (grupo de Bloomsbury, con atención particular a Virginia Woolf); y una rubia de párpados pesados, que en ese momento tenía cerrados porque, con la cabeza apoyada contra la pared, se había quedado dormida (narrativa femenina de la Guerra de Secesión). Con Laura y la inquilina sentadas en sillas y yo en el suelo, y con la otra mujer del suelo dormida, me sentía una acólita o aprendiz, como si Laura y la inquilina fueran mis maestras. Sobre todo, la inquilina. Estiré el cuello. La inquilina estaba hablando.

—Hay una chica que conozco, o conocía. Hicimos la carrera juntas. No éramos íntimas, pero la veía por ahí. No en fiestas, sino en clase, o cuando ella organizaba reuniones (las llamaba *soirées*: queso y galletas, pastelitos de hojaldre rellenos de carne) a las que yo estaba invitada. Tomamos café y comimos juntas unas cuantas veces. Una chica simpática. Tímida, poquita cosa. Durante primero y segundo curso llevó aparatos en los dientes. Era mona, pero poco refinada. El pelo siempre recogido en una cola de caballo. Llevaba pantalones de peto. En serio, pantalones de peto, como la niña friki antes de la transformación, la transformación a la que está destinada, *a priori* exitosa, porque la niña, por supuesto, ya era preciosa, solo que llevaba —movió en el aire la mano que sostenía el cigarrillo— unas gafas raras o algo así. —Apagó el pitillo—. Bueno, pues en tercer curso, después de que le quitaran los aparatos, empezó a salir con un tío. La chica era... —La inquilina se levantó y fue a la cocina a rellenarse el vaso. A mis espaldas había una mesa de centro repleta de ellos, la mayoría de plástico, unos cuantos llenos de ceniza y colillas manchadas de pintalabios. La inquilina estaba ahora de pie, apoyada contra una de las jambas del arco que separaba la cocina de la sala de estar-pasillo—. Era virgen —prosiguió—. No sé cómo lo supe, no creo que me lo contara, pero estoy segura de que lo sabía y estoy segura de que era cierto. Formábamos parte del mismo gran círculo: todos cursábamos alguna especialidad de Literatura Inglesa. —Sonrió—. Un semestre, unos cuantos elegimos Chaucer y nos pasamos los fines de semana emborrachándonos y memorizando fragmentos de los *Cuentos de Canterbury*. Ideamos un

juego en el que el objetivo era meter la palabra *críca* en conversaciones con alguien que no hubiera hecho asignaturas de antes del xviii en los cursos comunes. —Se encogió de hombros—. Supongo que tendréis que confiar en mí cuando os digo que estoy segura de que lo era, esas cosas se sabían. Tampoco es que cotilleáramos al respecto. Figúrate, teníamos veinte años, o veintiuno, y nos aprendíamos a Chaucer de memoria para divertirnos, no era tan raro. Esas cosas se sabían y ya está. —La inquilina encendió otro cigarrillo. Laura y yo seguíamos sentadas. Laura se toqueteaba una cutícula de un dedo de la mano izquierda con el pulgar de la derecha, como era su costumbre cuando dejaba de ser el centro de atención y no podía prever cuándo lo sería de nuevo. La rubia hizo un ruido a medio camino entre estornudo y ronquido y movió la cabeza de forma que quedó colgando sobre su hombro izquierdo en lugar del derecho—. Pues resulta que aquel tío era... En esa época aún no podríamos haberlo llamado depredador, un depredador sexual. Incluso ahora, cuando lo digo, me siento... —se encogió de hombros otra vez—, no sé, un poco estúpida. Pero él estaba haciendo un doctorado, y cuando yo hacía primero estuvo saliendo con una chica de mi curso, que más tarde dejó los estudios, y en mi segundo año salió con otra de primero y esa luego estuvo de baja médica, y durante todo este tiempo circularon —agitó en el aire la mano que no sostenía el cigarrillo— rumores. De que el tío podía llegar a ser un poco bruto. De que no le importaba que la chica no estuviera por la faena. De que las chicas más guapas en su departamento sacaban las mejores notas. En cierta ocasión oí decir que tenía mujer, escondida en alguna parte, pero eso nunca lo... Bueno. Lo que quería decir es que, cuando estábamos en tercero, esta chica empezó a salir con ese estudiante de doctorado. Y el hecho de que él saliera ahora con una de tercero ya parecía una mejora. Ella tenía veintiuno y él, treinta y uno o treinta y dos, y las demás, ahora lo lamento, bromeábamos sobre que quizá era justo eso lo que ella necesitaba, él era como el tío buenorro de la película sobre la friki guapa, y bromeábamos sobre que ella no sería virgen por mucho tiempo. Quiero añadir algo..., quiero ofrecer como prueba exculpatoria que teníamos miedo. Quiero decir que nuestras bromas nacían del alivio que sentíamos ante el hecho de que la hubiera escogido a ella y no a una de nosotras, y creo que eso era una parte importante, pero además ella era tan remilgada..., no bebía, no iba a fiestas, entregaba todos sus trabajos a tiempo. Creo que nos mosqueaba el hecho de que siguiera intacta, de que la universidad no la afectara (o eso nos parecía, tampoco es que lo supiéramos). A aquellas alturas, varios semestres después de Chaucer, todas nos habíamos humillado de una forma u otra, ya fuera bebiendo demasiado y vomitando en los arbustos o gritándole a un ex en el jardín trasero de una fraternidad o despertando en la cama de alguien sin saber cómo había llegado una hasta allí, pero esta chica no, esta chica no lo había hecho ni una sola vez. Y eso nos tenía mosqueadas. Y luego estaba el asunto de por qué no nos había escogido a nosotras, esa era otra cuestión, que no fuéramos lo suficientemente guapas, inteligentes o buenas para él. En qué criterios se había basado él para juzgarnos, por qué había creído que no dábamos la talla.

»En todo caso, pensábamos que ella tenía que saber dónde se estaba metiendo. Pensábamos que era una adulta, y que los rumores circulaban ya por todas partes, sí, y que sin duda mucha gente se los creía, pero que no dejaban de ser solo eso, rumores. La guerra del porno había llegado a su fin y el porno había vencido y éramos porno-positivas, éramos sexo-positivas, y probablemente ni siquiera nos habríamos considerado feministas. Quiénes éramos nosotras para juzgar. —La inquilina se acercó a la silla que ocupaba antes e hizo ademán de sentarse, pero cambió de opinión y se incorporó—. Al principio —continuó—, parecían felices. Él empezó a salir un poco menos y ella un poco más. Una vez al mes, o dos veces al mes, los veíamos juntos en

una fiesta, y ella siempre llevaba puesto algo ridículo. Una vez, en marzo o abril, para nada cerca de Halloween, ella apareció con un disfraz de vaquera casi elegante: vestido estampado, puntillas de encaje, sombrero y botas, y un lazo al cuello. —Meneó la cabeza—. Bueno, pues aparecían cogidos del brazo, ella con algo absurdo puesto, y aun así no bebía, se limitaba a sentarse en el sofá a dar sorbos de tónica toda la noche mientras él tomaba chupitos con antiguos alumnos. Yo les digo a mis alumnos de la facultad, les decía a mis alumnos de la facultad, que si un doctorando quiere salir contigo por ahí eso es una señal, un indicio inequívoco de que no deberías seguirle el juego, pero en aquella época... —volvió a hacer un gesto de negación—, no se nos pasó por la cabeza que fuera tan impropio, que el tío este estuviera en fiestas con gente diez años menor que él, habiendo sido responsable poco antes, y en algunos casos todavía siéndolo, de sus notas. Creíamos que significaba que éramos... maduras, sofisticadas; no sé, adultas. —Encendió otro pitillo con la colilla del que acababa de fumarse y luego la dejó humeando en un vaso de plástico—. Bueno, pues creíamos que decía cosas buenas de nosotras, que él estuviera en nuestras fiestas, no que revelara algo malo sobre él. Pero volvamos a aquella chica... Resultaba que en las fiestas se sentaba en el sofá y no hablaba con nadie, solo se quedaba allí sentada, bebía a sorbitos y observaba, pero tampoco parecía infeliz. Lucía una sonrisa como si fuera —la inquilina hizo la mímica de unas comillas con la mano que no sostenía el cigarrillo— “feliz, con un secreto”. Oí eso en algún sitio, y siempre me ha gustado. “Feliz, con un secreto.” La mejor manera de ser feliz, si lo piensas bien. Si la mantienes en secreto, la felicidad, es más difícil que venga otro y, ya sabéis —la inquilina se encogió de hombros—, te la arrebate.

Guardó silencio un momento, y mientras duraba ese silencio, se me ocurrieron un par de cosas. Primero, que la frase «feliz, con un secreto» no implicaba necesariamente ser feliz debido a un secreto, no implicaba necesariamente mantener la fuente de felicidad en secreto, sino que bien podía indicar que eras feliz y, sin relación alguna con eso, tenías un secreto. Y, segundo, que estaba bastante segura de saber adónde iría a parar aquella historia, no solo porque al hombre del relato se lo hubiera identificado como un «depredador sexual», sino también porque era tarde y solo quedábamos mujeres y todas íbamos un poco borrachas, y en esas condiciones solo hay un sitio al que pueda ir a parar una historia entre un chico y una chica. Así que sabía adónde se dirigía aquella historia y estaba pensando que quería que se apresurara con ella, que acabara de una vez, pero al mismo tiempo, mientras miraba a la inquilina allí de pie, bebiendo bourbon de una taza y dando una calada al cigarrillo (ahora había una capa de humo en el pasillo-sala de estar, un halo que flotaba a poco más de un metro del suelo, con la inquilina en el centro despejado), mientras alzaba la mirada hacia la pendiente suave del cuello de la inquilina, hacia el hueco entre sus clavículas, otro pensamiento brotó en mi mente, no un pensamiento sino un deseo, en concreto el deseo de que no se apresurara, de que no acabara con ello, de que no parara de hablar. Deseé que continuara hablando para que yo pudiera seguir mirándola fijamente. Ella nos llevaba dos años a nosotros, con ese nosotros me refiero a mí, a John, a Laura y a la rubia, y ya no daba clases, sino que tenía una beca para trabajar en su tesis, y me pareció agradable imaginar sus jornadas, la disciplina de las mismas, cómo se despertaba y preparaba café y se sentaba al ordenador con un montón de libros; me gustó imaginar la copa de vino a las seis, el cigarrillo en el porche, libro en mano, leyendo ya por placer, o cómo picaba dientes de ajo, y una cebolla, y lo salteaba todo en una sartén de hierro fundido; sabría cómo preparar un sofrito en una sartén de hierro fundido. No la conocía demasiado, a esa inquilina, a esa persona que ya no era chica sino mujer, un poco mayor, muy guapa, y con el porte de un cuerpo entero, hecho de una sola pieza, no

un conjunto inconexo de extremidades, y por ese motivo me pareció muy inteligente y sentí admiración y me enamoré un poco y también la odié, no furiosa o apasionadamente sino con atención, procurando que no se extinguiera la llama (no era odio del todo, sino más bien envidia, algo teñido de lujuria); en todo caso, fuera cual fuera la llama que estaba protegiendo, la protegía con cariño, de modo que en esa noche, como en todas, ardía intensamente.

Pero estaba hablando de nuevo, la inquilina.

—Eso continuó, durante meses. Seis meses, quizá. —Contó con los dedos—. Noviembre, diciembre, enero, febrero, marzo, abril. Sí, seis. Y entonces llegó mayo. Y todo ese tiempo la chica había seguido siendo virgen. No sé cómo lo supe, pero lo sabía. —La rubia soltó un hipido en sueños. El asiento que había ocupado Laura estaba ahora vacío—. A mediados de mayo, hubo un concierto. En el centro del campus, con cuatro grupos de música, con botellón de día. Preparamos zumo de naranja con champán, para desayunar, metimos martinis en botellas de agua, extendimos mantas sobre el césped. Me pasé el día tomando zumo de naranja, comiendo olivas. Alguien sacó una baguette, fiambres en lonchas. Ellos estaban sobre una manta cerca de la nuestra, la chica y el estudiante de doctorado. Ella llevaba lo que parecía un vestido de embarazada, un gran pedazo de tela verde, con mangas cortas y cuello alto y detalles de brocado en todo el pecho. Se había soltado el pelo y tenía las mejillas tersas y rosadas de tanto sonreír y las pecas que le salpicaban el cuello, los antebrazos y los tobillos brillaban y desprendían una especie de calor; estaba radiante. Me llevó unos segundos percatarme de que estaba bebiendo una cerveza. El estudiante de doctorado cobijó la cabeza de ella bajo su barbilla y se volvió y me guiñó el ojo. — La inquilina hizo una pausa. Apagó el cigarrillo, apuró el bourbon, se sentó. Había estado de pie, mientras hablaba, caminando de aquí para allá, de la silla al arco y de vuelta. La puerta del baño se abrió y apareció Laura, secándose las manos en los tejanos. La rubia roncaba—. Ya sabéis cómo acaba esto. Esa noche había una fiesta. En una casa grande, de dos pisos y cinco dormitorios. O se utilizaban cinco dormitorios. Esos cinco estaban arriba, pero había otro en la planta baja, para invitados. Serían ya las diez o las once, y a esas alturas ella estaba muy vivaracha y gritona, y bailaba, haciendo muchos aspavientos con los brazos, y poco después la vimos tambalearse, y al cabo de un rato estaba sentada en el suelo y el estudiante de doctorado se acercó, la cogió de las axilas y se la llevó a la habitación de invitados. Dijo que iba a meterla en la cama, a dejarla dormir, porque había un largo camino de vuelta a casa, o quizá no dijo nada, quizá eso fue lo que todos los demás quisimos creer. Yo estaba bebiendo bourbon. Sonaba una canción de los Beatles y todos la coreábamos. Me puse a bailar el twist. Era lo único que bailaba en la universidad, nunca ningún otro tipo de baile: dejar que la gente viera mi cuerpo contonearse de forma incontrolable me parecía demasiado arriesgado, ya sabéis... —Guardó silencio unos instantes, y cuando volvió a hablar lo hizo más deprisa—: Resulta que antes de la universidad yo no bebía, tenía un flequillo grasiento, llevaba faldas largas porque odiaba mis pantorrillas, no me ponía pantalones porque me horrorizaban mis muslos. Tendríamos que haber sido amigas. Si no amigas, aliadas. En lugar de eso, la odiaba. Por sus vulnerabilidades, sus debilidades..., no las escondía, y al no esconderlas me daba la sensación de que me estaba exponiendo a mí también. Quizá el doctorando intuyó eso, nuestra afinidad, porque cuando salió de aquella habitación quince o veinte minutos después, toqueteándose el cinturón, nuestras miradas se cruzaron y arqueó una ceja. No dijo nada, se limitó a volver a la fiesta. Cuando la gente empezó a irse, volvió al dormitorio, la despertó, le dio un vaso de agua y la acompañó a casa andando. Pero todos lo sabíamos. Es posible que al día siguiente una amiga mía hablara con una amiga suya, o quizá

alguien la vio llorando. De alguna forma, quedó confirmado, pero yo no necesitaba confirmación, lo entendí en el instante en que él arqueó la ceja, en el instante en que él salió del dormitorio, en el instante en que entró. —La inquilina carraspeó, se levantó, empezó a juntar vasos y tazas de la mesa de centro a mis espaldas, para llevarlos al fregadero—. Solo me he acordado de ella porque hoy ha salido en el periódico. En el *Times* viene el anuncio de su boda. —Cogí unos cuantos vasos y los llevé a la cocina—. Es escritora —añadió la inquilina—, autónoma. Publicó una reseña de un libro en el *New Yorker*, la leí, reconocí su nombre. Y en la foto sonreía. En la foto del compromiso. Sí, eso hacía. Solo que su sonrisa... —La inquilina me daba la espalda, mientras fregaba una taza, pero pude ver cómo subían y bajaban sus hombros—. Era un retrato, claro, estaba posando, pero aun así la sonrisa era distinta. Eso es todo. Eso es cuanto quería decir.

Me fui andando a casa, sola. Laura y yo compartíamos un piso, pero insistí en quedarme para ayudar a recoger, y de todas formas Laura quería acompañar a la rubia, porque le preocupaba que consiguiera llegar a su loft de planta abierta, que ella insistía en llamar, con falsa modestia y precisión técnica, un «estudio». Yo no fumaba, es decir, solo fumaba los cigarrillos de otros, y antes de irme le gorroneé tres a la inquilina; encendí el primero dentro de su apartamento y luego me fumé seguidos el segundo y el tercero en el breve trayecto hasta mi casa y en el patio de mi edificio. Mientras caminaba pensé en un hilo que se cortaba, en dos dedos que se chasqueaban. ¿Qué era lo que decía un hipnotizador cuando tocaba despertar a su paciente? Ví una imagen en blanco y negro, de un hombre, corpulento y bigotudo; de una mujer, tendida boca arriba; de un reloj de bolsillo que oscilaba, y oí la frase «Tienes mucho sueño». La hacía levantarse y cloquear como una gallina y el público se reía, y luego ella se despertaba y no entendía por qué tenía los puños en las axilas, por qué tenía la pierna derecha en alto. ¿Daba solo una palmada, quizá? Qué raro que no me acordara, porque por supuesto esa era la parte terrible, no el momento en el que estabas cloqueando sino el momento en el que te dabas cuenta de que estabas cloqueando.

Había cosas que me horrorizaban de la historia: la ceja arqueada, por ejemplo, y cómo después todos lo sabían. Ser consciente de que después todos lo sabían. Y el acto en sí, claro, impropio, eso era indiscutible, criminal, y que el lugar escogido volvía aún más degradante. Pero también, cuando me paseaba por el patio de aquí para allá, intentando entrar en calor, deseando haber aceptado el ofrecimiento de la inquilina de llevarme el resto del paquete de tabaco («En serio, me estarías haciendo un favor, cada cigarrillo que te fumas tú es uno menos que me fumo yo»), pensaba si los pormenores no encubrirían algo más..., si además del sobrecogimiento, de no tener elección, no habría acaso algo... Obviamente, no era que estuvieras borracha. Obviamente, no era que fuera tu primera vez. Obviamente, no era que, en algún lugar muy hondo, en algún lugar, menos aceptable y tanto menos accesible, lo desearas de verdad. Pero no, eso era lo que decían ellos, lo que decían los violadores, que la chica, la mujer, en realidad lo estaba deseando. Así que no podía ser eso, y además, tendría que..., quiero decir, tendría que haber habido algún tipo de acuerdo, no podría haber sido solo cosa del hombre... Pero y si hubiera algo así. Quiero decir... que quizá cabía esa posibilidad... Estar totalmente en manos de otro, no tener que tomar decisiones, que se te impidiera de hecho tomar otra decisión que no fuera adónde mover tu..., tal vez esas decisiones también se estaban tomando por ti para que así... Me había acabado el tercer pitillo. Tenía algo que ver con ser la elegida, algo que ver con verte liberada de la responsabilidad. ¿Podía estar mal lo que hizo el estudiante de doctorado y al mismo tiempo estar bien lo que yo sentía que quería a veces? Aplasté la colilla bajo el tacón. ¿Era nostalgia lo que

sentía o era culpa? O bien los deseos que tenía eran deseos posibles y se habían cumplido, o bien había dejado que esos deseos se cumplieran, o había alentado y perseguido para que se hicieran realidad, o bien, y esta era la otra opción, me había dejado engañar. La otra opción era que estaba equivocada. La otra opción era que no podía confiar en mí misma, ni en cómo se me hundía el estómago y cómo se me tensaban después los músculos donde antes estuviera mi estómago, ni en cómo palidecía mi cara ni en cómo el sudor se me acumulaba en las axilas. O bien había una manera de ver aquello de modo que..., o bien había algo fundamentalmente... Pero lo cierto es que hacía mucho frío. Y que la tienda que abría veinticuatro horas quedaba demasiado lejos cómo para ir andando hasta allí, y en cualquier caso yo no era fumadora. Quedaban unos dos dedos de bourbon en la botella que había sobre mi cómoda. Ya era muy tarde. Subiría. Me tomaría esos dos dedos y quizá una de las cervezas de la nevera. Me acordaría de lavarme los dientes. Me pondría el pijama y me metería en la cama. Me iría derecha a dormir.

3. SAN FRANCISCO, 2010

El museo acogía la primera exposición en Estados Unidos de una videoartista sueca. Sobre la videoartista sueca en cuestión: su trabajo se centra en gran medida en el sufrimiento femenino. Con «sufrimiento femenino» me refiero a sumisión femenina, a explotación y a humillación. Con «sufrimiento femenino» me refiero a su propio sufrimiento. A través de su arte, se convierte a sí misma en espectáculo.

Cogí el coche y fui hasta el museo por la carretera de la costa y me encontré allí con mi amiga. Mi amiga es alta y de pelo oscuro. Se dejó las gafas de sol puestas cuando entramos. Había roto con su novio, me llamó y yo había conducido hasta allí. Se había pasado la mañana entera llorando. «Era mi prometido, supongo. Nunca me ponía el anillo.» Corrijo: él había roto con ella.

¿Admiraba, o admiro, a la artista por sostener que su sufrimiento es digno de arte, o me parecía, o me parece, que el acto de estetizar es a su vez «trivializador», o es ese sentimiento, ese impulso de considerar «trivializador» el arte una manera de esconder la verdadera sensación, más culpable, de que su arte es vulgar, de que es indulgente, porque su tema es ella misma? ¿Porque se eleva a sí misma a la categoría de tema, de sujeto? La mujer como objeto es menos vulgar que la mujer como sujeto. La mujer como objeto es arte y el hombre que la objetiviza, un artista. La mujer como sujeto, pues bueno... No es más que una puta narcisista, ¿no? Tampoco es que yo crea eso. Tampoco es que no lo crea.

En una de las salas del museo habían montado una serie de pantallas. En una pantalla: una bailarina vestida de rosa y su compañero vestido de negro, las manos de él sujetando con manos firmes la cintura de ella. En el siglo xviii, la cintura de la esposa ideal no era mayor que la envergadura de la mano del marido. En otra: dos cantantes de ópera, un hombre y una mujer, las bocas abiertas, los pechos hinchidos. Mala suerte si tu marido tenía los dedos cortos y las palmas pequeñas. En otra más: un escenario, un telón de terciopelo rojo, corrido, y una mujer que camina de aquí para allá, declamando en el proscenio. Pegado a sus talones, ladrando y lanzando mordisquitos, un terrier, blanco y marrón. De vez en cuando el terrier se empinaba sobre las patas traseras y trataba de tocar con las delanteras el faldón de la camisa abotonada por delante de la mujer. Había más pantallas: un hombre y una mujer saltando vallas en una pista de atletismo; lo que podría haber sido una entrevista de trabajo, con un hombre trajeado y sentado a un escritorio, si no fuera por la mujer que tenía delante, con el pelo rapado y el cuerpo revestido de arpillera, y de no ser por los auriculares que había junto a cada uno de ellos.

Varios años atrás, la videoartista sueca se había divorciado de su marido. Era su segundo marido, me siento inclinada a añadir, por ser un poco mezquina. Yo misma he estado casada, una

sola vez. El día que me encontré con mi amiga en el museo todavía no me había divorciado. La videoartista sueca y su marido tenían dos niños. Durante el proceso del divorcio, el marido interpuso una demanda para obtener la custodia de los dos niños. Alegó que la que no tardaría en ser su exmujer no estaba capacitada para ser madre. El caso fue a parar a los tribunales. Se aportaron como pruebas varios vídeos de la artista sueca. Ahí estaba ella, en la bañera, desnuda, sangrando entre las piernas: un aborto. En las manos, un ejemplar de *La odisea*. Del Libro XXII, lee la matanza de los pretendientes. Ahí estaba, vestida de cota de malla, en la cocina, haciendo la cena. «Debajo de la cota de malla —eso lo dice el abogado del marido—, déjenme señalar que debajo de la cota de malla la demandada va completamente desnuda.» Sirve la cena —cuencos de agua con jabón; una ensalada de malas hierbas sin lavar; espaguetis sin cocer, cortados por la mitad, cubiertos de aceite de motor— a una familia de muñecas hinchables. Va a otra habitación y coge una espada. Armada con ella, decapita a las muñecas hinchables. Después se sienta a la mesa y empieza a comerse los hierbajos cubiertos de tierra. En el juzgado, durante la declaración de la videoartista sueca, el juez parecía incapaz o poco dispuesto a mirarla a la cara. Su marido, debo añadir, era americano, al igual que su abogado, al igual que el juez, y por supuesto el juicio tuvo lugar en Estados Unidos. En Connecticut. A la videoartista sueca le concedieron visitas supervisadas: tres horas, dos veces a la semana. Decidió, desafiando el acuerdo de custodia, volver a Suecia. «Abandonar a sus hijos.» Estoy citando artículos de prensa del momento, aunque siempre es posible que los esté citando de forma incorrecta. El día que me encontré con mi amiga en el museo yo todavía no tenía hijos.

Una vez concluido el juicio, la videoartista sueca obtuvo una transcripción de sus intercambios con el abogado del marido. Hizo copias y las distribuyó entre un grupo de mujeres artistas a las que respetaba: una coreógrafa, una libretista, una dramaturga. Hubo otras: una directora de cine, puede que también una poeta, puede que también una gimnasta rítmica. Les pidió que escogieran a intérpretes a quienes ellas mismas respetaran. Y después grabó las actuaciones.

En el museo, al fondo de la sala en la que estaban montadas las pantallas, encima de una puerta cerrada, escrito en la pared en grandes letras negras adheridas a ella, de palo seco, se leía: «La historia de los niños». Intenté abrir la puerta, pero el pomo no giraba. Supongo que se trataba de una metáfora.

—Me parece un engaño —comentó mi amiga—. Todas las demás hacen el trabajo y ella se lleva los laureles.

—La idea fue suya.

—Si fuera un hombre, dirías que esto es explotación.

—Pero no es un hombre. Contexto histórico. Es importante.

—El objetivo del feminismo —dijo mi amiga— no es reproducir estructuras de poder ya existentes, pero con las mujeres al mando. O al menos no debería serlo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—He llamado a una compañía de coches. Ya sabes que aquí el transporte público es...

—¿Y se supone que sabes que decir «las estructuras de poder existentes» no significa que no seas parte del problema?

—¿Cómo se supone entonces que debería haber llegado hasta aquí?

Hice girar un dedo imitando la rueda de un programa concurso.

—Y el ganador es... ¡la bici! Uno de los únicos medios de transporte éticos, siempre y cuando

la bici fuera, cuando la compraste, de segunda mano. Tendrías que haber venido en bici. —¿Acaso suenan frías mis palabras? ¿Casi crueles? Quizá ayuda saber que, mientras decía eso, sonreía.

—¿Y acabar con la ropa sudada? No, gracias.

—La decisión es tuya.

—¿Y cómo has llegado tú hasta aquí?

—Mi coche es eléctrico.

—Tu coche es un híbrido. Perdona, el coche de *tu marido* es híbrido.

—Es prácticamente lo mismo.

No nos consideraría, a mi amiga y a mí, mentirosas. Y tampoco, en general, sinceras.

—Eso es descaradamente falso.

En cambio, diría que una de las premisas de nuestra amistad, una amistad que, durante los años transcurridos desde la visita al museo, he descuidado, consistía en que éramos sinceras, si no con los demás, al menos sí la una con la otra. Y para conseguir esa sinceridad, nos veíamos obligadas a ser también frías, y crueles, la una con la otra.

—¿Estás diciendo que preferirías que no hubiera venido? —pregunté. Esa crueldad era además, para nosotras, una forma de comunión. Una fuente, incluso, de felicidad.

—No —contestó mi amiga—. ¿Estás diciendo tú que preferirías que yo no estuviera aquí?

¿No es esa acaso la prueba del amor? ¿La prueba de la intimidad?

¿La voluntad de ser cruel y creer que, una vez superado el instante de crueldad, el amor y la intimidad permanecen, indemnes?

—No.

Sí, lo es.

—Bien.

O, por lo menos, ha habido veces en que he creído que era así.

—Bien. Y ahora, ¿quieres hablarme de tu ruptura?

Lo había expresado como una pregunta, pero en realidad no lo era. Mi amiga puso los ojos en blanco. O más bien hizo el gesto con la cabeza, de izquierda a derecha y después un poco hacia arriba, trazando la forma de una L, que yo asociaba con poner los ojos en blanco, que en ella era frecuente. No podía verle los ojos porque todavía llevaba las gafas de sol puestas.

—Bueno. Qué te parece a ti que ha pasado.

—Se ha enterado de que le ponías los cuernos.

—Correcto.

Otra de las premisas de nuestra amistad era que detestábamos la intimidad emocional pese a que comprendíamos su necesidad. Hablar con afectado descuido de los temas que nos causaban más dolor era nuestro método alternativo preferido.

—Si fueras un hombre, te llamaría sinvergüenza.

—Claro, si estuviéramos en los cincuenta.

—Estaría éticamente obligada a tomar partido por la mujer traicionada.

—¿Y si fuera un hombre gay? O una lesbiana, ya puestos. O un hombre hetero, pero trans. Pon que fuera no binaria, o que mi compañero lo fuera.

—Lo que estoy diciendo es que el objetivo del feminismo no es reproducir estructuras de poder ya existentes, pero con las mujeres al mando.

—No me digas.

—El hecho de que seas una mujer engañando a un hombre no vuelve el acto en sí menos reprochable moralmente.

—Precisamente lo que me ha dicho Paul esta mañana.

—¿En serio?

—No. Ha dicho: ahora sé por qué nunca te ponías el anillo.

En otra habitación se exponían unas fotografías gigantescas, de unos dos metros de ancho por cuatro de alto. Una serie de retratos de la videoartista sueca. Ahí estaba ella, con un bigote, un uniforme, pelos sueltos pegados con cola a la piel de los dedos entre el nudillo y la primera articulación. Ahí estaba, encorvada, con un polo azul claro, una gorra gris en la cabeza, sujetando un bastón, con unos pantalones de tono camel sujetos bien prietos en torno a una barriga falsa, con mechones de cabello blanco asomando bajo la gorra. Ahí estaba de nuevo, en camisa de franela y tejanos, dejando caer un hacha sobre un tronco, el pelo corto y oscuro y endurecido de gomina Brylcreem. No, Brylcreem no. Brylcreem es una marca inglesa. El equivalente sueco. Al lado de cada retrato, había una foto más pequeña, también enmarcada: instantáneas de un hombre en las poses que la artista visual sueca recreaba. Su padre, según revelaba el texto en la pared.

—Problemas con la figura paterna —dijo mi amiga.

—¿Tú o ella?

—Es el título de esta exposición.

—Qué gracia.

—No mucha.

Frente a las fotografías, en la pared del fondo, había una barra de bar llena y en funcionamiento: con botellas, camarero, todo el tinglado.

Mi amiga y yo nos acercamos.

—Las once y media —dije, echando un vistazo al reloj.

—¿Un mimosa?

—Dos mimosas —pedí.

—Lo siento, señora. —Eso lo dijo el camarero—. A petición de la artista tenemos de todo en el bar, pero solo servimos una bebida: George Dickel, con hielo. Es un whisky, señora. El favorito del padre de la artista.

—Ya sé que Dickel es un whisky. Y no me llame señora. —Y le pregunté a mi amiga—: ¿Demasiado pronto?

—Jamás.

—Dos, por favor.

Tomamos sorbitos de whisky.

—Cuéntame cómo se enteró —pregunté. Hay que imaginarnos, en este punto, con la espalda contra la barra y los codos apoyados en ella. Sin mirarnos.

—Usé su ordenador para mirar el correo electrónico. —Mi amiga miraba fijamente las fotografías al otro lado de la sala.

—Y te olvidaste de cerrar la sesión. —Yo miraba al frente.

—Me olvidé. Eso funciona, claro.

—Querías que lo descubriera.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Quieres saber algo gracioso?

—Por supuesto.

—Ni siquiera le ponía los cuernos.

—¿Estrictamente hablando, quieres decir? ¿Que no te habías acostado con él?

—No, me refiero a que era todo... —Mi amiga hizo la mímica de espantar algo con la mano libre—. El tío del que te hablé, con el que estaba engañando a Paul. Me lo inventé. Me lo inventé todo.

—Y los correos que...

—Los escribí yo. Desde otra dirección, claro. Fue divertido, en realidad. Crear un personaje, su trabajo, las palabras que usaría. Dónde propondría que nos encontráramos. Si prefería «conejo» o «coño».

—Y cuando me lo contaste, lo de que estabas teniendo una aventura...

—Mentía. Prefería «conejo», por cierto. Ahí es cuando supe que la cosa no funcionaría. Qué palabra tan horrible.

Un esfuerzo añadido en intentar que mi cara no cambiara de expresión. Parecía que la revelación de mi amiga me había herido.

—«Coño» es mejor palabra, eso es verdad.

O la revelación de la mentira, quiero decir. Porque una de las primeras premisas de nuestra amistad era el hecho de saber que éramos, ambas, malas personas. O que nos considerábamos malas personas. ¿Cómo decía aquella vieja frase? Ah, sí, ya me acuerdo: cualquier adulto del Antropoceno que no sea lo bastante estúpido o engreído para advertir lo que está pasando sabe que es un cabrón integral. Nosotras lo creíamos, y el hecho de que muchos otros no lo hicieran, suponía, cómo no, una verdadera barrera a la intimidad. Con un tono deliberadamente tranquilo, añadí:

—¿Merece la pena preguntar por qué?

Mi amiga se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Merece la pena?

—Vale. ¿Por qué?

Y si mi amiga me había ocultado eso era posible que también me ocultara otras cosas. Y si me había ocultado eso y además otras cosas, quizá era porque pensaba que yo no era suficientemente mala, que no entendería sus actos más malvados. Y si pensaba eso, bueno, pues nuestra sinceridad no había servido de nada, pues en ese caso quedaba claro que no me entendía en absoluto.

—Por aburrimiento, sobre todo.

—¿Has pensado en buscarte un trabajo? —Mi amiga tenía y tiene dinero, le viene de familia.

—Ya tengo un trabajo.

Se trataba de una discusión que ya habíamos tenido antes.

—No, no lo tienes.

El hecho de que mi amiga tuviera dinero heredado significaba que la odiaba, solo un poco, por cuestiones políticas. También que le dejaba pagar las cenas.

—Hago voluntariado.

—Y ¿por qué no contárselo?

Se encogió de hombros de nuevo.

—Qué aburrimiento. ¿Qué hora es?

Miré el reloj.

—Mediodía.

—¿Otro?

—Y por qué no. —Y le dijo al camarero—: Dos más, por favor.

En un edificio aparte, mi amiga y yo entramos en una pequeña galería que se había convertido en un vestuario temporal. Nos quitamos la ropa y nos pusimos los bañadores. De vuelta en el edificio principal, nos metimos en la piscina que habían instalado en el centro. Era un lunes, a media tarde, y no había nadie más en la piscina. El fondo de la parte honda no era de baldosas, plástico, cerámica ni piedra. Era una pantalla. En esa pantalla la videoartista sueca aparecía desnuda, en una piscina a su vez. La perspectiva hacía creer que su piscina estaba justo debajo de la nuestra, de modo que parecía casi posible pasar de la nuestra a la suya. Alargué una mano. Lo que toqué fue la pantalla. La boca de la artista sueca se movía. Estaba diciendo algo, creo, aunque se hacía imposible oírla, ni siquiera saber en qué idioma hablaba. Empezaron a arderme los pulmones y salí a la superficie. Mi amiga también emergió. Si sus ojos habían estado hinchados antes, ya no lo estaban. Parpadeó sobre unos iris verdes. Hasta aquel momento, me había olvidado del color de los ojos de mi amiga. Salimos de la piscina y nos secamos.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté a mi amiga.

—Bonitas tetas —contestó.

—Me refiero al concepto.

—¿Has visto el título?

—«Tengo un mensaje importante.»

—Evidente, ¿no te parece?

—Sí —admití—. Un poco obvio.

4. LOS ÁNGELES, 2011

Mis padres viven en Los Ángeles, en Hollywood Hills, en una casa de tres plantas que es un verdadero desastre. Es heredada: la madre del padre de mi madre, una estrella de poca monta, de películas mudas, con lo que solían llamar boquita de piñón y el pelo a lo paje, se compró la casa con su primer sueldo, y era espabilada con las finanzas, y buena cosa que lo fuera, además, pues no sobrevivió a la transición al cine sonoro, o quizá fue por dar a luz a mi abuelo, por cómo el embarazo le cambió el cuerpo, por esa redondez en vientre y caderas que ya nunca perdió. No les gusta, a ellos, a mis padres. Que hable de ellos, quiero decir. No estoy siendo modesta cuando digo que está hecha un desastre, pues mi abuelo y mi madre, ambos hijos únicos, eran demasiado buenos para cualquier tipo de trabajo normal, y la casa se iba deteriorando y no había dinero para reparaciones. Hay una foto en la pared de una de las escaleras, que en realidad es una página de un tabloide antiguo, enmarcada, con una instantánea de mi bisabuela, con zapatos de tacón bajo y un vestido sin cintura, del brazo de Rodolfo Valentino. He estado, en mi vida, lo suficientemente cerca de la riqueza como para rozar la puntilla deteriorada de su dobladillo. Por decirlo de otra manera: mi familia ha sido, todavía es, más rica que la mayoría.

Lo que pasó es que mi amiga se divorció, y entonces, durante un tiempo, se fue a vivir con mis padres. Dijo, mi amiga, que quería pasar tiempo con gente a la que le cayera bien. Yo también vivo en California, pero más al norte. Con mi marido, aunque mi amiga no me preguntó si podía quedarse con nosotros. Supongo que me ofendió un poco. Me dije a mí misma que quería que la cuidaran, que sabía que yo no lo haría y sabía que mi madre sí. Aunque también sentí cierto alivio. Justo entonces intentábamos tener un bebé. Libros de bebés por todas partes y yo tumbada boca arriba, en la cama, con un termómetro en la vagina, intentando tomarme la temperatura basal para saber cuándo follar con mi marido, un método que, nos habían dicho, era el más natural. Mi mente estaba tan llena de ese único deseo (bebé, bebé, bebé) que bien podría haber estado vacía. Copulación diligente. Con tensión y reproche acumulándose en cada recoveco como pudin en cuencos de postre. «¿Te parece ético, ahora mismo, tener un bebé? — me preguntó mi amiga—. ¿Teniendo en cuenta dónde estamos? ¿En las últimas etapas del capitalismo y del ciclo vital del planeta?» Le colgué. Mi marido y yo al final no tuvimos un bebé, aunque no por razones éticas. Más adelante, además, nos divorciamos. Tener un bebé, de todos modos, nunca es ético. No quiero decir que no lo sea, solo que se trata de la escala equivocada.

—¿Cómo está? —le pregunté a mi madre.

—Bueno, un poco frágil —me contestó. Me llegó el tintineo de cubitos de hielo, un gin-tonic, supuse, eran cerca de las siete de una tarde de entre semana, sería ya el segundo—. Y triste, claro, pero es normal, no deja de ser natural. Ayer estuvimos hablando..., ¿o fue anteayer?..., y le dije

que...

Ahí dejé de escuchar. Mi amiga, se acordarán de ella, Laura, cree que mis padres se gustan mutuamente, y puede que sea cierto, pero la mayor parte del tiempo están simplemente lo bastante borrachos como para que les dé igual.

Conocí a Laura en la facultad, donde también conocí a mi marido. Salían juntos cuando los conocí, Laura y mi marido. Mi exmarido. Eso no es cierto. Sí que conocí a Laura y a mi exmarido en la universidad, pero no salían juntos. Eso sería una historia mejor. A menudo pienso en una historia mejor porque la historia real muchas veces resulta aburrida. Estábamos en el mismo grupo de estudio y nos hicimos amigos, los tres. En aquel entonces yo salía con un profesor. Me acostaba con él. Parece una buena historia, pero no lo es, se ha contado demasiadas veces. Llevaba barba y una de esas americanas con coderas. Ojalá estuviera de broma. Preparaba buenos martinis y tenía las mejillas hundidas, lo que explica la barba, y odiaba a su exmujer. Todo bastante típico.

Después de licenciarnos, mi marido y yo acabamos en la misma ciudad. Dicho así, parece una coincidencia. La verdad es que no encontraba trabajo y la ciudad a la que mi entonces futuro marido y ahora ex se mudaba era también una ciudad en la que yo tenía familia. La ciudad es Lincoln, Nebraska, y no sé por qué estoy siendo tan cautelosa con el tema. Se lo comenté a mi entonces futuro ahora ex y me dijo: «Ven, compartiremos un piso de dos habitaciones. ¿Tienes idea de lo barato que está el alquiler en Lincoln?», y yo le contesté: «De hecho, sí, mi tío vive allí». Todos habíamos empezado un posgrado nada más acabar la carrera, así que incluso cinco años más tarde todavía éramos bastante jóvenes. El motivo por el que no encontraba trabajo era que no había acabado mi tesis. Sigo sin haberla terminado. En cualquier caso, me mudé. Y fue entonces cuando empezamos a salir, yo y el entonces futuro ahora ex. No es que importe mucho. A Laura le concedieron una beca en Michigan y nosotros nos mudamos a Lincoln y nos enamoramos. Quién se enamora en Lincoln.

Laura conoció a su marido en Misisipi. Después del posgrado le dieron la beca de investigación en Michigan y después de la beca en Michigan pasó dos años en Arkansas, y entonces salió una plaza en Misisipi, Oxford, Ole Miss. No era un académico, el marido, pero tenía una librería, la regentaba él, y era muy leído, cosa que entonces nos importaba, que alguien hubiera leído los mismos libros que nosotros, y que es algo que ahora intento que me importe menos. No había ido a la universidad, sin embargo, lo que hacía un tanto inusual la elección de Laura. Exótica, casi. Me contó, sin aliento, por teléfono, que había trabajado en la construcción, y no solo durante el verano para sacarse un dinero extra entre semestre y semestre sino como trabajo de jornada completa, durante años. Se conocieron y a los nueve meses ya estaban casados. Y después pasó algo de tiempo y el contrato de Laura se acabó y consiguió un trabajo nuevo, de profesora numeraria, en California, y su marido, que se llama Dylan, no quería trasladarse. Laura se mudó con mis padres justo después de haber firmado los papeles.

Lo que a mí me importa ahora, lo que intento que me importe, es el sentido del humor. La amabilidad, sea lo que sea eso. Saber quiénes son los buenos profesores, saber cómo hacer que mi niño esté en sus clases. Tuve un hijo, al final. Un bebé que ahora es un niño. No con mi ex. Con nadie, de hecho. Quiero decir, con nadie que ande todavía por aquí.

Así que Laura se divorció y se instaló con mis padres, y al cabo de un tiempo fui de visita. Fuimos de excursión a Griffith Park. Durante aquel invierno y la primera mitad de la primavera

había llovido, llovido en serio, por primera vez en años. Tormentas que pillaban por sorpresa a los conductores en la 405. Récord de grosor de nieve en las sierras. Estábamos en junio y la gente aún esquiaba. En Griffith Park, la primavera había llegado a su esplendor en marzo, pero seguían brotando flores silvestres, una sobreabundancia de pétalos, de color amarillo, siena tostado y morado intenso, con tallos de un verde pálido. La capa superior del terreno consistía en un polvo suave, de un marrón claro tan anodino y uniforme que, en el recuerdo, casi parece no tener color alguno, y Laura hablaba y yo la escuchaba. Caminaba por delante de Laura porque soy por naturaleza una persona competitiva y también porque Laura iba hablando y por lo tanto se quedaba ligeramente sin aliento. Hablaba de Dylan. Yo solo lo había visto una vez, en la boda, porque su noviazgo había sido tan apresurado como su matrimonio.

A Dylan lo habían criado sus tíos. Su madre había muerto en el parto o justo después, de una infección que contrajo en el hospital, algo más común de lo que una se imagina, y su padre, destrozado, había cogido el coche para ir desde Belzoni, Misisipi, hasta Salina, Kansas, con el bebé metido en un cajón sacado de la cómoda del dormitorio, y había llamado a la puerta de la hermana de su mujer muerta. Al menos, decía Laura, así es como lo imaginaba ella. Con el padre al volante las once horas seguidas, aunque, claro, tuvo que haber parado para poner gasolina y alimentar al bebé. La parte del cajón de la cómoda era verdad, Dylan se lo había contado, le había dicho que sus tíos todavía lo conservaban, aunque eso a Laura no le cuadraba: ¿al padre de Dylan no le habría hecho falta el cajón, al volver a su casa? Pero Dylan se había encogido de hombros, había dicho que al padre seguramente le había dado demasiada vergüenza reclamarlo. No se quedó a pasar la noche, se tomó una taza de café y volvió a la carretera. Dylan juraba que su padre no había llamado de antemano, que no les había preguntado a su cuñada y a su marido si querían acoger al bebé, a él. Laura había preguntado y Dylan había negado con la cabeza, inclinándola un poco, de manera que Laura veía su calvicie incipiente, un círculo perfecto, como una versión tímida de la tonsura de un monje, abriéndose en la coronilla. Adoraba esa calvicie, decía Laura, esa especie de vientre blandito que lucía en la cabeza.

Estábamos tomando whisky, dijo Laura, y era tarde. Todo lo que hacía en Misisipi, explicó, era beber whisky. En las noches de verano cogíamos el coche y nos íbamos a las afueras, empezábamos con cerveza, Budweiser, nada sofisticado, y seguíamos con otra cerveza y un chupito, y la cerveza bajaba suave, como si fuera agua; la condensación en la botella era el objetivo real, lo fría que la sentía en las manos, contra el cuello, ya sabes que allí en el campo ni los bares tienen aire acondicionado, solo ventiladores de techo, y si tenías la piel seca apenas notabas la brisa. El estado entero era como un campo de experimentación para el concepto de sudor. Para cuando Dylan llegó a esa parte de la historia ya bebíamos whisky a palo seco. Nos conocíamos desde hacía unas semanas y no intentaba seducirme, no le hacía falta, pues, para empezar, follamos la noche en que nos conocimos (la palabra «follamos» representa aquí la rabia de Laura, y me tropecé cuando la dijo, de modo que mi pie desprendió unas piedrecitas del camino cuando la palabra brotó violentamente de su boca), pero tampoco era el tipo de historia que uno cuenta si pretende llevarse a la cama a una mujer. Es la historia que cuentas después, cuando has decidido que quieres acostarte con ella otra vez, y otra después de esa, o quizá que quieres continuar acostándote con ella durante un tiempo, pero también eres un hombre, y por lo tanto no puedes plantarte ahí y decir en voz alta lo que quieres porque decirles a los demás lo que quieres te debilita. Eso, dijo Laura interrumpiéndose a sí misma, lo creo de verdad. Decirles a los demás lo que quieres, «expresar tus deseos» (ahí yo podía escuchar en su voz las comillas en el

aire, las que usaba cuando se le escapaba la jerga de la universidad), equivale a decirles a los demás cómo hacerte daño, darles el manual de instrucciones. Creo, dijo Laura, que el hecho de que a las mujeres se les dé mejor pedir lo que quieren, que así deba ser o no lo conseguiríamos nunca, y aun así, incluso pidiéndolo, la mayoría de las veces no lo conseguimos, creo que es por eso por lo que somos más fuertes que los hombres, en general. Pero, de todas formas, prosiguió Laura, lo que dijo Dylan es que después de la muerte de su madre hubo un funeral, y que, en el funeral, su tía preguntó si estaban bien, si los dos estaban bien, si necesitaban cualquier tipo de ayuda, y el padre dijo que estarían bien. Mi padre, había dicho Dylan, era un hombre de pocas palabras. Seguramente seguía en shock y ni siquiera lo sabía, eso es lo que decía mi tía. Y pasaron seis meses, y más o menos una vez a la semana mi tía llamaba a mi padre para ver cómo estábamos, y, cada semana, mi padre le decía que estábamos bien, gracias por preguntar. Y una semana mi tía llamó y mi padre no respondió, el teléfono sonaba y sonaba, y al día siguiente él estaba en casa de mi tía, los dos estábamos allí, él con un traje y aspecto avergonzado y yo en un cajón, acalorado. Creyeron que tenía fiebre, pero fue solo que me habían envuelto demasiado prieto. Mi tía cree que él tuvo una crisis nerviosa. Yo creo que entró en razón. Y yo creo, añadió Laura, que esa fue la noche en la que me enamoré de él. Si me hubiera pedido matrimonio esa noche le habría dicho que sí. No tanto por la historia en sí, sino por cómo la contó. No había furia en él, solo pena. Pena no por sí mismo, sino por su padre, por lo asustado que debía de haberse sentido. Su padre había muerto cuando Dylan volvió a Misisipi. No era perdón lo que había en su voz, Laura sacudió la cabeza. Era algo más, iba más allá, era como..., era como si el perdón fuera algo a lo que pudiera dar la vuelta y observar, así de lejos estaba en su pasado, así estaba de inmóvil para él, de seguro. Y a mí me pareció precioso. Fue una experiencia mística la que tuve, sentada frente a él, como si estuviera presenciando algo sagrado. Y no creo que me equivocara, creo que le vi y durante un instante creí haber visto su ser por entero, pero no es así como funciona la cosa, ¿verdad? El conjunto es el conjunto, y un instante no alcanza para abarcarlo.

A esas alturas habíamos llegado a la cima de algo (una cresta o colina, no una montaña propiamente dicha), así que nos detuvimos y nos quedamos allí juntas un momento, en silencio, contemplando el horizonte. Además, dijo Laura, yo no era consciente del número de veces que él había contado aquella historia. Debería haberlo sabido, por lo pulida que estaba, por lo estudiado de sus titubeos. Creí que me estaba abriendo una puerta, y que al otro lado de aquella puerta estaba... la intimidad, supongo. Pero resultó ser solo una habitación. Y una llena de gente. Laura emitió un sonido como si hubiera empezado a reírse, pero a medio camino hubiera olvidado cómo se hacía. La miré. Desde nuestra llegada a la cima de aquella cresta o colina, yo solo había escuchado a medias; había estado pensando, en cambio, en qué se sentiría al empujar a Laura ladera abajo. No es que estuviera enfadada con ella, solo que en los últimos tiempos solía pensar esas cosas. En la autopista, miraba el parachoques del coche de delante, la valla baja que separaba el asfalto de la tierra y luego las piedras y el océano. Pensaba en la palabra «tentación». En balcones y aceras, mi mente iba y venía entre «saltar» y «empujar».

Quizá valdría la pena mencionar que en ese momento odiaba a Laura, me alegraba de que su matrimonio se hubiera hecho pedazos, de que su confianza ciega en el mundo hubiera resultado finalmente absurda. Hacía amigos en cada ciudad a la que se mudaba, se había casado con un hombre basándose en vete a saber qué, en todas partes fabricaba felicidad, felicidad y más felicidad. Pero se le había acabado la suerte. Su historia seguía siendo la mejor, pero por fin, gracias a Dios, era desdichada en ella.

Debo decir también que había empezado, sin querer, a imaginarme cómo sería follar con cada hombre con el que entraba en contacto. Cómo sería que se fuera la luz y todos los demás en la habitación fueran presas de un arrebato yuviéramos que hacerlo allí mismo sobre la mesa de la sala de conferencias por el bien de, yo qué sé, de la humanidad: su mano me agarraría del pelo, yo abriría la boca para protestar, pero las palabras se extinguirían en mi garganta. Sin querer, claro. En esa época trabajaba en Recursos Humanos, menuda ironía. Debí saberlo, aquel doctorado que no acabé era en Literatura Inglesa. Seguramente eso tenía que ver con que hubiera empezado a ver porno. Todas las mañanas, después de tomarme la temperatura basal, como si el hecho de meterme un termómetro en la vagina me hubiera dado la idea. Como si no pudiera pensar en hacer un bebé sin pensar en hacer un bebé. Mirando atrás, creo que estaba furiosa con mi marido. ¿Es demasiado evidente? Qué increíble que a las mujeres les cueste tanto admitir que están enfadadas. No molestas, disgustadas, mosqueadas u ofendidas ni cualquier otro sentimiento que pueda quedar capturado en un mensaje de texto que acabe con una ristra de signos de interrogación exasperados. Enfadadas.

Respecto a las fantasías que tenía constantemente, no odiaba su forma sino su contenido. No que fueran pornográficas, sino que fueran clichés, que incluso el sexo que me permitía imaginar fuera aburrido. Otro cliché: mi marido tenía una aventura. No, no era otro cliché, sino una mentira. De hecho, lo engañé yo, y no sobre la mesa de una sala de conferencias tras el arrebato, sino en una habitación de hotel, toma cliché, en la ciudad, San Francisco. Después volví a casa y se lo conté a mi marido. Eso pasó más adelante.

Ahí arriba en la cima de aquella cresta o colina me volví hacia Laura y le pregunté:

—¿Por qué me has contado esta historia?

—Creo..., creía que te estaba contando una historia sobre cómo nos enamoramos.

Emprendimos el camino de vuelta cuesta abajo.

—¿Y ahora, sobre qué crees que es? —De nuevo iba unos pasos por delante, de modo que tuve que volverme para hacer aquella pregunta.

—A veces tengo la impresión de que es la historia de un engaño. No es que él lo hiciera a propósito, pero no fue fortuito que confiara en mí en aquel preciso momento.

Claro está que cada confidencia es una forma de manipulación. O un cálculo. «Te confío esto.» O quizá la cosa es más bien: «Quiero que te creas que te confío esto.»

—¿Y las otras veces?

—Pues que tengo el listón bajo. Que no soy... A ver, se muere tu madre y tu padre te abandona, no estoy diciendo que eso no sea duro. Pero el tío me cuenta algo triste, ya sabes, comparte conmigo un sentimiento..., ni siquiera eso, sino que me deja atisbar de algún modo cierta profundidad emocional, y yo ya estoy dispuesta a casarme con él. Pedimos demasiado poco. O al menos yo lo hago.

Nos subimos al coche y llevé a Laura de vuelta a casa de mis padres. Me preguntó si quería entrar y le dije que no, pero que los saludara de mi parte. Luego conduje hacia el norte de nuevo, hasta Marin County, que era donde vivíamos. Ya conocen Marin County: zuecos y hierbas en las ventanas y vinagre de vino blanco para hacer la limpieza. Nos sometíamos a esas incomodidades, sí, pero solo si eso nos garantizaba una recompensa estética. La intención era buena, claro, pero cuándo ha sido eso suficiente. Y mis hierbas se estaban muriendo. Unas querían agua y otras querían sol, y otras querían sombra y que les hablaran, y yo no conseguía que me interesara cuáles

querían qué. En cualquier caso, ni siquiera lo estético nos lo podíamos permitir apenas, así que no me explico cómo creíamos que nos las íbamos a apañar con un niño. Cuando nos separamos, yo me mudé con mis padres y mi marido tuvo que buscarse alguien con quien compartir el piso.

Dos cosas que dijo Laura: la parte acerca de «expresar los deseos» y también la parte sobre tener el listón bajo. Me puse a pensar en cómo le había dicho a John, que era el entonces futuro ahora ex, que quería un bebé y él había dicho «Vale», así, sin conversación alguna, solo «Vale», como si fuera decisión mía; y en lo muchísimo que me apoyaba cada mes cuando me bajaba la regla, sin enfadarse nunca, sin ponerse triste nunca, como si fuera algo que no nos estaba pasando a nosotros sino a mí. Y después pensé en cómo lo que yo quería no era un bebé, no un bebé con John, lo que quería era abrir aquel armario de puertas de cristal que habíamos comprado en una feria de antigüedades y que habíamos restaurado, John era un manitas, eso sí que lo tenía, después de todos aquellos veranos trabajando en la construcción, y sacar el juego de té que le habían regalado sus padres, que nos habían regalado sus padres, como regalo de bodas, de porcelana de Limoges, con diseño floral, asas delicadas, aquellos bordes tan finos que uno casi deseaba pegarles un mordisco directamente, y destrozarlo todo, hacer añicos cada pieza. Las doce tazas con doce platillos a juego y la tetera, tan redonda y abultada como si se burlara de mí. Un regalo peculiar, pues sus padres no eran ni muy ricos ni muy británicos, solo era algo que creían que me gustaría, según dijeron. Quizá porque era, soy, una esnob.

Así que abrí el armario y saqué la tetera, pero en lugar de hacerla pedazos la dejé en el suelo, le quité la delicada tapa y me bajé los tejanos y me bajé las bragas e hice pipí dentro. Limpié las salpicaduras con una esquina de la camiseta, le puse la tapa de nuevo. Cogí la tetera del suelo, volví a meterla en el armario, cerré las puertas de cristal. Noté en las manos cómo la porcelana se había calentado ligeramente.

El pis se pasó un año en la tetera, mi último año con John. Después vinieron mi aventura y mi divorcio y le di la tetera a John, y ahora vivo en otro sitio con mi hijo. Hace años que no veo a Laura.

5. SAN FRANCISCO, 2012

—Dos veces al mes. —Una sonrisita—. Quizá tres. Tres días, dos noches. Normalmente de martes a jueves, aunque a veces lo hago de lunes a miércoles o de miércoles a viernes. —Yo estaba en la cama, y él en una butaca gris—. De miércoles a viernes, eso es de puta madre. El jueves es como el fin de semana, pero con posibilidad de negación plausible. Así echo un polvo de fin de semana, pero no me pierdo ningún partido de fútbol, ni tengo encima a mi mujer dándome la murga si salgo por la noche, nada de «ya no pasas tiempo conmigo» o «ya no me quieres». Nada de toda esa mierda. —Se había aflojado la corbata y desabrochado los cordones de los zapatos y estaba tomándose un whisky del minibar.

—¿Te estás oyendo?

La butaca era curva, no había en ella ni un solo ángulo. Estaba tapizada en terciopelo, lo que significaba que el terciopelo había hecho el recorrido entero hasta volver: había pasado de elegante a chabacano y de ahí a elegante otra vez. Un momento antes, yo le había hecho una pregunta.

—¿Que si me oigo qué?

—«Un polvo de fin de semana», «mi mujer dándome la murga».

Los tacones de sus zapatos se clavaban en la moqueta. En la moqueta mullida y blanca, en la que se vería cualquier mancha, desde luego que sí. Mi pregunta había sido: «¿Con qué frecuencia viajas por negocios?».

—Bueno, ¿y qué coño pasa? ¿Qué tiene de malo mi forma de hablar?

—«¿Qué tiene de malo mi forma de hablar?» —Puse los ojos en blanco—. ¿De qué escena eliminada de qué peli de Scorsese has salido tú?

—Por eso nuestro director ejecutivo no deja que haya nenas en nuestra planta. —Dejó el whisky y se puso en pie—. Los tíos necesitamos soltar algo de vapor, decir palabrotas.

—«Decir palabrotas» —repetí, haciendo la mímica de unas comillas en el aire—. «Nenas.»

—¿Qué coño tiene de malo la palabra «nenas»? —Guardó silencio unos instantes—. Espera, tiempo muerto. —Se cruzó de brazos—. ¿De verdad odias esto?

—¿Y me lo preguntas tú? Esto no forma parte de...

—He dicho tiempo muerto.

—No.

—¿No qué?, ¿que en realidad no lo odias?

—No, en realidad no lo odio.

—Entonces ¿por qué...?

—Porque estás siendo un capullo. Solo respondo a tu actitud de capullo. Eso no significa que no me guste. —Mi vestido estaba en el baño y llevaba puesto el albornoz del hotel, y bajo el albornoz del hotel no llevaba nada.

—Conque eso no significa que no te guste.

—No, en efecto..., pero es igual, ahora ya la has cagado. —Hice una pausa—. Pásame un bourbon, ¿quieres?

Fue hasta el minibar.

—¿En qué estás metido, en la banca de inversiones?

—En un fondo de cobertura. —Ahora me daba la espalda—. Y resulta que ahí hablan así, ¿sabes?

O su voz sonaba apagada porque me daba la espalda, o lo había ofendido de verdad, una posibilidad de lo más irritante. Contuve el impulso de poner los ojos en blanco.

—No estaba... No pretendía... —Negué con la cabeza—. Olvídalo. Confío en ti, olvídalo. Y ahora qué.

—Decide tú. —Me lanzó una botellita de Bulleit y la atrapé en el aire y desenrosqué el tapón.

—Detesto tomar decisiones. —Había levantado la voz, solo un poquito, y alargado medio segundo de más la segunda *e* de «detesto».

—¿Y si yo te doy indicaciones? —Me miró. Conque ya no estaba tan enfurruñado ahora, buen chico.

—Se me da muy bien que me den indicaciones —contesté mirándolo a los ojos, y mi cuerpo se movió bajo el albornoz y bajo la funda del edredón y las sábanas.

—Tomo nota. —Se acercó más a mí—. Archivado.

—Vale, pues dame indicaciones.

—Digamos que es alguien —dio un paso más hacia mí; ahora tenía las manos sobre el edredón y el torso ya quedaba sobre la cama— lo más apartado de un corredor de Bolsa que se te ocurra. —Su cara quedó a la altura de la mía y las manos se movieron por el edredón—. Digamos que no suelta esas gilipolleces de colegas de oficina, pero que aun así es alguien que te parece odioso. Y tienes buenos motivos para odiarlo.

—Crees que quiero follarme a alguien que encuentre odioso.

—Digamos que sí. —Su rostro estaba ahora muy cerca, pero se apartó. Se incorporó, recuperó el vaso de whisky y lo levantó—. Vamos a trabajar desde esa suposición.

—Vale —contesté—. Dame un momento. —Hice una pausa y eché un trago de la botellita—. Muy bien, digamos que es vegetariano. Digamos que es feminista. Marxista, incluso, de los que están totalmente dispuestos a considerar cómo el género y la raza podrían llegar a afectar a las diferencias de clase. Llama a su madre dos veces por semana y declara que lo crió «una mujer fuerte», y lo dice sin el más mínimo asomo de ironía. En la primera cita, te dice que su novela favorita es *El cuaderno dorado*.

—¿Cómo?

—¿Pues *La campana de cristal*?

—Ni siquiera un tío feminista sería tan tonto.

Puse los ojos en blanco.

—Pues deberías saber que en realidad..., pero, bueno, dejémoslo. Así que *La campana de cristal* no. Pues *El despertar* tampoco, y probablemente *La casa de la alegría* no puede ser,

porque le pareció entrever que Edith Wharton a lo mejor odiaba a las mujeres y eso le da en retrospectiva una excusa de mierda, digamos, para no haberla leído. Vale, pues eso nos deja con... Ay, espera, ¡ya lo tengo! —Casi derramé el bourbon de pura excitación, pero me contuve a tiempo—. Menciona con toda la intención que su poeta favorita es Adrienne Rich, pero en realidad solo ha leído, no sé, digamos que un puñado de artículos suyos en alguna antología o algo así, porque, cómo no, la poesía le parece muy burguesa, pero Rich es una gran feminista, así que se figura que...

—Un momento, de modo que Adrienne...

—No, no, espera, no... —levanté ambas manos—, en realidad es perfecto que tú no sepas..., pero mejor cállate ya o vas a echarlo todo por tierra.

Eso era antes de Tinder. Había reservado una habitación en un sitio de mediana categoría cerca de Fisherman's Wharf, alguna clase de hotelucho, un Holiday o quizá un Comfort, o quizá no era un hotelucho, a lo mejor era un Hilton. Francamente, no lo sé, porque había hecho y cancelado reservas muchas veces, y siempre en cadenas distintas. Entonces le dije a John que iba a visitar a una amiga de la universidad. Que tenía una entrevista de trabajo de dos días, que la empresa me había liado a mí. Que unas chicas con las que había ido al instituto estaban en la ciudad; que un grupo del movimiento Riot Grrrl celebraba una reunión allí; que había un ciclo de conferencias y me moría por ver a quien las impartía. Llegué a decirle todo eso, pero entonces me acojonaba y mis planes teóricos se venían abajo, y me pasó tantas veces y con tantos planes que ahora no consigo recordar cuál fue el que no se vino abajo.

John pasaba por una fase de comer sano, en aquel entonces, y para hacerlo rabiar yo no paraba de comprar pizzas de pepperoni congeladas y bolitas de cereal de colores para decorar las magdalenas, o de salir a hacer la compra y volver a casa con cubos de pollo del KFC. Que quede claro que todas esas cosas eran para mí. Pretendía hacerlo rabiar con ellas, pero eran para mí. Él abría alguna lata de sopa de la marca Amy's Organic mientras yo mordisqueaba una alita de pollo hasta dejar el hueso pelado. Mientras se calentaba la sopa, de guisantes partidos quizá, o de cebada con verduras, John picaba un manojo de col rizada. La noche antes de que yo me fuera a la ciudad, la sopa había sido de judías pintas con chile. La sopa se estaba calentando y John picaba la col rizada y yo mordisqueaba mi alita, y de vez en cuando me detenía a quitarme un trocito de cartílago de entre los dientes.

—No me parece que esto vaya a ser de ayuda —dije.

—¿De ayuda para qué? —quiso saber él.

—No creo que vaya a contribuir a tu producción de esperma. —Mastiqué, hurgué entre los dientes, volví a masticar—. A su motilidad.

—Lo sé. —Eché la col rizada y revolvió la sopa.

John no tenía un recuento bajo de espermatozoides, y tampoco eran lentos, sino que de hecho formaban una flotilla de aletas ligeras, pero yo me negaba a ir al médico a someterme a una revisión, de modo que la tarea de idear soluciones alternativas para el problema de nuestra infertilidad recaía en él.

—Pero tampoco es que comer sano vaya a hacer ningún daño —añadió John, y me preguntó—: ¿Quieres un poco de col rizada?

—No —contesté—. No quiero.

Yo no quería un bebé. Pero eso tiene que ser obvio; lo que quiero decir es que nunca lo había querido. Me mudé a Lincoln y me casé y mi marido consiguió otro trabajo y nos mudamos y mi marido consiguió un tercer trabajo, de profesor titular, y volvimos a mudarnos. Yo trabajaba en Recursos Humanos. Volvía a casa de mi puesto en Recursos Humanos y le preparaba la cena a mi marido. Cocinaba para mi marido, su amigo profesor y la mujer de su amigo profesor. Con un poco de suerte, la mujer en cuestión no estaba también en Recursos Humanos. Y nunca iba a terminar mi tesis, eso estaba claro. No iba a acabar la tesis ni a publicarla, no iba a ser profesora de universidad, ni a firmar un contrato fijo ni a tomarme un año sabático, no iba a pasarme tres meses en Barcelona perfeccionando mi español y dedicándome a la investigación documental (no hablaba español, y qué investigación iba a hacer yo en Barcelona si mi área de estudio eran las obras dramáticas inglesas del siglo xvii). Ni siquiera iba a poder vivir nunca sola. Y en eso pensaba cuando pensaba en lo que me había perdido al abandonar el doctorado, al casarme joven, al seguir a John de un trabajo al siguiente: pensaba en vivir sola. Pensaba en sentarme en un porche, en mi porche, al caer la noche, con una copa de vino y un libro y varias horas vacías por delante. Así que vale, de acuerdo, mi vida iba a ser una vida aburguesada, iba a ser de clase media-alta, iba a ser tan normal y corriente de cojones que bien podría rodearme de una valla de madera blanca y agitar una banderita americana. (El trabajo de John no tenía nada que ver con todo eso, Marin no tenía nada que ver con todo eso, pero daba igual, estaba furiosa y en plena racha.) Así que vale, de acuerdo, no iba a ser solo normal, sino normativa. Y lo que tocaba hacer según la normativa, ahora que estábamos instalados, ahora que John había acumulado amigos profesores que venían con sus esposas embarazadas, ahora que cada una de mis compañeras de trabajo tenía dos en casa y estaba buscando el tercero, lo que dictaba la normativa era tener un crío. Y pensaba que a lo mejor, si la decisión era mía, si me convencía de que quería tenerlo, si convertía al bebé no exactamente en objeto de deseo pero sí en objeto de una obsesión, quizá podría engañarme a mí misma para que llegara a gustarme una vida cuyas comodidades, lo sabía incluso entonces, eran tan relativamente excesivas que casi resultaban un crimen. Así que le dije a John que quería un bebé y empezamos a buscarlo, e incluso ahora la parte que más me sorprende de todo eso es que funcionara tanto tiempo. Probablemente la causa fue que nos costara tanto; nada nos resulta más deseable que aquello que se nos niega.

Pero entonces, cómo no, la cosa dejó de funcionar. Dejó de funcionar porque yo no quería un bebé, y me puse furiosa con John, también; conmigo misma por decir que quería un bebé, y con él por crearme o seguirme la corriente o ambas cosas. Conocer a alguien consiste en una parte de adivinación y dos de fuerza. Figurarse qué desea el otro es relativamente fácil. Darle a la otra parte lo que desea y conseguir que lo acepte ya es más duro, o lo es cuando esa otra parte soy yo. Aunque con John me habría conformado con la adivinación. Si él hubiera dicho «Tú no quieres un bebé». Si hubiera dicho «No tienes por qué ser madre», o quizá «No deberías ser madre»..., pero no, John era siempre muy comprensivo. John estaba esperando a que yo misma llegara a averiguar qué quería, y estaba esperando a que se lo dijera. Esperaba el momento de poder decir que lo que yo deseaba era lo mismo que deseaba él. De modo que ahí estábamos. Cada mes, me decía: «Ya sabes que podemos hablar sobre dejar de intentarlo, si tú quieres parar», y yo le contestaba: «Ya lo sé». Cada mes, me decía: «No quiero esto si tú no lo quieres también», y yo le contestaba: «Ya lo sé». Cada mes follábamos tres veces al día durante dos días, los dos días en que yo ovulaba y era por tanto más fértil. Esas eran las únicas veces que le permitía tocarme.

De modo que reservé una habitación en un hotel de mediana categoría y me fui en el coche a la ciudad. La habitación era estándar. Con una moqueta fina de un soso color tostado que ya se veía sucio. De esas que se veían ya sucias desde el principio. De casta le viene al galgo. Bueno, da igual, el caso es que la moqueta se veía sucia y era a propósito, para que no pudieras averiguar si lo estaba. También había una colcha de poliéster con estampado de flores, almohadas hipoalergénicas con etiquetas que lo atestiguaban, pastillas de jabón tan pequeñas como chokolatinas para el café, botecitos de gel corporal, champú y suavizante. Volqué el contenido de la maleta y me puse un vestido negro, que me quedaba más apretado ahora que cuando lo había comprado y tenía un escote vulgar. Tenía suerte, las bolitas de cereal y las pizzas habían ido a parar a mis tetas.

El plan era encaminarme al sur, hacia Union Square, hasta encontrar un hotel y un taburete en la barra y a alguien en el taburete contiguo con llave de una habitación y ningún indicio claro de sociopatía. Siempre hay alguien disponible, o eso me habían hecho creer: alguien en viaje de negocios o caído en desgracia o que anda en la consabida ronda de caza nocturna. He ahí el peligro de ser mujer, o uno de ellos, la vulnerabilidad ante el acecho, un peligro del que pretendía esa vez sacar provecho, y me sentía astuta por ello. Como si el arte de ser el blanco del acecho me lo hubiera inventado yo. El bar y la habitación de hotel tenían como finalidad evitar los peligros más evidentes, los asociados a meterse en un coche, subir a un apartamento o seguir a un hombre a una segunda ubicación.

Saqué la botella de Bulleit que había metido en la maleta y me serví un poco en uno de los vasitos de plástico que el hotel había tenido el detalle de proporcionarme, y me lo tomé sentada en el borde de la cama, con el vestido levantado y el culo desnudo directamente sobre la colcha de poliéster. El vestido me apretaba demasiado para poder sentarme cómodamente. Contaba con no tener que pasar sentada mucho rato, y por esa misma razón no llevaba ropa interior, y mientras bebía, me sentí orgullosa por ser tan previsora, tan eficiente.

¿Cómo me llamaría?, me pregunté mientras caminaba en dirección sur. Los zapatos me hacían el daño suficiente para haber parado un taxi, pero intentaba no gastar más dinero del absolutamente necesario. Ashley, Crystal o Madison. Darla, Felicity o Joy. De apellido, Jones, Smith o Johnson. Un nombre que anunciara a gritos que era falso, por si el anillo, la ausencia de bragas y las ansias de subir a la habitación del tío no me delataban lo suficiente. O quizá podía decirle, pensé con una sonrisa, quizá podía acercarme mucho a él, me dije, ahora echándome a reír, partiéndome de risa, y apoyarle una mano en la rodilla y susurrar: «Nada de nombres».

No recuerdo por qué hotel me decidí, de verdad que no, pero de la parte que viene ahora sí, la parte siguiente es cierta. Recuerdo haber cruzado la plaza, poniendo un pie delante de otro. Los zapatos me apretaban y tenía la piel que no cubrían hinchada y enrojecida, y las plantas húmedas de sudor. Luces de neón, una puerta giratoria, el tintinear inocuo de una música de jazz. Saludé con la cabeza al portero y crucé los suelos de mármol, siguiendo unas flechas doradas, hasta el bar. Encimeras de granito, reservados tapizados, taburetes de cuero en la barra. Eso es lo que recuerdo. Eran las nueve, quizá las diez. Me encaramé a un taburete. En mi hotel me había tomado dos dedos de bourbon, o quizá tres. O tres y medio.

Me tambaleaba en el borde de mi taburete, tratando de apoyar el menor peso posible en el culo y con mis zapatos intentando encontrar asidero en el reposapiés, cuando se me acercó un camarero y me preguntó con los ojos entornados:

—¿Le apetece un vaso de agua?

Estaba sudando y del moño suelto que me había hecho me caían mechones de pelo húmedo que se me pegaban a la frente y me tapaban los ojos. Allí sentada, exhalé aire y noté cómo la costura de la espalda cedía un poco, pero sin llegar a romperse. Me solté el moño y agité la melena, me incliné sobre la barra con gesto amistoso y vi cómo la tensión en sus hombros cedía, vi cómo sus ojos, con expresión alerta, se apartaban de mi cara, del rímel corrido y los restos de pintalabios, para centrarse en mis tetas.

—Agua, sí, gracias. —Me llevé una mano al pelo para arreglármelo un poco—. Debo de tener una pinta horrible. Le he dado al taxista la dirección equivocada y luego he tenido que caminar manzanas enteras, y con la niebla que hay ahí fuera.

Cuando pretendo desarmar a alguien se me pone acento sureño. Cuando volvió con el agua, el tipo sonreía y tenía los hombros completamente relajados, y clavó la mirada en mis tetas como si esta vez quisiera que yo lo advirtiera.

—Muchísimas gracias. —Le sonreí cuando volvió a levantar la vista hasta mis ojos, para hacerle saber que no pasaba nada, que me sentía halagada por su mirada—. Y un martini de ginebra, por favor, seco, de Hendrick's, con un toque de jugo de oliva y dos aceitunas, o tres si le parece que puede.

Y para entonces yo estaba segura de que podía. Tenía buen cuidado de no pasarme con el acento, de hablar con claridad, pero sin articular en exceso, de seguir con una mano en el pelo para ahuecarlo y apartarlo del cuello. En el otro extremo de la barra, un hombre de traje oscuro firmó su cuenta, apuró su cerveza y se levantó. Lo miré y él apartó la vista. Afuera, en efecto, había habido niebla, y parte de lo que había en mi pelo eran gotitas de agua, no era todo sudor, porque tampoco es que la caminata hubiera sido tan larga. Dentro de mis zapatos de tacón, los pies se me iban enfriando, pero los rebordes del cuero se me hincaban en la carne y aunque no sangraba, sí notaba esa sustancia clara y pegajosa que la precede. Llegó mi martini, y me lo tomé y pedí otro. Otro hombre de traje oscuro se acercó a la barra, me vio y giró de repente para alejarse, o quizá solo lo imaginé y se encaminaba desde el principio hacia los ascensores. El camarero se acercó a charlar y me hice la tímida, la retraída, hasta que volvió a alejarse; no me interesaba el camarero. Pasó un cuarto de hora. Quizá veinte minutos.

No recuerdo haberlo visto sentarse. La puerta del bar daba a un pasillo que a su vez desembocaba en un vestíbulo, y si me hubiera dado la vuelta para mirar cada vez que oía pisadas, no habría podido tomarme mis martinis tan deprisa. Además, no quería parecer muy desesperada, o no más desesperada, quiero decir, de lo que ya parecía: una mujer sentada sola en un bar, que no leía un libro ni tecleaba en su teléfono. Era la situación contra la que siempre nos habían prevenido a todas las chicas de mi generación, con la advertencia específica de no meternos nunca en ella a sabiendas. En mi adolescencia, a principios de los noventa, a las mujeres que participaban en las marchas de Take Back the Night aún las consideraban histéricas, la ley del consentimiento afirmativo aún no existía, y aunque «No significa no» era la premisa estándar, también se daba por hecho que no te protegería. Así que nos decían que fuéramos siempre por calles bien iluminadas, que lleváramos spray de pimienta, un silbato. Que lleváramos las llaves entre los dedos índice y medio, medio y anular, y anular y meñique de la mano dominante. Nada de minifaldas, y vigila tu copa y dile a una amiga adónde vas y llámala al llegar allí y otra vez al volver a casa. Cuando pensábamos en el sexo, pensábamos sobre todo en formas de defendernos de lo que no queríamos, y no en formas de conseguir lo que sí queríamos. De manera que, en aquel

momento, me pareció que la forma de atraer a un hombre sería pareciendo vulnerable al ataque: sentada sola, bebiendo demasiado rápido, enseñando las piernas y con unos zapatos que no servían para correr, y un vestido con un dobladillo que se me subía todo el rato. Me había convertido en una presa fácil, y a propósito, porque los hombres no se sentían atraídos por las depredadoras sino por las presas, no por la fuerza sino por la debilidad, y en eso estaba pensando cuando noté una mano en la parte superior del brazo, que me agarraba con suavidad, pero con una palma ancha y unos dedos gruesos y prometedores.

—¿Hay alguien sentado aquí? —preguntó el hombre, y con la otra mano señaló el taburete junto al mío.

Sonreí, negué con la cabeza y luego indiqué con ella que se sentara, por favor. Pensaba que más valía no hablar de momento, mejor hacerme primero una idea de qué quieres que diga.

Tomó asiento y se desabrochó la americana.

—¿Puedo invitarte a una copa? —preguntó.

Apuré el poso de mi martini y sonreí.

—Claro. Me encantaría, gracias.

Todavía intentaba articular con claridad sin que pareciera que me esforzaba en hacerlo. Era un tío guapetón, aunque corriente, nada del otro mundo, de la variedad hotel de mediana categoría, digamos. O esa fue mi primera impresión, pero entonces se volvió hacia mí; esperaba su copa, de forma que apartó la vista de la barra para mirarme, y entonces me percaté de que su cara estaba levemente torcida con respecto al eje vertical, de modo que la ceja, la ventanilla de la nariz y la mitad de la boca del lado derecho, el perfil entero de su cara de ese lado, quedaban un milímetro o milímetro y medio más altos que los del lado izquierdo. El efecto no dejaba de resultar atractivo.

Es gracias a esa asimetría como recuerdo su rostro. Y fue gracias a esa asimetría como me tomé el tiempo necesario entonces para fijarme más en su atuendo, en el traje azul que llevaba, con americana de un solo botón y entallada y pantalón estrecho. Y mi atención fue del traje a la corbata, amarillo pálido y flores bordadas en hilo azul claro, y luego me fijé en la funda de gafas que dejó en la barra, junto al vaso con cubitos en el que el camarero acababa de verter una buena dosis de Johnnie Walker Blue, y en los calcetines de color burdeos, de los que solo eran visibles un par de centímetros bajo el dobladillo de los pantalones azules antes de desaparecer en el interior de los zapatos, de un marrón oscuro, bien lustrados y claramente de piel auténtica. Y si los zapatos, el hecho de que fuera trajeado y el Johnnie Walker, e incluso el bar del hotel en sí, si todos esos detalles señalaban en una dirección: la del mundo financiero, digamos, el de los fondos mutuos de capital medio, el de los negocios en general, otros detalles como la corbata y los calcetines, el corte del traje y sobre todo las gafas señalaban en otra dirección: la del sentido del humor, la de leer novelas o no haber estado nunca en un colegio mayor. También resultaba tranquilizador el anillo, grueso y de oro y en el dedo que tocaba.

—Bueno —dijo—. ¿Qué te trae por San Francisco?

—Oh —contesté—. Ya sabes..., trabajo. He venido por trabajo. —Acerqué un poquito más mi cabeza a la suya y parpadeé lentamente—. ¿Y tú?

—Igual que tú. Lo mismo.

En su habitación, me eché a reír. Él había pagado su copa, el martini que no me había acabado

y los dos de antes, y luego me cogió del brazo y me guió hasta el interior del ascensor. Subimos. Abrió la puerta de su habitación y entró, y yo tras él, y me volví para cerrar la puerta, y cuando me di de nuevo la vuelta, su cuerpo estaba en contacto con el mío, con las caderas contra las mías, y me había acercado una mano a la cara para reseguirme un pómulo con el pulgar. Y entonces abrí la boca y me eché a reír. No pretendía hacer eso. Lo que quería era acercar mis labios a su oreja y susurrar: «Deja que me ponga algo más cómoda». Una frase muy acertada, que siempre venía al caso. Pero no conseguía..., me eché a reír, pero no flojito, sino a carcajadas. Él dio un paso atrás y frunció el entrecejo, y aquello acentuó la asimetría de su rostro. Y yo no podía parar. Treinta segundos, cuarenta y cinco, un minuto, minuto y medio. Con una mano apoyada en la pared, doblada por la cintura, con el pecho casi en las rodillas, jadeando, lloraba de risa. Entretanto, plantado a los pies de la cama, él me observaba.

—¿Estás..., estás bien? —preguntó.

—Ay..., ay, Dios, lo siento, por supuesto, claro que estoy bien, es solo que... —ahora hipaba, y negué con la cabeza—. Lo siento muchísimo, es solo que...

Todavía fruncía el entrecejo, pero yo ya no veía sorpresa en su expresión, sino preocupación. Me aclaré la garganta.

—¿Podrías..., podrías traerme un poco de agua? —pedí.

Fue al cuarto de baño y oí cómo abría el grifo. Cuando volvió a salir, llevaba un vaso de agua en la mano, un vaso de verdad. Lo cogí y bebí.

—¿Te parece que...? —empecé, mirándolo con la cabeza gacha, de nuevo tímida, aunque ahora solo fingía en parte—. ¿Te parece que podrías pedir algo para mí al servicio de habitaciones?

Se me acercó.

—Quieres que llame al servicio de habitaciones.

Yo aún estaba en la entrada de la habitación, de la planta que fuera, con la puerta cerrada a mis espaldas y un armario a mi izquierda.

—Sí —contesté—, al servicio de habitaciones. ¿No es ese el trato? ¿Invitar primero a la chica a comer algo?

—Ay, cariño. —Sonrió y negó con la cabeza—. Me parece que lo has entendido mal. El trato consiste en invitar a la chica a una copa, y yo ya te he pagado varias.

Dejé el vaso vacío en el suelo. El agua estaba funcionando: había parado de hipar y cuando puse los ojos en blanco la habitación no me dio vueltas.

—Pero tengo hambre. —Tendí una mano hacia la hebilla de su cinturón, confiando en que la implicación fuera evidente pero que no revelara una transacción demasiado explícita.

Él guardó silencio un momento. Imaginé sus cálculos: la hora que era y cuánto tardaría en llegar el servicio de habitaciones; por otra parte, cuánto tendría si no que esperar en el bar de abajo a que apareciera otra presa fácil. Probablemente, los cálculos también fueron monetarios: lo que yo pediría al servicio de habitaciones versus lo que la otra chica querría, o necesitaría, beber. Y luego lo vi llegar a una decisión, y dijo:

—Bueno —y volvió a acercar la mano a mi cara y a reseguirme el pómulo con el pulgar, que por lo visto era algo que solía hacer, y entonces el pulgar bajó hasta la comisura de mi boca y mi labio inferior—. Bueno, de manera que tienes hambre, ¿eh?

Asentí con la cabeza. No puse los ojos en blanco. Abrí la boca, solo un poquito.

—Bueno, pues en ese caso —añadió, y yo le mordí el pulgar—, vamos a conseguirte algo de comer.

Sonó a insinuación, pero en efecto me pidió una hamburguesa con queso y patatas, y me dejó darme una ducha mientras esperábamos. Me froté bien las axilas y los pies. Consideré marcharme, pero no porque tuviera miedo sino porque me sentía avergonzada, por la vocecita de niña y las palabras «pero tengo hambre», que incluso entonces, al recordarlas, me hacían encogerme. Pero no me fui. No, cerré el grifo, me puse un albornoz, me pasé dos trozos de papel higiénico bajo los ojos; el pintalabios era una causa perdida, pero el lápiz de ojos difuminado en los párpados quedó plausible como sombra; dejé el vestido colgado de un toallero.

Cuando salí del cuarto de baño había llegado la comida y él estaba en la butaca gris, con un vaso en la mano y una botellita de whisky del minibar a su lado. Me instalé en la cama, sosteniendo con una mano la bandeja del servicio de habitaciones mientras con la otra estiraba los bordes del albornoz. Le puse un chorro de ketchup a la hamburguesa. Guardamos silencio durante un rato. Me refiero a que no hablábamos, y yo además trataba de masticar con la boca cerrada. Y entonces él dijo:

—Quiero saber por qué estás aquí.

—Por la misma razón que tú —contesté.

—No sabes por qué estoy aquí.

—Entonces qué tal si me lo dices.

—Quítate ese albornoz y te lo demostraré.

Tosí contra mi hamburguesa.

—Perdona, demasiado directo.

—Estás en mi habitación de hotel, llevas puesto mi albornoz, y me dices que estoy siendo demasiado directo.

—Oye, que todavía estoy comiendo.

—Muy bien —levantó una mano, rindiéndose—. Me parece bien.

Dejé la hamburguesa.

—Voy a usar un poco de la pasta de dientes que he visto en el baño —dije—. Tú ve pensando en tu respuesta.

Cuando salí del baño, estaba plantado ante mí, con una mano apoyada en la jamba. Traté de no pensar en la palabra «amenazador». Le quité el vaso de whisky de la otra mano y lo empujé suavemente hacia la butaca gris; lo fui empujando y se dejó. En el baño, el albornoz se me había movido, se había abierto un poco, de forma que revelaba el contorno de mi cuerpo cuando me inclinaba, un hecho del que fui consciente cuando volvió a sentarse y yo me planté delante de él.

—¿Por qué estás aquí? —pregunté entre sorbo y sorbo de su whisky.

—Estoy aquí —contestó. Cerró los ojos—. Estoy aquí porque... —sonrió— porque de vez en cuando lo necesito. —Abrió y cerró los puños—. De vez en cuando es importante para mí —sus manos estaban bajo mi albornoz y ascendían por mis muslos— convertirme en algún otro —puso sus manos en mis caderas y me atrajo hacia sí—, alguien que no sea yo —abrió los ojos y la leve sonrisa se volvió más amplia.

Di un paso atrás y, al cabo de un instante, me soltó y dejó caer las manos. Le tendí su vaso de whisky.

—¿Quién quieres ser? —pregunté.

—Da igual —contestó—. Solo alguien distinto de mí.

—Solo alguien distinto. —Ahora estaba sentada en la cama, con la hamburguesa a medio comer y las patatas casi intactas en una bandeja a mi lado—. ¿Y si te ayudo?

—¿Cómo vas a ayudarme?

—Imaginando quién puedes ser.

—Deja la bandeja en el suelo. —Eso hice, y añadió—: Quieres ayudarme a imaginar quién soy. —Asentí—. Te gustaría hacer eso. —Asentí—. Di que te gustaría.

—Me gustaría hacer eso.

—Vale, pues seré alguien —dijo—, y tú vas a decirme cuánto te gusta.

Asentí.

—No lo eches todo por tierra. —Bajé las manos.

—No lo haré. Ya lo sé —dijo, y luego, tras una pausa, añadió—: ¿Puedo quitarme la corbata?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque —contestó con los ojos bien abiertos y la frente arrugada, fingiendo sinceridad—, porque quiero asegurarme de que te sientas cómoda con esto. Quiero asegurarme de que te sientas cómoda con todo lo que haga.

—Ay, esto ya me parece odioso.

—Bueno —dijo él, parpadeando despacio—. ¿Puedo?

—Ay, cómo odio esto.

—¿Puedo quitarme la corbata?

—Oh, es perfecto.

Él ya se toqueteaba el nudo.

—Mi corbata —insistió.

—Sí —dije—, sí, me siento más cómoda si te quitas la corbata.

—¿Y los zapatos?

—Sí.

—¿Sí qué?

—Sí, puedes quitarte los zapatos.

Los calcetines de color burdeos contrastaban con la moqueta blanca.

—Me estoy quitando la camisa —dijo.

—Eso no ha sido una pregunta.

—Puedo quitarme la camisa.

—Eso lo has expresado como una pregunta, pero en realidad no lo he oído como una pregunta... Ya sabes, ¿el tonito más agudo, al final? ¿De una frase interrogativa? En realidad, no he oído eso.

—¿Puedo? —preguntó entonces—. ¿Te hace sentir cómoda que me quite la camisa?

—Sí —respondí, pero ya se la había quitado. Debajo llevaba una camiseta de algodón blanco, de cuello redondo—. Si la dejas en el suelo, va a arrugarse.

Estaba plantado a los pies de la cama.

—Puedo quitarme el cinturón.

—Sí.

—Puedo quitarme los pantalones.

—Sí.

—Puedo arrodillarme en la cama.

—Sí.

Mis caderas estaban entre sus rodillas y mis hombros entre sus manos, y tenía la espalda, cubierta por el albornoz, contra la funda del edredón. La palpé con los dedos. No era de poliéster.

Quizá fue el hecho de que no fuera de poliéster lo que me hizo acordarme de la colcha de poliéster de mi propia habitación de hotel. O quizá fueran sus rodillas desnudas oprimiéndome las caderas.

—Espera —dije—, ¿puedo...?

—No.

—Pero si ni siquiera has oído...

—Voy a hacerte una pregunta.

—Vale, pero...

—Por qué estás aquí.

Negué con la cabeza.

—Yo te lo he contado.

—Apenas.

—Ahora te toca contármelo tú a mí.

—¿Haces esto a menudo?

—«¿Haces esto a menudo?» —Su boca esbozó una mueca—. No, no hagas eso, más vale que no hagas eso y lo sabes.

—Lo que más vale que haga es... —Levanté la cabeza, cambié el peso del cuerpo y traté de incorporarme en la cama, pero ya lo tenía encima, y ya me había levantado ambos brazos por encima de la cabeza. Ya me había aferrado ambas manos con una sola de las suyas, y aquellos dedos gruesos y prometedores me ceñían las muñecas.

—Sí que haces esto a menudo, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Deja ya de hacerme esa pregunta.

Medía metro ochenta, o quizá ochenta y cinco. Y pesaría sus buenos ochenta o noventa kilos. Nunca se me había dado bien calcular el peso de la gente.

—Oye —dije, tratando de mover las manos—, creo que...

—No, contesta a mi pregunta. ¿Por qué estás aquí? —Me agarró más fuerte.

—¿Por qué te importa?

—Dime qué haces aquí.

—¿Puedo tomar un poco de bourbon?

—Dime por qué estás aquí —insistió.

—Por favor —pedí—, ¿puedo tomar un poco de bourbon, por favor?

—No —contestó.

—Ni siquiera te lo has pensado.

—Pues no.

—No piensas dejarme salir de esta cama, ¿verdad?

Con la mano que no me sujetaba las muñecas me rodeó el cuello, muy suavemente.

—Contesta a mi pregunta.

—Estoy aquí —respondí— porque mi marido es un hombre muy bueno. Yo soy muy mala con mi marido y mi marido es muy bueno conmigo y, por lo tanto, me siento un monstruo. —La piel de mi cuello latía contra su pulgar, y no era una sensación desagradable—. Me siento un monstruo, y esto es culpa suya. Incluso lo que pienso es culpa suya, y solo un monstruo pensaría eso. Estoy aquí porque mi marido me quiere, aunque sea un monstruo y por lo tanto odiosa. Estoy aquí —añadí— porque siento odio hacia mí misma. Estoy aquí porque quiero que algún otro me odie también. Estoy aquí para probarme a mí misma lo monstruosa que soy, y a mi marido también. Estoy aquí porque quiero que algún otro lo vea. Quiero que algún otro vea lo monstruosa que soy, que lo confirme. —Algo así le dije.

Silencio. Le temblaron un poco los labios, como si intentara no sonreír.

—No tienes un gran concepto de ti misma.

Negué con la cabeza.

—Y tampoco quieres gustarme mucho a mí.

Volví a negar con la cabeza.

—Te pregunto esto porque las chicas se confunden. A algunas chicas tienes que atarles las muñecas y apretar muy fuerte el nudo, porque no puedes fiarte de ellas como me fío de ti.

Sentí un nudo en la garganta.

—¿Sabes? Soy más fuerte que tú, pero te estoy sujetando las dos muñecas con una sola mano. Podrías liberarte. Podrías liberarte si quisieras, solo que no quieres. —Me quitó la mano del cuello y empezó a desatarme, a abrirme el albornoz—. Pero algunas chicas se confunden. Hay chicas que no saben lo que quieren. Y entonces tienes que atarles las muñecas bien fuerte, incluso antes de quitarte el cinturón, aunque la chica debería saberlo, debería saber que solo usarías el extremo de piel, nunca la hebilla. A veces, según cómo se mueve contra el nudo con que le has sujetado la muñeca, cambias de opinión y dejas el cinturón en el suelo. Mi cinturón, solo para que lo sepas, está ahora mismo encima de esta cama, justo donde pueda alcanzarlo. Con alguna chica, pasa que todavía no has empezado siquiera a pegarle, y de repente, de forma totalmente inesperada, parece asustada. Empieza a decir, qué estás haciendo, y empieza a decir, espera un momento, empieza a decir, espera, yo no sé de qué va esto, y entonces sí que tienes que pegarle —y en ese punto me dio un bofetón—, pero no muy fuerte —no, no lo hizo muy fuerte, solo me produjo un escozor, breve, seguido del placer de la ausencia de escozor—, solo para hacerla callar, pero entonces ella abre la boca como si fuera a gritar —negó con la cabeza—, de manera que tienes que tapparle la boca con la otra mano, y ahora tiene los ojos muy abiertos y ahora sabes que está asustada, de modo que le inmovilizas los muslos con las rodillas porque se está moviendo demasiado y empiezas a tener la sensación de que podría intentar levantarse, bajarse de la cama. ¿Y sabes qué? —añadió—. Mis rodillas no están sobre tus muslos porque sé que puedo confiar en ti. Puedes levantarte de esta cama cuando quieras, solo que sé que no lo harás. Sé que no lo harás porque no vas a asustarte, ¿verdad? No, no vas a empezar a mirarme con cara de «por favor», con cara de «no lo hagas». Porque cuando una chica hace eso entonces tienes que volver a levantar la mano, porque si una chica va a asustarse, bueno... —sonrió—, pues más vale que la asustes de verdad, ya sabes, más vale que le pegues —levantó una mano—, y me refiero a que le pegues de verdad, en las costillas quizá, debajo de las tetas, en algún sitio donde no se vea cuando

vuelva a ponerse el vestido. Pero cuando una chica está confusa —negó con la cabeza—, tienes que bajar la mano —volvió a darme un bofetón, más fuerte esta vez— y ella cierra los ojos, y eso —negó con la cabeza—, bueno, pues eso lo echa todo por tierra. Tienes que deshacer el nudo. Tienes que dejarla bajarse de la cama. Tienes que decirle que se vaya. Tienes que dejarla marchar. —Y entonces, poniéndome la mano en el cuello y empezando a apretar, preguntó—: ¿Quieres tú eso? ¿Quieres que te deje marchar?

—No —contesté, y añadí—: No te preocupes, no lo haré. No cerraré los ojos.

6. LOS ÁNGELES, 2012

Sube el telón: la cocina de mi madre; sube el telón: yo, preparándome un gin-tonic. Era primera hora de la tarde; llevaba dos días en Los Ángeles. Me cuesta hablar de esta parte, no me gusta hacerlo, y por eso tendréis que disculparme, porque es posible que intente ser graciosa.

Llegué de San Francisco por la mañana. No me duché. Era domingo. Fui en busca de John, lo hice sentarse y le dije: «Tengo una aventura». Por supuesto que no era una aventura, fue un polvo de una noche, pero pensé que «aventura» era más punzante, es decir, más doloroso. Punzante, o sea, «que pincha»: mis palabras fueron como agujas calientes que se clavaron en las palmas de John. Luego esperé. Esperé a que dijera que quería el divorcio. Pero lo que hizo él fue quedarse sentado en nuestro sofá y ocultar la cabeza entre las manos. Lo que hizo fue decir «Te quiero». Lo que hizo fue decir «¿Y si vamos a terapia?».

Todo eso de las agujas calientes: ya sabrán que el calor se usa para cauterizar. Di «polvo de una noche» y ofreces la esperanza de que «fue un error» o «no volverá a pasar», infliges la primera de muchas heridas, causas mucho dolor antes del último golpe mortal. No, no era la primera, llevaba años pinchándolo, ese era el problema. Cuesta creerlo, pero lo que yo estaba haciendo era intentar parar, estaba tratando de ser buena. Por así decirlo. «Aventura», en cambio, me parecía profunda pero limpia, él querrá irse pitando, pensé: calientas la hoja del cuchillo, presionas con ella la herida, para la hemorragia. Cuchillo, aguja: en momentos emocionales extremos, se me confunden las metáforas, es verdad.

Lo que no esperaba: a John, en el sofá, con la cabeza recién puesta entre las manos y diciendo «¿Y si vamos a terapia?». Y si verlo así, creo que no exagero si uso la palabra «destrozado», si verlo así me producía dolor, también me provocó ira. Ante su debilidad. También me producía asco. A mí no me quedaba otra que aguantarme a mí misma, pero a él le estaba ofreciendo la posibilidad de largarse, e iba y la desperdiciaba.

Quizá la conversación continuara más allá de mi negativa inicial. Me refiero a mi negativa a hablar, así que fue más bien un monólogo, con John diciendo: ¿Es que no me quieres?, y: ¿No deberíamos darnos la oportunidad de arreglar esto?, e: Íbamos a tener un bebé, y yo sin poder confiar en lo que pudiera salir si abría la boca. Como pasa con los animales, que al caer en una trampa son capaces de roer sus propios miembros, quizá la cosa era un poquito así, aunque creo que la comparación me concede demasiado mérito, porque la extremidad era de John y era yo quien la roía, mientras él iba diciendo: Creo que podemos hacer que esto funcione, iba diciendo: Toma, ¿quieres morder esta pierna también?

En cualquier caso, si la conversación continuó no recuerdo nada de ella, lo que recuerdo es haber dicho: Me voy, lo que recuerdo es haber llamado un taxi para ir al aeropuerto, lo que

recuerdo es haber comprado un billete a Los Ángeles en el aeropuerto y lo caro que fue.

No había avisado a mis padres por adelantado. No estaba preparada para contestar preguntas, y es más fácil ignorar preguntas en persona que por teléfono. Además, no me hacía falta, porque de hecho mis padres son gente encantadora, realmente capaces de cuidar de una. Mi padre lo es más teóricamente, o sea, que le encantaría serlo, pero la mayor parte del tiempo ni siquiera está; mi madre lo es de una forma más y más patosa cuanto más tarde sea, pero tienen buenas intenciones, ambos, y son buenos. Son dulces conmigo, y ansían cuidar de mí, especialmente mi madre, unas características tan imperdonables en un progenitor como en un amante.

Así que me habían dado la bienvenida, me habían permitido ignorar sus preguntas y ahora habían pasado ya dos días, era primera hora de la tarde y yo estaba en la cocina preparándome un gin-tonic. Mi cuerpo entero bullía de furia. Bebía para intentar calmarme. Estaba furiosa conmigo misma porque, para cuando llegué a Los Ángeles, me había dado cuenta, no era tonta: lo había hecho todo fatal.

La fantasía infantil de escaparse de casa la conocemos todos, ¿no? Se parece en muchas cosas a la fantasía infantil de que te dejen presenciar tu propio funeral, la diferencia reside solo en el énfasis. La niña que sueña con asistir a su propio funeral sueña con que le permitan escuchar los halagos incondicionales que se ofrecen al muerto; la mera mención de sus defectos queda, aunque sea momentáneamente, aunque sea solo en público, prohibida. La niña que sueña con escapar sabe que al hacerlo provocará enfado, que su acto puede, de hecho, convertirse en una ocasión para sacar de nuevo a la luz y reexaminar los agravios cometidos. Pero ¿qué significa eso para ella? Esos agravios, al igual que la gente a la que han afectado, forman parte del pasado; se ha dado a sí misma la oportunidad de empezar de cero.

Por supuesto, hay una razón por la que esta fantasía pertenece a la infancia. Empezar de cero es difícil y doloroso y el pasado no está muerto y enterrado, ni siquiera ha quedado atrás, etcétera. Y el hecho es que empezar de cero aún lo es más —difícil y doloroso, quiero decir— cuanto mayor se hace uno, ya que cuanto mayor es uno, mayor es el número de lazos que lo atan a la vida que uno desea dejar atrás, más lazos hay que cortar. Y más lazos por lo tanto hay después —si uno posee lo que unas veces se conoce como un ego débil y otras veces se conoce como conciencia— que reparar.

Lo que quiero decir es que yo había esperado demasiado. Ojalá hubiera cambiado mi vida al acabar la carrera. Ojalá hubiera cambiado mi vida después de mudarme a Lincoln. Pero había esperado demasiado; había esperado tanto que un cambio en mi vida provocó también un cambio en la vida de los demás, un cambio violento y no deseado con el que llegado el momento tendría que... «lidiar», creo que es esa la palabra (era consciente de ello, no carecía hasta tal punto de sentimientos como para que no me preocupara).

Permítanme que intente explicarlo de otra manera. De niña, mis intereses, si pueden llamarse así, eran las actividades altamente reglamentadas en las que sobresalía de inmediato. El hecho de que esté a una tesis de distancia del doctorado en Literatura Inglesa responde, al menos en parte, a que leía con facilidad, y empecé pronto, y a que a los adultos, y en particular a los profesores, les encanta halagar a una niña pequeña con un libro grande. Si hacer deberes se puede considerar una afición, figuró entre mis favoritas durante primaria, secundaria y el instituto. Lo que quería era que me dieran indicaciones y que me felicitaran por seguirlos. De niña, no eran difíciles de encontrar. De adulta, descubrí que los únicos que se inclinaban a darte ambas cosas eran mis profesores,

hombres casados, la mayoría. Pero no te puedes casar con tus profesores casados. Así que me casé con John. John, que era tan amable y me apoyaba tanto y que era emocionalmente generoso y se le daba tan bien escuchar, que era todo lo que se supone que una mujer liberada debería desear. Pero entonces no hubo nadie para darme unas palmaditas en la cabeza por haber tomado la decisión adecuada. Solo estaba John, que era tan bueno. Que era tan bueno y que quería que yo tuviera deseos propios. En realidad, fue una sucia estafa que el único deseo que llegué a tener fuera el de dejarle.

Lo que trato de decir es que el teorema que debe aceptarse como premisa, si se quiere entender mi comportamiento, es que se me ha dado mejor, y me continúa pasando, convertirme en un recipiente para los deseos de otros. Y que eso me ha vuelto competente exactamente en dos cosas: el colegio y el sexo. También que se supone que no debe tratarse a los demás como medios para un fin, se supone que solo debes tratarlos como fines en sí mismos y para sí mismos, un señor muy inteligente y famoso llamado Immanuel Kant dice que así debe ser. Solo que yo sí quería que me utilizaran como medio, y eso la mayor parte del tiempo me hacía sentir desdichada y además era malévolo, y en un intento de arreglar ese problema fundamental conmigo como persona, había usado a John como medio, y era precisamente eso, y no cuestiones como Qué vas a hacer para ganarte la vida, y Cómo vas a encontrar trabajo, y Has abierto el correo electrónico de tu jefe en respuesta al correo en el que le dijiste que dejabas tu puesto sin previo aviso, y Acaso no es una ironía dejar un empleo sin previo aviso, esto es, de modo totalmente indebido, cuando el empleo que dejas es en Recursos Humanos; era el hecho de haber utilizado a John lo que al final iba a afectarme, cuando volviera a permitirme sentir cosas.

Pero el momento de volver a permitirme sentir cosas no era ese. En ese era primera hora de la tarde y me estaba preparando un gin-tonic y viendo vídeos de YouTube. Con el espíritu de «Bueno, seguro que habrá gente incluso más desdichada y malvada que yo», las palabras que puse en la barra del buscador incluían el término «violento» y el término «matrimonio».

Lo que encontré primero fue una escena de la película de Robert Altman de 1973 *Un largo adiós*. Eso fue después de un gin-tonic y medio. En la escena, un gángster arroja una botella de Coca-Cola a la cara de su novia. El ataque tiene lugar sin provocación alguna. La novia lleva un vestido color melocotón, hecho de algún tipo de gasa, chifón, quizá. El vestido tiene unas mangas abullonadas añadidas que se ciñen en las muñecas y que se rematan con volantes. La prenda tiene lo que parece ser una cinturilla natural, seguramente elástica, aunque se hace imposible saberlo con certeza porque la cintura queda tapada en parte por una pieza de tela más suelta, ligeramente asimétrica, sobrepuesta al vestido y del mismo tejido. La pieza en cuestión cae en el lado izquierdo hasta justo debajo del codo y, en el derecho, hasta justo encima del mismo. La novia se llama Jo Ann Eggenweiler y la interpreta una actriz que se llama Jo Ann Brody. O no es una actriz, sino una camarera que sirvió a Altman y a dos miembros de su equipo durante un descanso en el rodaje de la única escena en la que ella aparece. En pantalla, Jo Ann guarda silencio la mayor parte del tiempo. Ella y su novio gángster, Marty, están en el apartamento de Philip Marlowe. El papel de Philip Marlowe lo hace Elliott Gould. Ella está sentada, imperturbable, mientras Marty le dice lo guapa que es, lo mucho que la quiere. «Me acuesto con un montón de chicas —dice él—, pero a ti te hago el amor. ¿Verdad?» Ella asiente. Unos instantes después, le arroja la botella de Coca-Cola a la cara. Ella grita. Mientras los esbirros del gángster la sacan de escena a empellones, ella pronuncia dos palabras: «¡Ay, Dios!». «Mira, y eso se lo hago a alguien que

amo», le dice el gángster a Marlowe. «Tú ni siquiera me caes bien.»

Lo que encontré después fue un vídeo de cuarenta y cinco minutos bajo el título de «Norman Mailer, entrevistas del documental, tomas eliminadas». El fotograma que acompañaba al enlace mostraba a una mujer delgada, de pelo blanco, con un traje de chaqueta, con falda, de color crema, posiblemente de lino. Estaba sentada en una butaca de cuero; a su lado, sobre una mesita de madera, había una cubitera con hielo, y en su interior, una licorera de cristal medio llena de un líquido marrón y un vaso cuadrado, también lleno parcialmente de líquido, pero de un marrón más claro, el color del whisky o el bourbon diluidos por el hielo. Dos dedos de la mano izquierda, en el cuello, toqueteaban el collar de perlas. Hice clic. Mientras se cargaba el vídeo leí la descripción: «Tomas eliminadas de *Mailer: Una vida americana*(2005). Material sin editar, sujeto de la entrevista desconocido». El primer comentario que venía debajo era furibundo: «¿Quién es esta señora y por qué la han entrevistado a ella??? Lechao una ojeada al video entero (demasiado largo) y parece que no tiene nidea de mailer solo se queja de su marido no lo miréis si os interesa mailer el es el un grandísimo escritor americano (y miren sus películas tambein ;)) esta señora es una puta vieja!!!». Inmediatamente debajo había una respuesta del mismo usuario: «En caso de que os lo estéis preguntando, sí sé de ortografía y conozco además las normas gramaticales; de hecho, he leído mucho, solo estaba demasiado furioso como para que me importara. Jajaja :)». En los catorce días desde que habían subido el vídeo, ciento doce personas lo habían visto. Setenta le habían dado un voto negativo, un pulgar hacia abajo. El vídeo ya había acabado de cargarse.

—Hábleme de la fiesta —decía una voz en off.

—Sí —contestaba la mujer en pantalla—, hubo una fiesta. La fiesta de Norman Mailer. Era 1960 y yo salía con un hombre llamado Bill, y Bill dijo que Norman Mailer celebraba una fiesta y que estábamos invitados.

Llevaba un pintalabios color coral sobre los labios finos y arrugados. Pintalabios del color de Florida, del color de la jubilación y de las sandalias ortopédicas sin puntera, y una piel apergaminada, fría y seca por el aire acondicionado.

—Me pongo un vestido tubo de seda —continuó—, de color melocotón con unas flores bordadas en hilo de tonos bronce y crema. Bill dijo que Norman iba a presentarse para alcalde. —Tenía el tobillo derecho cruzado sobre el izquierdo. Con el índice y el pulgar hacía girar el vaso en círculos sobre el posavasos—. Bill dijo: Toda la gente importante va estar allí. Bill dijo: George Plimpton va a estar allí, y yo le dije: ¿A George le gustan las chicas con guantes?

—¿Qué pasó en la fiesta? —preguntó la voz en off.

—Lo dije en broma —dijo la mujer en pantalla, sin reconocer en lo más mínimo la pregunta, sin ni siquiera un ademán para descartarla—. Era broma, pero yo no sabía quién era George Plimpton, solo que supuestamente debería impresionarme. Bill se rió. Apenas sabía quién era Norman. Me llevé los guantes, por si acaso. El vestido iba decorado, en la cintura, con un lacito plano, también rosa, y las flores eran abstractas. Muy chic, muy Rothko. —Sonrió—. Eso me parecía a mí. En realidad, parecían huevos, vistos desde lejos. Como huevos separados, a medio freír. —Giró un poco la cabeza para toser.

—¿Cuándo llegó a...?

—Tenía el pelo liso como una tabla y me había pasado veinte minutos antes de la fiesta curvándome las puntas hacia dentro. Al final resultó que George Plimpton sí que estaba, pero ya se había marchado para cuando ocurrió.

—Ya, si pudiera...

—Con las puntas hacia dentro, el pelo apenas me llegaba a los hombros. Entonces era castaño rojizo, mi pelo —la mujer se tocó el moño blanco de aspecto suave—, bajo la luz adecuada. Bill conocía a Norman —continuó— porque estaba en Rinehart cuando salió *Los desnudos y los muertos*. Había sido el corrector de la novela, lo que básicamente consistía en cambiar todos los «joder» por «jolín» y todos los «putos» por «malditos» y también en que Norman le gritara. Cada vez que Norman veía una errata en las galeradas, llamaba a Bill y empezaba a gritarle. No servía de nada explicarle a Norman que la culpa era del cajista. Pasaron los años —tomó un sorbo del vaso— y entonces volvieron a encontrarse, en una fiesta en el Village, o quizá era una de las fiestas del *Village Voice*, se me olvida. Norman estaba gesticulando y le dio un golpe en la mano a Bill, y Bill dijo: Cuidado con las *malditas* manos, imbécil, y Norman se volvió, con una especie de mueca furibunda en la boca (Bill siempre ponía esa cara tan graciosa cuando contaba la historia) y dijo: Quién coño eres tú, *joder*, y Bill dijo: Es *jolín*, señor Mailer, me temo que no podemos imprimir *joder*, y Norman dijo: De qué me suena a mí eso, y al cabo de nada se estaba riendo y sus brazos rodeaban el torso de Bill como si luchara para darle un abrazo de oso. La bebida de Bill acabó derramada en la camisa de Norman, pero Norman no se enfadó, sino que se quitó la camisa, de buen talante, y fue a conseguirle otra copa. Sea como sea, después de aquello, Norman empezó a invitar a Bill a las fiestas...

—Hablando de fiestas, si pudiéramos...

—... Lo llamaba desde las cabinas telefónicas delante del Fire Spot o el Open Door. —Hablabas un poco más alto, único indicio de que se había percatado de la interrupción—. Y a veces, cuando llamaba Norman, yo estaba con Bill y entonces íbamos juntos. Eso era en el cincuenta y ocho o el cincuenta y nueve. Al principio a Norman le gustaba que yo apareciera con Bill. En el cincuenta y ocho yo tenía veinte años, las piernas largas y unos pechos bien puestos, y en medio una cinturita de avispa. —Sus ojos estaban fijos en un punto a la izquierda de la cámara, y en ese momento aguzó la mirada—. Era un bellezón, aunque supongo que ahora cuesta creerlo, pero en aquel entonces cualquier hombre habría fingido al menos...

—Disculpe, lo lamento, pero tenemos que ceñirnos al horario, estoy seguro de que lo comprende, señorita...

—No pasa nada, no pasa nada —repuso ella con un ademán—. ¿Por dónde iba?... Ah, sí, iba a decir que yo descalza ya era más alta que Norman, de verdad se lo digo. Era un hombre bajo, y con tacones le sacaba un buen trozo. Me parece que él creía que era una niña bien, y no lo era, aunque sí es verdad que mi familia vivía en Connecticut y yo no andaba por ahí con un par de esos —entornó los ojos— pantalones vaqueros. Mi padre trabajaba de mecánico de coches, y él sí llevaba un mono en el taller y pantalones vaqueros en casa, pero mi madre me vestía como las niñas que vivían en las casas que limpiaba, con preciosos modelitos de cuello barco y faldas plisadas, delantalitos y cuerpos de nido de abeja. No tenía un armario lleno de ellos, pero sí dos o tres que ella soltaba en la cintura cuando crecía de ancho y en el dobladillo cuando lo hacía de alto. Mi madre era buena costurera, añadía lazos en la espalda cuando la moda cambiaba, o ponía cuellos babero. Fue mi madre quien me compró mi primer par de guantes, quien me dijo que una dama siempre lleva guantes cuando sale a tomar una copa o a cenar. Nunca salgas de casa pasadas las cuatro sin tus guantes, me decía. Guantes blancos, y no dejes que se ensucien. Mi madre era italiana, del sur, y morena, pero mi padre era rubio y yo también, no parecía..., la palabra de entonces era «étnica». A mis trece o catorce años recuerdo haber estado con mi madre en el cuarto

de baño, y a ella espolvoreándome las mejillas con polvos blancos y diciéndome que no dejara que me diera el sol. Jugaba con las niñas cuyas casas limpiaba mi madre, siempre de puertas para adentro. Por lo menos hasta que tuve once o doce años; entonces se volvió impropio. —Se aclaró la garganta—. Una vez, en P. J. Clarke's, él, Norman, se me acercó por la espalda y me rodeó con los brazos, no exactamente por la cintura. Yo llevaba una falda de color malva que llegaba a media pantorrilla, muy ajustada en las caderas, y una blusa blanca, con el cuello alto y mangas abullonadas y bordadas con encaje, con una hilera de botones en la espalda. Me dijo al oído: Qué diría tu padre si pudiera verte ahora, y se echó a reír. De dónde habría sacado la idea de que mi familia..., quiero decir, no sé quién creía exactamente que era mi padre, pero... A lo mejor también me besó en el cuello, pero sus labios estaban tan cerca de mi oreja que pudo ser sin querer, solo... —se sacudió una pelusa invisible de la falda— un roce húmedo. —Apretó los labios—. Podía parecer rica, eso es verdad, o lo bastante rica. Cuando he dicho «Al principio a Norman le gustaba que yo apareciera», me refería a que al principio me gustaba a mí. Entonces Bill salió de los lavabos y dijo: «Eh, Norman, ya sabes que ella es mi chica», y Norman me pellizcó el trasero, me soltó y guiñó el ojo. Se lo guiñó a Bill, quiero decir. ¿Había oído algún tono de broma en la voz de Bill? Quería estar en la onda, Norman, y ese era el problema; eso era lo que lo volvía tan directo. Cuando he dicho «Yo apenas sabía quién era Norman», he querido decir que sabía que era un asqueroso. Me hacía la tonta, quiero decir. Era joven y guapa y no había ido a la universidad y no tenía ambiciones artísticas, no era actriz ni pintora ni poeta, la cosa era bastante simple. El hombre que escribía éxitos de ventas, que salía en televisión, que ganaba premios y recibía elogios, el hombre al que mi novio tanto admiraba. A ese hombre, no lo conocía —esas palabras, más que decir las, las escupió—, ni quería conocerlo.

Hubo una pausa. En la pantalla, la mujer dio un sorbo a su bebida. Se toqueteó las perlas del collar. Observé cómo se movía el cierre, en el sentido de las agujas del reloj, desde la nuca hasta la base del cuello. Cuando ya llevaba dos de esos circuitos, se oyó cómo alguien se aclaraba la garganta fuera del plano.

—Estaba usted hablando de... —una tos—, si pudiéramos volver a centrarnos en...

—La fiesta, sí. Era una fiesta de cumpleaños. De un tal Roger no sé qué. Bill reconocía que Norman tenía sus toques de excentricidad, claro. Sin duda tenía las manos un poco largas, engañaba a su mujer, le gustaba el bourbon, le gustaban las drogas, y a quién no. A mí me gustaba el bourbon, ¿no? Desde luego que sí. —Levantó el vaso, dio otro sorbo, más largo esta vez, y tragó con dificultad—. Si eres rico no se llama emborracharse, se llama pasarlo bien. Norman se había criado pobre, pero ahora era rico y lo estaba pasando en grande. Sus dos últimas novelas las habían puesto por los suelos, sí, pero eso era porque tenía a la prensa en contra, era demasiado radical, le tenían miedo, pero qué demonios, a quién le importaba, porque Norman podía convertir tu fiesta en un éxito, eso decía todo el mundo. Aparecía con Adele y dos o tres amigos, ya borrachos, en su tercera o cuarta fiesta de la velada, se metía entre pecho y espalda el quinto whisky de la noche, e iba en busca de la chica más guapa de la sala e iniciaba una competición de miradas con ella. Iba en busca de un tío gorila y se enzarzaba con él en una guerra de pulgares. Iba en busca de un tío más gorila incluso y empezaba con él una lucha de cabezazos. Recuerdo haber oído una vez el ruido de los cráneos al golpearse —cerró los puños y entrechocó los nudillos de ambas manos—, dos, tres, cuatro veces, hasta que uno cayó. Entonces levantaba al otro tipo, se incorporaba y empezaba otra vez. Despejaba la sala de estar, se sentaba en la alfombra, tocaba los bongos con los pies mientras hablaba con lírico entusiasmo sobre..., no sé, la marihuana o el jazz

o la literatura hípster o la occidental y su propio lugar en ella. Sobre la orgía como acto existencial. Sobre si era él mejor o peor que Bill Styron, que Jim Jones, que Scott Fitzgerald. Una vez, Bill libró una guerra de pulgares con él en una fiesta y al día siguiente no podía ni coger un lápiz. —Se echó a reír—. En cierta ocasión, en una fiesta, Norman puso un disco..., estábamos de vuelta en su casa, un piso en el East Side, y no era música, era el propio Norman hablando. Norman en pleno monólogo con su falso acento de Texas. Alguien soltó una risita. Yo me volví hacia la chica que tenía al lado y cuando me disponía a decirle..., Norman se dio la vuelta y soltó: «Cierra el pico, joder».

En la pantalla, la mujer se inclinó hacia delante.

—Si lo hubiera hecho cualquier otro, menudo rollazo, ¿sabe? Pero Norman..., bueno, él era brillante, él era un genio —las venas de su cuello se volvieron visibles—, una podía oírlo hablar toda la noche y, caray, a veces hacías precisamente eso. Las noches en que Bill salía a ver a Norman y yo me quedaba, luego me lo contaba todo. Llegaba a casa a las cuatro, ebrio o colocado o ambas cosas, y hablaba sin parar de Norman, Norman y Norman. A veces hasta me sorprendía que no fuera ese el nombre que gritaba cuando follábamos. —Di un respingo, y creo que el cámara también lo hizo, porque la imagen tembló un poco—. Aquellas noches, Bill me toqueteaba y yo me volvía de costado y le daba la espalda. Algunos tenemos que levantarnos por las mañanas, le decía. Y era verdad, demonios, y no lo decía solo por mí, porque Bill tenía también un empleo al que acudir, pero yo sobre todo no quería que Bill me tocara con el hedor de Norman encima. A veces yo le daba la espalda, negaba con la cabeza y decía: Venga ya, Bill, y aun así él me volvía a la fuerza, hasta dejarme boca arriba, me inmovilizaba los hombros. Nunca decía no, nunca supe muy bien cómo hacerlo. —Otra risa, sin alegría—. Y, de todas formas, Bill tenía muy mal beber y el forcejeo lo agotaba, de modo que era solo cuestión de minutos. Solía quedarse dormido con una mano metida en mis bragas, porque el esfuerzo de intentar quitármelas había resultado extenuante, y con la polla solo dura a medias. —Pronunciaba cada palabra con suma cautela—. No sé cómo creía que iba a ser capaz de meterla. —Negó con la cabeza y volvió a arrellanarse en el asiento. Hubo un asomo de sonrisa—. En cualquier caso, así solía ir la cosa, y no me costaba mucho, una vez que se había puesto a roncar, escabullirme de debajo de él, y me tomaba un cuarto de Seconal, o media, me levantaba a las siete y me empolvaba bajo los ojos para disimular las ojeras.

Negó de nuevo con la cabeza y volvió a cruzar las piernas. Siguió un silencio, pero esta vez la voz en off no dijo nada.

—Yo no quería ir a aquella fiesta, pero me había quedado en casa demasiadas noches, y no era una fiesta cualquiera sino un cumpleaños, y no solo un cumpleaños sino una fiesta relacionada de algún modo con la campaña para la alcaldía de Norman. La lanzaría dos días más tarde, en el programa de televisión de Mike Wallace. Wallace ni siquiera le preguntó por el apuñalamiento, supongo que no se había enterado de la noticia. Leí después que Norman había invitado a todo el que pudo encontrar, cuanto más cutre, mejor: drogadictos y borrachos, punks y estafadores; sus «electores», los llamaba, y aseguraba que eran quienes iban a votarle, la gente a la que él pretendía representar. Como si estuvieran censados. Una cosa sea dicha, era un gran vendedor. Tenía olfato para..., para el escándalo, quizá, o sentido de la oportunidad. Para la prensa. Más adelante leí que a Norman le gustaba rodearse de parásitos; ya sabe, de tipos mediocres, venidos a menos o sin futuro. Se referían a boxeadores y toreros, a los bulliciosos pelagatos que encontraba en los bares, tipos que podían medirse con él copa a copa, puñetazo a puñetazo, y que no..., quiero decir que Bill sí que se emborrachaba fácilmente, como he dicho antes, pero cuando

leí «parásitos» y «mediocres», bueno, pensé en Bill. Él fue la primera persona que se me pasó por la cabeza.

Guardó silencio unos instantes, toqueteando con una mano las perlas del collar, que se movían bajo sus dedos.

—Cuando llegamos allí, ya era casi medianoche. —Se la veía relajada en la butaca, el cuerpo un poco ladeado con respecto a la cámara, una mano en las perlas, la otra sujetando el vaso, casi vacío—. Me había demorado todo lo posible, me había hecho un peinado, para luego soltarme el pelo, cepillármelo y volver a recogérmelo, y pedí dos martinis en la cena y alguna clase de licor de postre. Además, el apartamento estaba en el Upper West Side, de modo que nos llevó un buen rato llegar hasta allí en el metro de la IRT. —Las cuentas de un rosario, eso me recordaban aquellas perlas—. Era un piso grande, pero sombrío, con las paredes de un verde oscuro, y estaba aún tan abarrotado de gente que para llegar hasta la barra tenías que abrirte paso casi a codazos. Mandé a Bill en busca de unas copas y conseguí llegar hasta el baño, a través de las migas y la ceniza en la moqueta y el humo dulce que flotaba en el aire, y tras encajar un codo en las costillas y notar una mano en mi culo. Una mujer, una extraña, abrió la puerta cuando probaba a accionar el picaporte. Era alta, más que yo, y rubia, con un flequillo desfilado ahora greñado, empapado en sudor y pegado a la frente. La extraña me apartó para pasar y me encontré cara a cara con Adele. Se me ha olvidado su nombre, el de la extraña, pero debí saberlo en algún momento porque recuerdo haber oído, más tarde, que la pelea había empezado porque ella había estado en el cuarto de baño con Adele, lo que implicaba que estaban —esbozó una mueca—, ya sabe, enrolladas, lo que uno llamaría «montándoselo». Me pareció vieja, Adele. Recuerdo haber pensado que se veía vieja. Y no era solo la crueldad de mi juventud —sonrió, y las arrugas que enmarcaban las comisuras de su boca se volvieron más profundas—, sino que había envejecido en los seis meses transcurridos desde la última vez que la había visto, sus ojos se veían pequeños y brillantes, enrojecidos e hinchados. Quiero decir que era evidente qué habían estado haciendo, y que Adele había llorado, como aseguraban también los rumores. —La mujer soltó un bufido de burla y levantó la mano izquierda del cuello para hacer un ademán despreciativo—. Tenía pegotes de rímel en las pestañas y manchas negras en los pómulos. Durante un instante, me pareció más asustada que sorprendida. Solo fue un instante. Luego recobró la compostura, sonrió, hizo un movimiento, una especie de contoneo, y me dijo: No habrás visto a Norman, ¿no? Negué con la cabeza. Ella frunció el ceño, apuró su copa de martini, se llevó una mano al pecho y soltó una risita. Supongo que tendré que seguirle el rastro yo misma, dijo. Levantó la voz al pronunciar «yo misma» y justo después se le hizo un nudo en la garganta. Me tendió la copa vacía, me guiñó un ojo, se alisó el vestido. Maridos, añadió poniendo los ojos en blanco. Tenía las mejillas hinchadas, y cuando se dio la vuelta, antes de que desapareciera entre la multitud —la mujer hablaba ahora en voz baja—, vi que llevaba un vestido de terciopelo negro con un profundo escote en V en la espalda, y vi entonces que, sobre la V, tenía la piel de un rojo intenso, irritada. De ansiedad, quizá. O de vergüenza. Más tarde leí que las dos niñas, las hijas, habían estado en el piso de arriba todo el tiempo.

La mujer se aclaró la garganta.

—Todos habíamos oído los rumores, ya sabe. El arresto en Provincetown después de que Norman tratara de parar un coche de policía como si fuera un taxi. Una acusación por ebriedad y alteración del orden público tras una pelea en un bar. Oímos los rumores y luego las excusas: todo el mundo sabía que los polis detestaban a Norman, y la verdadera historia tuvo que ver con la

licencia para un cabaret; en todo caso, los policías eran unos fachas, no se podía confiar en ellos. —La mujer de la pantalla exhaló un suspiro—. Y resulta que la policía denegaba esos permisos para cabaret de manera arbitraria, en particular a músicos negros y cantantes negros, y Norman se vio en efecto involucrado en una protesta, contribuyó a hacer circular una petición, pero también, por separado, se emborrachó en un bar y llamaron a la policía y acabó con una denuncia por ebriedad y alteración del orden público. Y no sería ni mucho menos la única vez..., me refiero a que también había esos rumores sobre que el maquillaje de Adele no ocultaba del todo un ojo a la funerals, un labio partido, un moretón en el cuello, el hombro o el brazo. Los arranques de cólera, los líos de faldas. Se había presentado borracho a una conferencia en Princeton..., no, era en Brown. En pleno ataque de ira, le había soltado un bofetón a su hermana, o fue a su madre, o fue a su amante. Aunque la verdad —se detuvo y se inclinó hacia la cámara— es que yo nunca vi nada, nada definitivo. Más adelante resultó —volvió a apoyarse en el respaldo—, o eso leí, que se había pasado aquella tarde, la tarde de la fiesta, emborrachándose con un amigo en el apartamento de una actriz, en el dormitorio de la actriz, y el amigo acabó durmiendo la mona y la actriz tratando de quitarse de encima a Norman, y Norman se negó a marcharse hasta que ella amenazó con llamar a la policía. Por lo menos eso leí.

La mujer descruzó las piernas y volvió a cruzarlas. Se alisó la falda y se arrellanó en la butaca.

—Adele lo provocó. Esa fue la historia que circuló. Y también que ella tenía sus propios líos, y eso es cierto. Y no solo con hombres, también con mujeres, y tríos. Una vez, en una fiesta, se quitó la ropa y trató de organizar una orgía. Le tiró del pelo a otra chica, trató de arañarle la cara, y todo eso lo hizo en público, en las dunas de Provincetown, ante docenas de testigos. Y sin duda eso era verdad, pero menuda mierda le cayó encima a ella, y en cambio a él no. —Negó con la cabeza—. Adele —apretó los labios— era famosa por sus «apetitos desmesurados», por su «lencería», toda de Frederick's de Hollywood; si hay que fiarse de los rumores, esa mujer no tuvo en toda su vida unas bragas de algodón, era «puro exotismo sexual». Encontrará esa expresión exacta, «puro exotismo sexual», en las biografías. Lo sé, las he leído. Descubrirá, además, que la madre de Adele era española y su padre era un «indio *peruano*», y que ella nació en Cuba. Descubrirá, además, que era pintora, y de talento, pero eso es solo material introductorio y siempre se deja atrás rápidamente. Bueno —se aclaró la garganta—, he leído una biografía entera y un buen pedazo de otra. Tampoco es que Norman no les pegara a las mujeres blancas, pues a su cuarta esposa le dio por lo menos una paliza, y no fue en privado, y era rubia y de piel más clara que yo. Pero creo que el hecho de que una mujer no fuera blanca, y Adele no lo era, lo hacía más fácil. No para Norman, sino para el resto de ellos. Para el resto de nosotros. —Apuró lo que quedaba en el vaso de un largo trago—. Y para mí. Me resultaba más fácil no hacer nada. Yo no había heredado la *carnagione* de mi madre, su tez, su tono de piel, pero sí había heredado la vergüenza que le hacía sentir. Y creo que pensaba que, si decía algo, todo el mundo se daría cuenta de que no era una de ellos. De que tampoco yo era una de ellos. Además, la balanza iba a inclinarse siempre a favor de Norman. Me refiero a que tenemos, por un lado, a Norman Mailer, un intelectual muy conocido, y por el otro —hizo un ademán— a una fulana cualquiera. Una fulana con la que resulta que se ha casado Norman. Quién se acuerda siquiera de los nombres de todas sus esposas, por no hablar de las peleas, las aventuras, los ligues de madrugada..., yo no, quiero decir. Pero por la forma en que solían hablar de ella. Y por la forma en que siguen hablando de ella incluso ahora, en las biografías... De veras creo que era más fácil mirar para otro lado, decir

que arrastró a su amiguita hasta el baño para follar con ella, que Adele nunca tenía suficiente, como si no lo supiéramos todos: no hay más que verle la boca, cómo se la pinta de rojo, y mira qué vestidos lleva, con qué escotes. Nunca fue de forma declarada la cuestión de la raza, siempre taparon la cuestión de la raza con la cuestión del sexo. Difundieron las historias por ahí y dijeron: Mirad, ha recibido su merecido, ni más ni menos.

Hizo una breve pausa, se llevó el vaso a los labios, se percató de que estaba vacío y volvió a bajarlo.

—Sea como fuere, yo estaba cerrando la puerta del baño cuando vi a Adele agacharse para recoger trozos de un canapé, alguna clase de pasta de hojaldre, que alguien había aplastado en la moqueta. Miró alrededor un momento, en busca de un cubo de basura, supongo, y luego agachó la cabeza y se encogió de hombros, y volvió a dejar caer los pedazos al suelo y se alejó.

Hizo otra pausa y entornó los ojos.

—Supongo que quiere oír hablar de la gente famosa, ¿verdad? Aquella noche había mucha gente famosa allí, pero me temo que voy a tener que decepcionarle —una sonrisita—, porque a esas alturas George se había marchado. No había traído a sus amigos ricos, y Norman le había dado en la cabeza con un periódico enrollado, de modo que se había ido. Lillian se había marchado, y Dwight también, o nunca habían estado ahí. Barney Rosset se había ido y Allen Ginsberg también, al igual que Delmore Schwartz. Leí todos esos nombres después, aunque de todas formas no habrían significado nada para mí en aquella época. Eran las tres y media de la mañana, y luego fueron las cuatro. Alguien había apagado un cigarrillo contra la pared verde oscuro. Pisé carne. La habitación no me daba vueltas, pero tampoco estaba quieta. Me senté en un sofá y agaché la cabeza entre las rodillas. A mi lado, dos chicos trajeados hablaban sobre Norman. Este estaba fuera, en la calle, desafiando a los transeúntes a combates de boxeo. Qué original era, este Norman, no solo por su prosa sino por la forma en que vivía. No hacía concesiones. Rechazaba la represión de los impulsos, tanto en la vida como en el arte. ¡La máscara humana era en sí misma una represión de los impulsos! Cómo aceptaba Norman..., no, cómo abrazaba la naturaleza animal del hombre. La violencia era natural y, por tanto, erótica, y definía lo erótico como todo lo que ha prohibido la sociedad convencional, incluidos, por supuesto, el sexo, la muerte y las peleas a puñetazos. —Había estado asintiendo con la cabeza mientras describía la conversación de aquellos chicos, pero entonces se detuvo—. Norman tenía un cuchillo, según dijo uno de los jóvenes. A Norman le interesaba la cuestión de la maldad. Como a Dostoievski, dijo un chico. Sí, como a Dostoievski. Eso es lo que recuerdo, o quizá añadí ese diálogo después. Los chicos iban de un tema a otro. Yo seguía sosteniéndome la cabeza.

En ese punto hizo una pausa y guardó silencio, y el silencio se prolongó tanto rato que me pareció que igual se había ido el sonido, así que subí el volumen en mi ordenador, apreté la pausa en el vídeo y volví a activarlo; esperé. Entonces se oyó cómo alguien arrastraba los pies al otro lado de la cámara y se aclaraba la garganta, y luego la voz.

—¿Está bien? ¿Puedo...?

—Deme un momento —rogó la mujer levantando una mano—. Solo deme un momento. —La otra mano aferraba el vaso vacío. Por fin añadió—: Estábamos abajo cuando ocurrió. Bill me encontró y me ayudó a levantarme y me hizo beber agua con un chorrillo de bourbon y cogimos el ascensor para bajar. En realidad, no vi cómo ocurría, para que lo sepa. No oí ningún grito ni ningún estrépito, solo la charla en el vestíbulo, donde se había reunido un grupo. Ya era casi diciembre y hacía frío, y todos temíamos la caminata hasta el metro o tener que buscar un taxi —su

mano se movía en el aire—. Recuerdo haber oído un claxon allí fuera, y un chirriar de frenos. Y entonces se abrió el ascensor y salió de él un hombre negro. Llevaba a Adele en brazos. Tenía el vestido desgarrado, pero estaba oscuro, y como el vestido era de terciopelo negro me llevó unos instantes ver la sangre, ver que estaba sangrando. Alguien le cogió la mano. Alguien llamó a una ambulancia. —En ese punto, la mujer cerró los ojos. Y cuando habló lo hizo en voz baja, pero con claridad y sin abrir los ojos—. Me parece importante mencionarlo, el hecho de que el hombre que llevaba a Adele fuera negro. Iba a decir que por supuesto lo era, que por supuesto el único hombre negro que quedaba en la fiesta sería el único dispuesto a ayudar —una pausa—, porque por supuesto él era también un intruso, o quizá tenía menos que perder —otra pausa—, pero todo eso suena equivocado, dicho así. Como si estuviera sacándonos del atolladero, o subestimando el riesgo que corría aquel hombre, o involucrándolo en aquello. —Exhaló un suspiro—. Adele escribió un libro de memorias, años después, y llamó a aquel hombre, el hombre que la salvó, su «ángel negro». Como si no fuera en absoluto una persona, con su propia familia, sus propios problemas, alguien que casualmente estaba allí, que tuvo la decencia... —Soltó otro suspiro—. Como si fuera alguna clase de aparición sobrenatural. Como si hubiera aparecido solo para ella. Sé que lo decía con buena intención, pero aun así... —Sus ojos volvieron a abrirse de golpe—. Aun así, parece importante mencionarlo, a aquel hombre negro que la ayudó a llegar abajo. Toda la gente blanca en el vestíbulo no hizo nada, incluida yo. El hombre negro se marchó antes de que pudiéramos hablar con él, o quizá fue que nos negamos a hablar con él y se marchó. Recuerdo que reinaba el silencio, y entonces alguien, un hombre, habló: Se ha caído sobre unos cristales rotos, y una voz distinta, también de hombre, añadió: Te has caído sobre unos cristales rotos, Adele, verdad que sí, silencio, Verdad que sí, silencio, Verdad que sí, y luego se oyó algo que pudo haber sido un sonido de asentimiento. Yo aferraba la mano de Bill, demasiado fuerte, y él dijo: Ay, y cuando lo solté, añadió: Cariño, eso duele. —Hizo una mueca—. Y no lo dejé, entonces, por supuesto. No, vi a Adele sangrando y oí a mi novio decir: Ay, y: Cariño, eso duele, y: Creo que deberíamos irnos, y lo dejé guiarme para salir de aquel vestíbulo hasta la acera.

La mujer se sirvió un poco más de bourbon. Para entonces quedaba más o menos un tercio de la botella.

—Nos fuimos a casa andando —dijo—. No quería meterme en un taxi con Bill, no quería bajar las escaleras del metro con él, de forma que caminamos, cien manzanas o más. Hacía muchísimo frío, mi aliento se veía blanco en el aire, y yo no sentía el frío. Solo era capaz de pensar en caminar, en cómo hacerlo. Pensaba: tacón, punta, tacón, punta, tacón, punta. Pensaba: derecho, izquierdo, derecho, izquierdo, derecho, izquierdo. Bill me soltó la mano y después de eso ya no volví a tocarlo. Durante las primeras veinte manzanas me negué a hablarle. Él dijo: Cariño, ven, y Nena, todo va a salir bien, y Mira, no sé qué ha pasado, pero vamos a estar bien —ahora hablaba más deprisa— y Caramba, menuda fiesta. Me quité los zapatos, de modo que mis pies enfundados en las medias quedaron sobre el hormigón agrietado, y cuando él trató de rodearme con sus brazos, lo empujé con los zapatos para apartarlo de mí; mis zapatos tenían tacones finos y se los clavé en el pecho. Profirió un ruido, un gruñido. Aquel sonido me asustó, no sé por qué, pero me asustó, y solté un grito. Cuando llevábamos unas treinta manzanas, dijo: Vale, me rindo, ¿qué crees tú que ha pasado?, y me detuve y me volví hacia él, y él se detuvo y se volvió hacia mí y yo le escupí en la cara. Y luego seguimos caminando. En algún punto, dije: Bill, tu amigo Norman ha apuñalado a su mujer. Y él contestó, de forma apresurada: ¿Has visto algún cuchillo?, y añadió: Ella ha dicho que se ha caído sobre unos cristales rotos, tienes que haberlo

oído, y yo dije: No, he oído a alguien decirle que dijera eso. Y añadí: Bill, si se muere, tu amigo Norman la habrá matado y será un asesino, y le dije: Serás amigo de un asesino, ¿cómo te hace sentir eso? Y Bill no contestó. Al cabo de un tiempo ya no me sentía los pies. Finalmente, me detuve y traté de volver a ponerme los zapatos, pero no me entraban, de modo que saqué los guantes, mis guantes blancos e inmaculados, largos hasta el codo, y me los puse en los pies. Dejé los zapatos en la acera. Hundí las manos en los bolsillos del abrigo y recorrí así las últimas manzanas.

Exhaló aire y tomó un sorbo del vaso y yo exhalé también; no era consciente de haber estado conteniendo el aliento.

—Bill volvió a decirme aquello, en voz baja. Ya estábamos dentro de nuestro edificio, subiendo por las escaleras, él iba delante y yo lo seguía, con los guantes en mis pies aleteando y doblándose y haciéndome tropezar, y como él iba delante apenas oí cómo murmuraba por lo bajo: Tú no sabes qué ha pasado. Y entonces él giró la llave en la cerradura para abrir la puerta de nuestro apartamento y entramos.

Paré el vídeo. Me había acabado el gin-tonic, el segundo, me parecía..., no, tenía que haber sido el tercero, y fui hasta el mueble bar para prepararme otro, pero me detuve y me dirigí al fregadero, me llené el vaso de agua y me la bebí, y volví a llenarme el vaso. Me quedé allí durante un minuto, de espaldas contra el fregadero, tomando sorbitos y pensando. Pensando: Adele, has sido una buena chica. Pensando: Nadie se lo imaginaba. Nadie habría podido imaginar que serías tan buena chica.

Volví a sentarme y a hacer clic en el vídeo.

—Aquella noche no me fui a la cama —dijo la mujer—. Bill fue derecho al dormitorio, pero yo no estaba cansada y de todas formas ya eran más de las seis, ya era por la mañana. Me serví bourbon en un vaso alto, sin hielo, me metí en la bañera y esperé a recuperar la sensibilidad en los pies, en las yemas de los dedos, en la punta de la nariz. Luego me puse una blusa blanca limpia, me cepillé el pelo, me lo recogí y me puse unos zapatos de tacón bajo. Bill yacía sobre la colcha, totalmente vestido. Estaba roncando. Cogí unos guantes, unos grises de cachemir. Había un agujerito entre los dedos anular y meñique de la mano izquierda. Recordaba haberme fijado en ese agujero. Recordaba haber pensado: Tendré que coserlos. Crucé la calle y me conseguí un paquete de tabaco y un vaso de café en el quiosco. Compré ejemplares del *Times*, el *Daily News* y el *Post*. De vuelta en el apartamento, los leí todos de cabo a rabo. Tampoco es que esperara encontrar nada, pues los periódicos se habrían imprimido ya, solo quería..., ahora que el sol ya estaba alto y no hacía tanto frío y había visto a una familia ahí fuera, el padre con traje, abrigo y sombrero, la madre con guantes y los niños con zapatos de charol, me parecía posible que me hubiera dejado llevar por las emociones... Pero entonces me acordé de cómo aferraba el padre la muñeca de la madre, con demasiada firmeza, cuando deberían haber ido cogidos de la mano, y no... Quizá me estaba poniendo histérica; al fin y al cabo, las mujeres tienen tendencia al histerismo, es un hecho conocido. —Inspiró profundamente—. Después de haber leído los periódicos de cabo a rabo, los tiré. Luego fui en busca de unas tijeras y corté los guantes que había llevado la noche anterior, los corté hasta convertirlos en simples cuadraditos de tela. No me servían para nada, ahora que ya no eran blancos. Tiré los cuadraditos a la basura. Me senté en el sofá a fumar. Para cuando Bill se despertó, me había acabado el paquete.

La mujer se aclaró la garganta.

—El lunes también compré los periódicos, pero no salió nada hasta el martes. Escondida en el

Times, apenas una columna y media, más una fotografía de Norman que ocupaba otra media columna. Sí salía en la portada del *Daily News*. Recuerdo el titular: Detenido un novelista por apuñalar a su esposa. Lo recuerdo específicamente porque después leí que el padre de Adele era cajista en el *Daily News*, y que fue así como se enteró.

Tomó otro sorbo de su bebida.

—Bill me pidió disculpas después. Y rompió con Norman. O eso dijo. Hubo noches, más adelante, en las que me lo pregunté, noches en las que no volvió a casa o en las que llegó borracho, noches en las que yo yacía muy quieta, esperando, con los ojos abiertos en la oscuridad.

Se quedó callada otra vez. Levantó el vaso y luego volvió a bajarlo.

—Pasaron los años —dijo—. Pasaron los años, como suelen hacer, y Bill y yo nos casamos. —Se echó a reír—. Nos casamos. Me gustaría decir que si no se hubiera disculpado, si no hubiera roto con Norman, yo no habría..., pero no puedo decirlo porque no fue eso lo que ocurrió. Bill era corrector de textos, luego fue ayudante de editor, después se convirtió en redactor, en editor y en director editorial. Yo era secretaria en una agencia de publicidad y luego fui ayudante de redacción y después, durante mucho tiempo, fui redactora creativa, y finalmente me convertí en redactora jefe y tuve mi propio despacho. No tuvimos niños. Bill los quería y a mí me daba igual, pero sencillamente nunca ocurrió. Lo intentamos durante un año, dos, tres, y luego dejamos de intentarlo, y entonces Bill dejó embarazada a una chica de veintidós, así que supongo que el problema lo tenía yo. Siguió un divorcio rápido, en otro estado, y luego yo me volví a mi despacho.

La mujer se revolvió un poco en el asiento.

—No pensaba hacer esta entrevista, ¿sabe? Y entonces, la semana pasada, el jueves, compré el periódico, el *Times*. Y leí, mientras me tomaba mi medio pomelo y el café, leí que el hombre que me contrató, que me ascendió, que me dio mi despacho, era un... —Hizo una pausa—. Era un violador. Eso dicen las mujeres, son cuatro. Sus secretarias, secretarias de las que yo me acuerdo, chicas jóvenes y brillantes. Dicen que en los viajes de trabajo él les decía que subieran a su habitación de hotel y que en la habitación del hotel él les servía copas. Que ellas decían que no, pero daba igual, porque él no las escuchaba. La misma historia con ligeras variaciones. Una de ellas tenía moretones. Una de ellas, una distinta, acudió a la policía, pero lo hizo un par de días después, ya se había duchado. El agente con el que habló le dijo que al cabo de setenta y dos horas ya no habría pruebas, le dijo que se fuera a casa. Leí eso y pensé: yo era mayor cuando fueron contratadas esas secretarias. Pensé que conmigo nunca había intentado nada. Traté de recordar si hubo veces en que hizo entrar a su secretaria en el despacho y dejó la puerta cerrada demasiado rato. En las que le hubiera pedido a la secretaria que se quedara en la oficina hasta tarde. Pero no conseguí recordarlo. No conseguí recordar nada que pudiera jurar.

»¿Sabe qué? Adele se ciñó a la historia de que se había caído sobre cristales rotos durante los primeros días, y luego cambió su versión y dijo que Norman la había apuñalado, y entonces, entonces... —la mujer señalaba con un dedo—, entonces volvió a retirarla. El gran jurado lo acusó de todas formas. —La mujer sonrió—. Lo acusó, aunque ella dijera que estaba demasiado borracha para recordar lo ocurrido, que ella y su marido eran “perfectamente felices juntos”. —La mujer hizo la mímica de unas comillas en el aire—. Y me alegro por ellos. —Se echó a reír—. Él acabó declarándose culpable de lo que llamaron “asalto en tercer grado”, y le cayeron cinco años en libertad condicional. Pasó un par de semanas en Bellevue, eso fue antes de la condena, pero ella no dio el visto bueno para que lo sometieran a terapia de choque. Trataba de protegerse, por

supuesto, pero todo el mundo la culpó a ella de todas formas. La madre de Norman, sus amigos, el mal llamado *establishment* literario por entero. No se divorciaron oficialmente hasta el sesenta y dos. Recuerdo haberme enterado, haberlo leído, o quizá me lo contó alguien, ya sabe cómo circulan esos cotilleos, y haber pensado que debería buscarla y decirle algo, algo como “lo siento”. Ahora ya es demasiado tarde, por supuesto. Nunca volví a hablar con ella. En realidad —añadió—, lo que siempre me he preguntado es si consiguió eliminar la sangre de aquel vestido. Era un vestido precioso, de cuello redondo y con un profundo escote en la espalda, largo y bien cortado, pero no demasiado ajustado, como un líquido que recorriera la superficie de su cuerpo, y probablemente habría quedado para el arrastre, siendo de terciopelo como era, tan difícil de lavar, tan difícil de remendar, al menos si una quiere hacerlo debidamente, si trata de no dejar costuras. —La mujer exhaló un suspiro—. Creo que es cuanto tengo que decir.

—¿Quiere que...?

—Creo que es cuanto tengo que decir —repitió ella con firmeza.

Los últimos doce segundos del vídeo transcurrían en silencio, con la mujer sentada en la butaca y toqueteándose el collar de perlas.

Seguía sentada a la mesa de la cocina cuando mi madre volvió a casa. Durante la última hora yo había tratado de averiguar el nombre de aquella mujer. «Publicidad» más «ejecutiva» más «violación» había arrojado algunos resultados prometedores, pero ya era difícil encontrar una lista de empleadas actuales, fotos ya no digamos. Además, era casi seguro que estaría jubilada. Y era posible que estuviera muerta.

Mi madre llegaba cargada con una planta de jade y tres ramos, tres verdaderas explosiones de color: aves del paraíso naranjas, peonías rosas y anémonas blancas, con sus pistilos de un negro azulado y unos pétalos tan finos y pálidos que casi parecían traslúcidos.

—Cariño —dijo encendiendo una luz—, aquí dentro está muy oscuro.

Los nombres de las flores me salían espontáneamente, como también lo hacían los nombres de sus partes. Aunque *pistilo* parece un término demasiado violento para unos óvulos y un ovario, y en realidad prefiero considerar esa parte, consciente de mi error y para mortificación de mi madre, el *pezón* de la flor. Abrió un armario, sacó dos jarrones, buscó unas tijeras en un cajón y abrió el grifo. Un jarrón para la mesa de la cocina y un jarrón para la mesa de la sala de estar, y la proporción de naranja, rosa y blanco en cada uno de ellos variaría, como bien sabía yo, para que la simetría no pareciera ni totalmente fortuita ni planeada con exactitud. Frente a mi madre, en el alféizar de la ventana sobre la encimera de la cocina, había filodendros y cintas, una hiedra muy crecida y una bromelia en flor. Cerré el ordenador. Las plantas no me interesan demasiado.

—Hola, mamá.

Estaba cortando los tallos de las flores bajo el chorro del grifo.

—¿Has tenido un día productivo, cariño?

Me encogí de hombros. Mamá tiene buena mano con las plantas, nunca he visto una mustia bajo sus cuidados, nunca una muerta, y si no se le mueren, solo dispone de un espacio limitado para ellas, como limitadas son las que puede comprar.

—¿Alguna oferta de empleo interesante?

Volví a encogerme de hombros. Lo que detesto son las flores, esos ramos frescos casi cotidianos, bien arreglados y abonados antes de que den muestras del menor indicio de

marchitarse, como si los ramilletes de vivos colores no fueran un lujo sino una necesidad. Cuando discutimos sobre las flores, mis argumentos giran en torno al desperdicio y el dinero, ambos bien válidos. Aunque en realidad lo que detesto de las flores es que supongan, para mi madre, una fuente de placer, que crea en concederse placeres, en satisfacer sus deseos materiales. Lo que detesto de las flores es que constituyen un ejemplo de las muchas formas en que mi madre extiende su bondad hacia sí misma.

—Nunca adivinarás a quién me he encontrado hoy —dijo mi madre, y sin pausa alguna, añadió—: ¿Te acuerdas de Esther? ¿De la escuela primaria? Te sentabas a su lado en cuarto curso, creo, o quizá fue en quinto. En cualquier caso, me he encontrado con su madre en el mercado. —Estaba arreglando las flores en los jarrones, mezclando las aves del paraíso con las peonías y las anémonas—. ¿Te acuerdas de ella, de Marcia? Bueno, pues Marcia me ha contado que Esther es ejecutiva de cuentas júnior en..., espera... —Se llevó una mano a la frente—. Déjame pensar, era en CAA o en William Morris, una de esas grandes compañías de espectáculos, agencias, creo que las llaman.

—Mamá, ya sé qué...

—Bueno, pues Esther está buscando un ayudante, y le he dicho que estabas de vuelta en la ciudad y que buscabas trabajo, y me ha dado la tarjeta de visita de Esther, el nombre de la compañía estará en la tarjeta, estoy segura de que es William Morris o CAA, si miras en mi bolso está en el bolsillito con cremallera de la parte de arriba. En todo caso, le he dicho que la llamarías, eso ha dicho Marcia, ha dicho que deberías llamar a Esther, que ella le diría a Esther que hoy nos hemos encontrado ella y yo en el centro y que estará esperando saber de ti. Seguro que no será mucho dinero, pero, ya sabes, podría ser una buena forma de empezar, y si quieres labrarte una nueva carrera tendrás que empezar por abajo, por lo visto la mayoría de la gente empieza abriendo el correo, así que esto ya sería una ventaja...

—Mamá —interrumpí—, ni siquiera sé muy bien todavía cuánto tiempo voy a pasar en Los Ángeles.

Mi madre se volvió hacia mí desde el fregadero.

—Bueno, eso no significa que no debas plantearte opciones. Podría llegarte a gustar de verdad ese empleo, a lo mejor...

—Mamá —repetí, y me levanté y me puse el portátil bajo el brazo—. Creo que voy a echarme una siesta.

Mi madre frunció el entrecejo.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres que te prepare un té?

—Estoy bien, mamá. Solo me siento un poco cansada.

—¿Quizá un té y una tostada? Puedo prepararte una con canela, antes te...

—Mamá, en serio, gracias, pero no tengo hambre, sino que estoy cansada. Estaré bien con solo que pueda...

—Es que esta mañana ya has dormido hasta tarde, y si te sientes mal deberías comer algo, y quizá tomar un poco de vitamina C... Mira, abriré uno de esos sobres de Emergen C. Eso acaba con un resfriado en un santiamén, sobre todo si lo pillas pronto, y sé que tengo algunos en la despensa, dame un momentito y...

—Mamá.

Había levantado la voz. Sabía que mi madre se daría cuenta y sospechaba que lo recordaría y

me lo echaría en cara, pero de forma que no pareciera que me lo echaba en cara sino que se limitaba a estar pendiente, como si solo se preocupara por mí, por cómo estaba llevando una situación que, al fin y al cabo, era muy estresante.

—Mamá —repetí—. Solo necesito descansar. Dame una hora. Solo te pido una hora. Podemos hablar sobre Esther dentro de una hora.

Mi madre abandonó sus flores, se me acercó, me puso las manos en los hombros, frunció el entrecejo, apretó los labios y pareció genuinamente... Agaché la cabeza para evitar aquella auténtica expresión de cariño transido de dolor.

—Cariño —dijo—. Mira, cariño, ya sé que esto es..., espera, cariño, déjame decirte esto. — Me agarró más fuerte—. Ya sé que esto es..., bueno, en realidad no sé gran cosa sobre nada porque te niegas a contarnos qué pasó —su tono se endureció—, pero sé que tiene que ser —el tono se volvió dulce otra vez—, sé que debe de ser muy duro, muy duro para ti en este momento, y quiero que sepas que, si necesitas lo que sea, si..., no, espera, no niegues con la cabeza, porque todavía no lo sabes. Podrías necesitar algo, y en ese caso, si de verdad necesitas lo que sea, ahora o quizá más adelante, si necesitas cualquier cosa, tu padre y yo estamos aquí, eso ya lo sabes, ¿verdad? —Pausa—. Ya sabes eso, ¿verdad? —Leve gesto de asentimiento—. Y si estás preocupada... quiero decir, ya sé que estarás preocupada por un montón de cosas, no sé exactamente cuáles porque no nos..., pero, mira, quiero que sepas que por supuesto que queríamos a John, tu padre y yo, claro que sí, desde el momento que lo conocimos nos pareció tan encantador, tan bueno contigo, tan agradable conmigo, no como..., pero yo, nosotros, queremos que sepas que sí, queremos a John, pero tú eres nuestra hija y tú vas primero, pase lo que pase, pase lo que pase y sea..., sea culpa tuya o no, nosotros solo queremos que sepas que tú siempre serás lo primero para nosotros, ¿de acuerdo? Así que, ya sabes, si te preocupa que nosotros..., piensa solo que te queremos y que siempre puedes acudir a nosotros, ¿de acuerdo?, cualquier cosa que necesites...

Mi madre estaba tan cerca de mí que me llegaba el calor de su cuerpo y también el olor de su desodorante mezclado con el olor de su gel de baño mezclado a su vez con el olor de su detergente para lavadora. Ahí fuera debía de hacer calor. Si alzaba la vista, estaba segura de que si alzaba la vista vería un leve brillo de sudor sobre el labio superior de mi madre.

—Ven aquí, pequeña.

Mi madre me rodeó la espalda con los brazos y atrajo mi torso hacia el suyo, de modo que tuve que ponerme de puntillas y apretar los músculos del vientre para mantener el equilibrio, con el cuerpo rígido bajo su abrazo. Mi madre era más baja que yo y noté su nariz contra el cuello y las bocanadas de aire que exhalaba. Me liberó de sus brazos y retrocedió un paso.

—Cariño, quizá después de echar la siesta deberías considerar darte una ducha.

Me desperté varias horas después, con resaca. Eran las ocho y estaba oscuro, el sol ya se había puesto. Sobre mi mesita de noche había un vaso de tubo lleno de un líquido turbio de un naranja pálido. Una mujer más valiente y apasionada, una mujer más insensata, más sincera consigo misma, una mujer con mayor sintonía con sus propios sentimientos..., o sea, una mujer distinta que yo, habría abierto la ventana y arrojado aquella maldita bebida. Pero yo soy la mujer que soy. Soy práctica y no me gusta desperdiciar nada, y tenía sed. Me la tomé.

7. FRESNO, 2014

—El juego es este —dije, y tomé un sorbo de vino y esbocé una mueca—. Primero: vamos de una en una, en círculo; segundo: nos contamos cuándo pasó.

La situación era la siguiente: los bebés dormían y las mamás bebían. Estábamos Sandra, Dominique, Fran y yo, chicas solteras, con el pelo sin lavar y los pechos rezumando leche. Los de Fran no. El crío de Fran nunca consiguió agarrarse y a ella se le secó la leche y sus senos se arrugaron. Pues sí, se le arrugaron. Fran pesaba cuarenta y cinco kilos a los nueve meses, ni un gramo más, y tenía las caderas tan estrechas que una se preguntaba cómo podía meterse un tampón, ni mucho menos sacar un bebé. (Mediante cesárea.) Incluso tersos y llenos, sus pechos nunca habían sido mayores que mandarinas. Aunque de piel más lisa, probablemente. No es que yo los hubiera visto, los pechos de Fran, pero más valía confiar en que así fuera. Era una rubia descolorida, con el pelo y la piel del mismo tono yogur de limón.

Dominique, Sandra y yo éramos secretarías jurídicas en la misma empresa. Era una empresa grande, pero aun así podía considerarse una especie de coincidencia. La hija de Dominique y mi hijo se llevaban ocho meses, con la hija de Sandra en medio, y sin ningún padre a la vista. Sandra y Fran vivían en el mismo edificio de apartamentos, una pocilga dañada por el agua que quedaba al noroeste del centro, unas cuantas calles por encima de Shaw. Se habían conocido en la lavandería del inmueble. Fran había estado doblando un pelele. «La reconocí —dijo Fran—. No de vivir en el mismo edificio, quiero decir que la vi y supe que era mamá. Simplemente lo supe.» Puse los ojos en blanco. No nos considerábamos un club de lectura.

No estaba borracha, pero lo estaba más que ellas. Cuando sugerí el juego, quiero decir. La conversación. Ocho meses de sobriedad por el embarazo y otros doce de lactancia y sin fiarme de sacarme la leche y luego tirarla, y ahora bastaba una copa de vino para achisparme. Dos y estaría revelando secretos, intentando guiñar el ojo sin conseguirlo. No es que no me fiara de recurrir al sacaleches para poder beber. Era más bien que no confiaba en mi cuerpo, sospechaba que pudiera almacenar algo de alcohol en reserva, que escondiera el etanol en mis conductos, y lo soltara cuando mi hijo mamara. Parecía algo que una mamá reciente no debería poder hacer, beber con sus amigas mientras su bebé dormía. «Sórdido» es la palabra que me venía a la cabeza. Y «vaga» y «mala». No me criaron en el catolicismo, pero había adquirido su sensibilidad en algún lugar. Imaginaba que estaba mal y que por tanto mi cuerpo encontraría la manera de asegurarse de que no me saliera con la mía.

Pero había destetado a mi hijo recientemente y una de las mamás, Dominique lo más probable, me había ofrecido una copa de vino y me dije que por qué no. Dominique era francesa y, por tanto, traía consigo un aire particular de autoridad. En su presencia se permitía y alentaba el exceso.

Había comido pescado crudo y quesos blandos los nueve meses enteros, había bebido vino tinto, y solo había que mirar a Élise, que estaba sana, perfectamente sana. Ese aire de autoridad me impedía asimismo preguntarle cómo una chica francesa había acabado en la parte más fea de la California rural.

Sí, debió de haber sido Dominique quien me sirvió la primera copa, Dominique, que no aceptaba un no por respuesta, diciéndome que me relajaría los hombros, que me ayudaría a dormir, y de pronto ya iba por la mitad de mi segunda copa de blanco seco y estaba carraspeando y diciendo:

—Podríamos jugar a un juego.

Dominique me miró, arqueando una ceja, y se me ocurrió que su incitación a que bebiera era fruto en parte de una curiosidad perversa. Y por qué no, sorbo, mueca, dejemos que se divierta. La diversión en ese sitio era difícil de encontrar si tus expectativas eran más altas que la segunda planta de un centro comercial climatizado. Nosotras las madres solteras teníamos que crear la nuestra.

—¿Cuándo pasó qué?

Eso lo dijo Sandra. Sandra era ligeramente mayor que el resto de nosotras. No es que las otras fuéramos jovencitas, pues rondábamos los treinta y cinco, pero Sandra pasaba de los cuarenta, se había casado y divorciado dos veces, creyó que era demasiado mayor para quedarse embarazada, fue chapucera con los anticonceptivos. O eso imaginaba yo. Era en su apartamento donde nos habíamos reunido, y a veces, aunque no en esta ocasión, nos servía un tentempié a base de pastelillos finos y grasientos, galletitas y sudorosos tacos de queso cheddar suave. Sus esfuerzos marcaban la diferencia tanto como su edad. No es que el resto nos hubiéramos rendido, solo que a ella se le notaba que lo intentaba. O eso suponía yo porque nosotras, aunque hiciera años que nos conocíamos, aunque lleváramos ya meses reuniéndonos en el apartamento de Sandra, dejando a nuestros bebés durmiendo en su habitación de invitados, dispuestos en círculo en torno al único intercomunicador para bebés de Sandra; pese a todo eso, nunca hablábamos de nuestras vidas de antes. Ni sobre quién era el padre, ni cuál era nuestra relación con él. Ni sobre nuestras madres y sus ansias por malcriar al bebé en oposición a su deseo de juzgarnos. Ni sobre hermanos ni primeros amores ni sobre nuestras dificultades para entablar relaciones o qué miembros de nuestras familias ayudaban o no a cuidar de los niños. Dominique y Sandra ya estaban en la empresa cuando me contrataron y no sabía dónde habían trabajado anteriormente. No sabía dónde trabajaba Fran, punto. Los dos matrimonios de Sandra, y sus dos divorcios, me los había inventado. De todas formas, estaba achispada y de repente esa ignorancia mía no solo me pareció rara, sino que no estaba bien.

—O sea —dije—, que cómo hemos llegado aquí. No lo del bebé, no cómo nos quedamos embarazadas, ni quién era el tío en cuestión. Bueno, podéis contar eso también. Pero me refiero al momento de llegar aquí, a esta habitación —gesticulé con ambas manos, señalando la fina alfombra de Sandra como si se pudiera malinterpretar a qué habitación me estaba refiriendo—, con el vino y el niño y sin pareja, el momento en que eso se volvió inevitable.

La alfombra de Sandra era una colección de nudos rígidos, y los nudos eran del color del arroz integral.

Fran tosió. Yo sospechaba que tenía algún tipo de benefactor. No porque viviera bien sino porque no la podía imaginar viviendo sola, en absoluto. No solo sus pechos parecían arrugados, también la cara, y su nariz parecía un pico duro con dos laderas de piel que descendieran de él. A

veces veía a Fran sosteniendo a su hijo, improbablemente grande y con unas piernas como una procesión de rollizos pliegues, los tendones de los brazos de ella bien visibles mientras lo sostenía por encima de su cabeza, el crío riendo y Fran haciendo un ruido con la boca, un sonido que pretendía ser una exclamación de alegría pero que le salía forzado, áspero y ahogado, y me dejaba asombrada que no se le cayera. Mi hijo era una pasa marchita en comparación, como un tentempié para el hijo de Fran o quizá como la caca arrugada que expelía después de comerse su puré de guisantes. Con lo buena que se suponía que era la leche materna para los niños. Cuando acunaba a su hijo, cuando le acariciaba la frente con sus dedos largos, era más fácil comprender la fuerza de Fran. Una bruja en un cuento de hadas, encorvada sobre su trofeo.

—Mirad —dije, y apuré el vino y dejé la copa sobre la mesita de centro—, empezaré yo. Empiezo y así sabréis qué quiero decir. Llegué aquí porque empecé a salir con un tío en el trabajo. Jeff. Se llamaba Jeff. —Eso no era verdad—. Tenía veinte años, estaba todavía en la universidad, y era el verano entre tercero y cuarto, así que técnicamente no se trataba de un trabajo, no era un empleo, sino prácticas. —Eso era mayormente cierto. No tenía pensado inventarme mi historia por completo, pero sí quería, sin una razón de peso, que mi historia fuera imposible de comprobar, que Jeff fuera ilocalizable—. Él era mayor, estaba casado. Tampoco tan mayor, tenía cuarenta y pocos, y yo veinte, una adulta.

Dominique se había arrellanado en su butaca, mullida, de tela estampada y gastada. Su padre era francés y la habían criado en Aviñón, pero su madre era sudafricana y había emigrado a los veinte años, de modo que el acento inglés de Dominique no era puramente francés, también tenía algo cercano al inglés británico. Tenía los ojos cerrados, y sus labios se curvaban en una sonrisa. Habíamos comido juntas unas cuantas veces, Dominique y yo; cenado una vez, y durante la cena, conversamos. Había cocinado para mí en su apartamento, pequeño, pero bien decorado, con cuero y madera clara y terciopelo grueso e impecable, y en un barrio en la punta noreste de la ciudad, un barrio en el que yo no me podía permitir vivir. Me había fijado en sus estanterías, empotradas, hechas a medida según me dijo, y en que estaban repletas de libros. Era la primera librería operativa que había visto desde que me mudé de Los Ángeles. Era importante para mí que a Dominique le interesara mi historia.

—Él tenía dos hijos —continué—, un niño y una niña. Busqué información sobre la hija hace poco. Está en su primer año en Penn. Rubia, dientes bien alineados, juega a hockey hierba. Sin daños visibles. —No era Penn, era otra escuela menos prestigiosa. El resto era cierto. Al menos que yo supiera.

»Bueno —me encogí de hombros—. No funcionó, obviamente. El verano llegó a su fin, volví a la universidad. Digo volví, pero las prácticas eran en Nueva York y mi universidad estaba en Nueva York, y como las prácticas eran en Nueva York, por supuesto Jeff también estaba en Nueva York, y durante un tiempo nos seguimos viendo. Y Jeff me dijo, me decía una y otra vez, que iba a dejar a su mujer. —De nuevo me encogí de hombros—. Y le creí. Aunque es posible que también supiera que no lo haría porque por aquel entonces empecé a coger metros hasta el final de línea, metros y escaleras mecánicas, subiendo y bajando y volviendo a subir. Me gustaba estar en movimiento. —Estaba sentada en el suelo y empecé a toquetear la alfombra de color arroz integral de Sandra con el pulgar y el índice. Se suponía que lo de las escaleras no tenía que formar parte de la historia—. Había una escalera mecánica en un centro comercial en Pelham Bay Park que usaba mucho. Una especie de dos por uno, ya que Pelham Bay Park es la última parada de la línea 6. —Me ardían las mejillas. Miré fijamente las pálidas patas de madera de la mesita de centro.

Esta madera no se ha barnizado, pensé. Cuál será la palabra para eso. En el sofá oí a Sandra cambiar de postura—. Ya sabéis —añadí—, la ilusión de movimiento. —¿Era “desnuda” la palabra? ¿Madera desnuda?

Sandra se levantó y fue a la cocina a por más vino.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Dominique—. ¿Cuánto tiempo duró?

En la cocina, se oyó cómo se cerraba un armario. Fran estaba sentada en un brazo del sofá. Con el rabillo del ojo podía verla teclear en el móvil.

—Nueve meses. Nueve meses y nunca vi el interior de su apartamento. Su mujer vivía allí también, por supuesto, y los niños, así que íbamos a hoteles, sobre todo. Él pagaba. Yo estaba en la universidad, él lo pagaba todo, los hoteles, las cenas, vestidos, un collar una vez. Tenía dinero, estaba en el negocio inmobiliario. Derecho inmobiliario, en eso se había especializado. —En realidad era profesor de universidad. En realidad, yo había sido su ayudante en investigación. Eso hacía que las habitaciones de hotel resultasen más notables, el hecho de que las estuviera pagando con un sueldo académico—. No tenía que ver con el dinero. Y el sexo estaba bien pero no tenía que ver con el sexo. —Escribiendo al dictado, mis rodillas sobre el sofá, un cuaderno legal pautado apoyado contra los cojines, él detrás de mí, mi cursiva delicada, yo levantando el boli cuando él se movía contra mí para que la tinta no se emborronara. Mis mejillas seguían muy calientes, ardiendo.

—Pues ¿con qué tenía que ver? —preguntó la voz de Fran, débil y aguda.

La miré. La pantalla de su móvil estaba apagada, pero todavía lo sostenía en la mano. No mostraba mucho interés. Quería que fuera al grano.

—La primera vez —dije— no hubo sexo. Me llevó a cenar, y después de la cena, fuimos a un hotel. De hecho, ya ni recuerdo —solté algo parecido a una risa— cómo me convenció, cómo llegamos allí, si en metro, en taxi o a pie. Sí recuerdo la habitación. No era una habitación, sino una suite: sala grande, salita, dormitorio, baño. —Diciendo eso en voz alta, se me ocurrió: dinero de familia. Su familia debía de tener dinero—. Me llevó al dormitorio. —Sandra había vuelto y nos servía vino. Dominique estaba ahora sentada muy erguida, con las plantas de los pies sobre la alfombra de color arroz integral de Sandra. Se había hecho la pedicura recientemente, y las uñas lucían un malva brillante—. Y una vez en el dormitorio me empujó sobre la cama, dispuso mi cuerpo de manera que quedara boca abajo. Sin brutalidad, pero con firmeza. —Con la suficiente firmeza como para que yo supiera que no le importaría ser bruto. Dejé el cuerpo flojo, dócil—. Me puso una mano en el cuello, y la otra en los riñones. Presionó, una vez. —Como si mi cuerpo fuera arcilla y la cama el molde—. Luego levantó las manos, dio un paso atrás. —Esperando a que la arcilla cuajara—. Seguía completamente vestida. Podía oír su respiración, la mía. Por lo demás reinaba el silencio. —Toqué mi copa de vino. Quise cogerla, tomar un sorbo, pero no tuve la seguridad de que no me temblaran las manos, de que el vino no se derramara—. Y entonces él dijo, porque quizá me estremecí o algo, dijo: No te muevas. No muevas un puto músculo. Te estoy observando, dijo. Te estoy observando y si te mueves lo sabré, así que más te vale no moverte. Y después, durante largo rato, nada. Pasaron veinte minutos o así. Y entonces me dijo que me levantara. Volvimos a la sala grande o a la salita, la que fuera que tenía el televisor, y lo encendió y vimos algo. No recuerdo qué. —Estaba respirando de nuevo. Cogí mi copa, tomé un sorbo, volví a dejarla en la mesita de café, con manos firmes—. El caso es que todo el tiempo que pasó mirándome no tuve que hacer nada. No había decisiones que tomar. Cerré los ojos, y era como si mis brazos y mis piernas..., como si me hubiera derretido sobre la cama, pero también flotaba. No

es que me durmiera, sino que —gesticulé con una mano, la agité en el aire—, por dentro, solo sentía vacío. Como si estuviera levitando sobre mi propia conciencia. O quizá debajo, no lo sé. Él tenía unas manos enormes, enormes y peludas, y me dolió cuando presionó con ellas. Solo durante un instante y no demasiado, pero lo suficiente. Lo suficiente como para saber..., con esa voz tan grave y sonora que tenía..., como para saber que no debía moverme. Y que bajo sus manos sentía... que ese dolor me hacía volver a sentir... Bueno —me encogí de hombros—, la cuestión es que siempre siento, mi mente siempre capta, que algo bulle dentro de mí, ¿sabéis? Y sé que no parece lógico —me encogí de hombros de nuevo—, pero hay una línea, y va directamente desde aquella habitación de hotel a la habitación de hotel donde... —me detuve—, el consuelo que me produce que me digan qué tengo que hacer. El hecho de que deteste la bondad instintivamente. Estas cosas siempre han sido..., pero no fue hasta que... —El intercomunicador sobre la mesa chisporroteó. Era el mío: en la pantalla, su carita ya arrugada estaba completamente crispada, respiraba en pequeños jadeos, sus brazos se retorcían. Me puse en pie.

—Yo también voy. —Era Dominique, que ya se levantaba de la silla—. Élise tiene un sueño tan ligero que tardará un segundo en despertarse, si no lo ha hecho ya.

La habitación de invitados de Sandra estaba en penumbra, con las cortinas corridas contra el resplandor del sol que empezaba a ponerse en el exterior y solo una luz de emergencia enchufada junto a la puerta. Cogí a mi hijo en brazos y se calmó. Élise estaba efectivamente despierta, pero sin quejarse, y alzaba la vista hacia Dominique, parpadeando con sus pestañas gruesas y oscuras. Permanecimos unos instantes en silencio, yo paseándome bajo la ventana, moviendo los brazos arriba y abajo, Dominique sentada en el suelo con las piernas cruzadas. Había sacado un biberón de la bolsa e introducía la tetina en la boca de Élise.

—El mío —dijo Dominique— me decía que debería sentirme afortunada. —Hablaba en susurros. Sobre su voz, se oía el sonido que hacía Élise al chupar—. Era mayor que el tuyo, y no estaba casado. Divorciado, creo, sin hijos. Pero en otros aspectos era similar. Mi primer trabajo después de la universidad, mi jefe, sexo en la oficina, todo eso. —Dominique me daba la espalda, pero vi cómo encogía los hombros—. Decía que debería sentirme afortunada. Decía que nadie más me querría. Ya sé qué aspecto tengo ahora —sus hombros se movieron de nuevo—, pero llevé aparatos hasta muy tarde y tenía problemas de cutis y llevaba gafas, y el primer año de universidad aumenté de peso una barbaridad, y además tardé una eternidad en saber qué hacer con mi pelo. En mi último año de instituto me lo afeité casi todo, creyendo que con eso arreglaría el problema, y así fue. Pero también me hizo parecer —capté la sonrisa en su voz— un huevo con un poco de pelo encima. —Élise había acabado y Dominique dejó el biberón en el suelo—. Me preguntó si era virgen. Dijo: Apuesto a que eres virgen. Y no lo era, técnicamente, pero como si lo fuera. —La cabeza de Élise se apoyaba ahora sobre el hombro de Dominique, que estaba de pie. Se dio la vuelta para mirarme—. ¿El tuyo era feo?

Los ojos de mi hijo se estaban cerrando.

—No especialmente. Quiero decir, tampoco era guapo. Un poco rechoncho y con poco pelo. Un hombre blanco de mediana edad común y corriente.

—El mío era horrendo —soltó Dominique—. Verdaderamente repulsivo. Bajito y achaparrado y con las piernas arqueadas. Con la cara picada de viruela y calvo, y no se cuidaba: tenía los dientes amarillos y un aliento horrible y siempre había mugre bajo sus uñas. Y también era peludo, increíblemente peludo. Eso me ha hecho pensar en él, el hecho de que el tuyo tuviera las manos

peludas. —Sonrió—. Y me decía aquellas cosas a mí... —la sonrisa se convirtió en mueca—. Más tarde entendí que su fealdad le daba poder. O que lo volvía mezquino, y si eres un hombre, un hombre blanco, ser mezquino suele hacerte conseguir lo que quieres. —Hizo una pausa—. Pero creo que también era capaz de ver la fealdad en las mujeres..., quiero decir, lo feas que ellas creían ser. Era una especie de superpoder que tenía. Porque por aquel entonces yo había perdido peso, ya no me salían granos ni llevaba los aparatos, había conseguido ponerme lentillas, pero era como si él pudiera verme a los quince, los dieciséis, los diecisiete, los dieciocho. Podía ver dentro de mi cabeza, podía ver que eso era lo que yo todavía creía ser.

Para entonces las dos caminábamos de aquí para allá, meciendo, moviéndonos en direcciones opuestas, cruzándonos bajo la ventana.

—¿Le creías?

—¿Sobre qué?

—Cuando te decía que deberías sentirte afortunada.

—¿Sabes qué? Creo que sí lo hacía. Y más incluso, creo que me producía alivio. Que alguien a quien le pareciera tan poco atractiva, que siempre me decía que vestía fatal, que mis pechos eran demasiado pequeños, que tenía que perder más peso, todavía quisiera... —Dominique se interrumpió. Élise había vuelto a dormirse, y la dejó con suavidad en el portabebés. Se levantó y me miró, y tapó las pequeñas orejas de mi hijo con sus manos ahuecadas—. Todavía quisiera follarme. —Sonrió—. En honor a la verdad, mi ropa era horrorosa. Pero creo que pensaba que eso lo hacía especial. Y que a mí me hacía afortunada. Afortunada por haber encontrado a aquel tío lo suficientemente bueno como para ignorar todo lo malo que yo tenía. Y ahora lo entiendo, claro. Era un tío feo y de cincuenta años..., por supuesto que le ponía mi coño de veintitrés años. Pero en aquel momento —Dominique negó con la cabeza— me tenía asombrada. Te juro que estaba asombrada.

Dominique bajó las manos. Mi hijo se había dormido. Dominique salió de la habitación y yo cerré la puerta sin hacer ruido detrás de ella, y me arrodillé para acomodar a mi hijo en su sillita de coche.

—Home Depot.

—¿Home Depot? —Fran miró a Sandra.

—Has dicho —y ahora Sandra me miraba a mí— que querías saber cómo habíamos llegado aquí. Cuándo pasó. En qué momento el vino y el niño y estar sin pareja, cuándo esas cosas se volvieron inevitables. Bien. —Sandra bebió de su vino blanco—. La simple respuesta es que fui a Home Depot. —Cejas arqueadas, copas alzadas, ojos que se movían y un cruce de miradas fugaz, o quizá lo imaginé, entre Dominique y yo—. Mi marido —continuó Sandra—, mi marido de entonces, quería hacerme una mesa de dibujo. Era un regalo. Y todo un detalle. —Fran guardó el móvil en el bolso, un gesto indicativo de respeto, si no de interés, y Sandra continuó—: Yo llevaba años hablando de volver a estudiar. No a jornada completa, solo unas clases nocturnas. Quería aprender a dibujar planos. —Esbozó una sonrisa atribulada. La copa de vino estaba ahora sobre la mesa, y la hizo girar cogiéndola del tallo—. Sabía que era tarde para ser arquitecta. Hay que hacer la carrera, e incluso cuando te has graduado, tienes que ser aprendiz. Ya no se lo llama así, ya no, pero es la palabra precisa. Muchas horas, dedicación total. La palabra «júnior» detrás de tu título. Y ya tenía cuarenta, cuarenta y uno, y no iba a pasarme tres años trabajando semanas de cincuenta horas para un hombre diez años más joven. No si en mis tarjetas de visita iba a

figurar también «júnior». —Otro trago de vino—. Tampoco es que hubiera tenido tarjetas comerciales necesariamente. Sea como sea —indicó que daba igual con un ademán—, estoy mareando la perdiz. Lo siento. —Sonrió—. Perdonad, estoy un poco nerviosa. No estoy acostumbrada a hablar sobre... —Sacudió la cabeza, carraspeó—. Sea como fuere, quería aprender a dibujar planos. Pero para hacer eso necesitas herramientas: transportador, regla, lápices afilados, y hace falta, obviamente, ser habilidosa, y además de todo eso te hace falta también una superficie horizontal grande. Podía comprar las herramientas. Podía desarrollar mis habilidades. Y mi marido dijo que él se ocuparía de la superficie. Dijo que me haría una mesa. —Otra vez hacía girar el tallo de la copa, otra vez mareaba la perdiz—. Era un hombre bueno. Es un hombre bueno. Amable y atento, y quería hacerme feliz. Por eso me mandó a Home Depot. Quería que escogiera la madera y el barniz. Se ofreció a ir conmigo, pero dije que iría sola. —Se encogió de hombros—. Me dio la impresión de que así contaba más como una sorpresa. Imaginé que doblaba el pedazo de papel sobre el que había escrito mis deseos y le daba ese pedazo de papel a mi marido. Imaginé que olvidaba lo que había escrito. Imaginé, unos meses después, que recibía justo lo que quería, cómo, con un poco de suerte, podía parecer más una coincidencia, una casualidad, que algo planeado. Que algo planeado por mí, quiero decir. Que podía parecer que el plan había sido suyo. —De nuevo se encogió de hombros—. Se le daba bien hacer regalos. Se le da bien, o eso imagino, quiero decir. Hemos parado de intercambiar regalos, por —ademán— razones obvias. —Los labios de Sandra parecían haberse cerrado sobre una rodaja de limón especialmente ácida. Creo que intentaba sonreír—. ¿Os sirvo más vino?

—Por favor —contesté yo. No necesitaba más vino, pero notaba la ansiedad de Sandra; recordé su escapada a la cocina durante mi historia, le perdoné la ofensa, apuré a toda prisa mi copa y sentí una calidez recorriéndome el cuerpo, una calidez que era en parte autosatisfacción—. Me encantaría tomar un poco más de blanco.

Sandra se levantó y fue en busca de otra botella y yo miré a Dominique, y sí, vi en sus ojos una especie de interés, una chispa de complicidad. Vi que había entendido lo que yo acababa de hacer por Sandra, y vi gratitud y simpatía. Yo estaba achispada, sí, pero también de muy buen talante. Bajo la superficie de cada conversación en que se comparten intimidades, fluye una corriente erótica. Unas veces esa corriente es tan caliente que prácticamente bulle, y otras es apenas tibia, casi imperceptible, pero la corriente siempre está presente, con solo que hundas las manos unos centímetros más en el agua. Ocurre independientemente del género de las personas involucradas, de sus orientaciones sexuales. Se trata del resultado natural de la comunicación, porque comunicar es revelar, es sacar a la luz aquello que previamente estaba escondido. Y ese desembalaje, ese desnudamiento, es siempre inevitablemente sensual. Nada une más a dos personas que compartir un secreto. Uno de los secretos que imaginaba que Dominique y yo compartíamos era el desagrado que sentíamos por Fran. Llamémoslo odio. Las emociones excesivas son las más fáciles de manifestar cuando no hay mucho en juego. Cuando Sandra volvió, Dominique y yo aceptamos más vino. Fran dijo que no con la cabeza. Las palabras «poco caritativa» acudieron a mi pensamiento. Aunque la cosa tenía sentido: apenas había tocado su vino, y en honor a la verdad, era tan menuda que un dedal le haría las veces de vaso de chupito.

—Para cuando fui a aquel Home Depot, llevábamos casados casi veinte años —continuó Sandra, en voz más baja ahora, hablando más despacio—. Y casi diez intentando tener un hijo. Y con intentar no me refiero, solo para que lo sepáis —hizo un gesto de impaciencia con la mano derecha—, a nada muy sofisticado, solo a que no teníamos cuidado. Queríamos un niño pero no

queríamos... — Se encogió de hombros—. No queríamos forzar la cosa. Yo había sufrido, en esa década —inspiró, y lo siguiente lo dijo muy deprisa—, dos abortos y un embarazo ectópico. — Exhaló—. Así que, a aquellas alturas, bueno, imaginábamos que ya no iba a ocurrir y nos habíamos conformado. Russ, así se llamaba mi marido, tenía hermanas menores y ellas tenían hijos, y yo era una tía muy querida, todavía soy una tía muy querida. Bueno. —Sonrió—. Quizá ahora un poco menos querida. Pero como iba diciendo, iba a aprender a dibujar planos y Russ se estaba aficionando a la carpintería, y era obvio que me iba a hacer la mesa..., quiero decir que lo habíamos planeado todo. No éramos desdichados. —Sandra suspiró—. Pero entonces fui a aquel Home Depot. Escogí la madera y escogí el tono del barniz y anoté los nombres en un pedazo de papel, y elegí un nivel, algo que Russ me había pedido que comprara, ya que iba a Home Depot, y me puse a la cola. Y en la cola, delante de mí, había una pareja. Un chico y una chica. Cierro los ojos y todavía puedo ver sus nuca en el instante en que me fijé en ellos. Dos cabezas normales con pelo normal, totalmente corriente. Críos, ambos. Bueno, unos críos para mí, porque en realidad debían de tener cerca de veinticinco años. Ella le rodea la cintura a él con el brazo y apoya la cabeza en su hombro como si tratara de acercar al máximo cada parte de su cuerpo al suyo. Esa clase de intimidad física es lo que me hace percatarme de que son jóvenes. Me refiero a que también cuenta la ropa y los granitos en la barbilla de él, que no para de toquetearse con un dedo, y lo tersa que se ve la piel de ella, pero lo primero en lo que me fijo es en cómo se apoya ella en él, y solo los niños hacen eso en público, lo hacen los niños pequeños con sus padres, que envuelven con sus cuerpos la pierna de mamá, y los niños grandes con sus novios y sus novias. Si están juntos, da igual dónde, no van a desperdiciar el tiempo, un tiempo precioso, permaneciendo separados ni que sea unos centímetros. Ver esas ansias en público puede resultar a veces un poco..., quiero decir, bastante..., bueno, puede ser desagradable. Especialmente si también se están besando, y suelen hacerlo. Pero hay algo..., o mirando a aquellos jovencitos tuve la sensación de que había algo..., «sagrado» no es la palabra, pero sí trataban ese momento mundano, una tarde de domingo en un Home Depot abarrotado, esperando en la cola para pagar, con algo parecido al respeto, insistían en que era un momento demasiado bueno y especial como para no honrarlo con aquella exhibición. Había una especie de..., no sé, de reverencia. Por asqueroso que fuera, traslucía una especie de sinceridad.

Sandra exhaló un suspiro.

—Ya estoy mareando la perdiz otra vez. Pero, bueno, lo que pasa a continuación es casi una nimiedad. Lo que pasa entonces es que la chica tiene el cabello muy largo, de un castaño claro, pero no apagado, lo tiene de lo que supongo que se llamaría color miel, y no lo tiene liso, sino un poco ondulado, y un poco desgreñado, quiero decir, también quizá algo grasiento, si he de ser sincera, y él vuelve su cuerpo hacia el de ella y le levanta la melena, coge un mechón grande de pelo y se lo levanta del cuello, y la chica tiene un cuello, bueno, pues de lo más extraordinario, un cuello largo, pálido y fino. Y no me refiero a que esa pareja sea elegante en absoluto, ella lleva chándal y él pantalones cortos de básquet, y ese cuello, tan impresionante..., bueno, pues ese cuello parece más bien el de una bailarina, no el de una simple... En cualquier caso, aparece ese cuello precioso y él se inclina y la besa con ternura, le planta un beso rápido, justo detrás de la oreja, donde el cuello empieza a volverse cabeza. Y vale, eso es definitivamente asqueroso. O sea, que mi actitud hacia ese tipo de cosas suele ser «Largaos a un hotel, algunos de nosotros solo queremos comprar niveles». Pero lo que siento, mirándolos, no es frustración, molestia o repugnancia. Lo que siento es algo... —apretó un puño— que me oprime el pecho, algo que me

cae en el estómago, y esta es la parte en la que, momentáneamente, me quedo desconcertada por completo, porque lo que siento también es... —Una pausa—. Lo que me confunde es que esos sentimientos vienen de... —Otra pausa—. Soy mayor y quizá no hay demasiado romance en mi vida y cabría esperar, quiero decir, que habría esperado sentir una especie de envidia hacia la chica, de su juventud y de la intensidad de su deseo y de la intensidad del deseo que ese tío siente por ella. Pero lo que siento... —inspiró profundamente—, lo que quiero, de hecho, es ser yo quien le besa el cuello. Es como cuando vas al oculista y te están haciendo una revisión, cuando ya casi han dado con la graduación adecuada y te deslizan..., como se llame la cosa esa, ese cristal, esa lente con el grado de aumento correcto delante de tu ojo y de repente el cartel borroso de la pared que estabas mirando se vuelve nítido. Toda mi vida, presenciando esas escenas, me había imaginado siendo la chica y sintiendo..., ya sabéis —Sandra se encogió de hombros—, sintiendo que se supone que es eso lo que quiero, sentir que, bueno, vale, parece que quiero eso, y de repente hay como un... —chasquéo los dedos—, la lente correcta se desliza y doy un respingo y me doy cuenta de que..., oh, no, es él, yo quiero ser él. —Sandra soltó un suspiro, negó con la cabeza, tomó otro sorbo de vino—. Creo que robé el nivel —añadió—. Sé que abandoné la cola, recuerdo haber chocado con quien fuera que tuviera detrás, casi derribándolo de tanta prisa que tenía. Sé que salí de la tienda. Y ahora Russ tiene un nivel, así que... Pero llego a casa y ahí está mi marido, sentado en nuestra sala de estar comiendo en uno de los platos que su madre nos dio como regalo de boda, y parece tan claro, tan claro que esa es mi vida. Y aquel instante en el Home Depot —Sandra agitó una mano en el aire— me lo quito de la cabeza. Quiero decir que luego, por supuesto, pienso sobre mi —una mueca— historia sexual, en el poco interés que tenía en salir con alguien durante toda la secundaria y la universidad, en cómo me casé con el primer hombre con el que me había acostado, en cómo lo mejor que puedo decir del sexo con él es que nunca es desagradable, y ciertas cosas se vuelven... Pero se supone que las mujeres no tienen que disfrutar con el sexo, ¿no? Quiero decir, me criaron para que creyera eso, y lo que acabo de contaros... —Sandra soltó una risa que fue como un ladrido agudo—. Tres días después, se me retrasa la regla. Y no deja de ser reconfortante, de hecho, porque ayuda a explicar qué pasó en el Home Depot, ¿no? Mis hormonas se pusieron como locas, las señales se cruzaron, menos mal que no..., ya sabéis, que no le comenté nada a Russ. Las siguientes semanas solo fueron de espera. Esperamos en las consultas de los médicos, esperamos junto al teléfono los resultados de las pruebas. Russ y yo decidimos que si la amniocentesis no sale como es debido, abortaremos. Nos recordamos que existe la posibilidad de que la propia intervención provoque un aborto. Básicamente, tratamos de no hacernos ilusiones. Y no se lo decimos a nadie para que, en el caso de que no funcione, y probablemente no lo hará, no tengamos que... —Sandra apuró el vino que le quedaba, se sirvió otra copa—. Sea como fuere, intentábamos prepararnos. Pero entonces llegamos a las diez semanas, doce semanas, catorce. Me hago la amnio y no aborto y sale como es debido y ya estamos en dieciséis semanas, dieciocho, veinte, veintidós, veinticuatro. Llamamos a nuestros padres, se lo decimos a nuestros amigos. Y de pronto es real, está ocurriendo, eso que hemos deseado durante tanto tiempo. Estoy embarazada. Voy a tener un hijo.

»Y quizá no os parezca inesperado o fuera de lo corriente, pero debo decir —continuó Sandra— que mi embarazo fue una pesadilla. Mareos todo el día los primeros tres meses, mi cuerpo no aguantaba otra cosa que no fueran galletas saladas y Gatorade. Empecé a poner..., esto es bochornoso, pero —soltó una risa, ahora más grave y suave— no más bochornoso que todo lo que os he contado hasta ahora. Empecé a poner un cubo de basura vacío junto a mi mesa de despacho

por si no conseguía llegar hasta el baño. Me aseguraba de que siempre tuviera una bolsa nueva. Solo lo usé un par de veces, pero eso fue suficiente, el cubículo entero apestó a bilis durante semanas. Aunque pudo haber sido mi imaginación, porque en aquellos momentos era muy sensible a los olores, si alguien pasaba comiéndose un plátano me hacía sentir náuseas durante horas. Y me dolían los dientes. Y entonces se me empezó a caer el pelo y me dejaron de crecer las uñas y, no sé cómo, estaba perdiendo peso. Eso pasó los primeros dos, tres meses. De película de miedo total. Pero entonces, a las dieciséis semanas, justo después de la amnio, empecé a ganar peso. Mucho peso. Ocho, diez kilos, casi de la noche a la mañana. Y seguí aumentando de peso, más de lo que se suponía que debía aumentar, la línea en la gráfica se había vuelto, bueno, pues exponencial. Y de repente nada me cabe, ni siquiera la ropa premamá, y se me empiezan a hinchar los tobillos y estoy muerta de hambre todo el rato, famélica. Me compro unos petos enormes y empiezo a llevarlos siempre puestos cuando no estoy en la oficina. Para la oficina tengo una serie de vestidos de algodón sin forma, esa especie de cortinas tan deprimentes, quiero decir, debéis de haberme visto llevándolos. Y unos de esos zuecos de plástico. Embutía mis pies en zapatos planos cuando tenía que asistir a reuniones, pero en mi cubículo llevaba calcetines de compresión bajo los zuecos, era prácticamente lo único que me cabía.

»En fin. —Sandra exhaló, dejó el vaso, medio vacío, sobre la mesa—. Estoy embarazada de cinco meses. Tengo tanta hambre después del trabajo que me compro un pollo asado entero de camino a casa, al menos dos veces por semana, detengo el coche en el sendero de entrada a la casa y me deshago de los huesos limpios, tirándolos a la basura antes de entrar. Me despierto en plena noche y cojo el coche para ir a cafeterías en busca de encurtidos y batidos. Le pongo salsa ranchera a todo, consumo un par de botes por semana. La gente empieza a preguntarme si voy a tener gemelos. Me empiezan a decir que parezco a punto de explotar. Me dicen cosas como “¿Sabes?, mi hijo también se retrasó un par de semanas, no es para tanto, a veces solo necesitan pasar un poco más de tiempo en el horno”. Y en cuanto los oigo decir “horno” ya estoy pensando: eh, han pasado veinte minutos desde que comí algo, tengo hambre.

»Así que ya estoy de cinco meses, cinco y medio. Esto pasa un sábado por la tarde. Estoy en el coche, volviendo a casa del cine. He empezado a ir al cine un par de veces por semana. O, de hecho, lo que he empezado a hacer es comprarme entradas para poder entrar al cine y llegar al bar. Me he vuelto adicta al queso para mojar nachos que sirven. No lo encuentro en ningún otro lado. Y claro, podría decirle al de las entradas: Mira, estoy embarazada, necesito salsa de queso de nachos, no voy a ver una película, solo déjame pasar. Pero de algún modo eso es más vergonzoso que comprarme una entrada para —un ademán en el aire— una de esas pelis de *Los juegos del hambre*. Ahora no recuerdo cuál, y debí de comprar entradas para esa al menos diez o doce veces, yendo de cine en cine, por si alguien tenía sospechas. Me refiero a sospechas de que..., bueno, da igual. Ese día, un sábado, un sábado por la tarde, estoy volviendo del cine con una mano en el volante, la otra en la salsa de queso de nachos, y en un momento dado paso por delante de un centro comercial con un Home Depot, con un Home Depot dentro, y unos instantes después estoy aparcando mi coche.

»Y ni siquiera ahora sé..., quiero decir, ¿qué pensaba que iba a pasar? ¿Que la misma pareja iba a estar ahí otra vez? E incluso si..., quiero decir, incluso si, por alguna increíble casualidad, hubieran estado allí, no había nada que yo... ¿Quizá los habría seguido por la tienda? Y de haber hecho eso, francamente, no sé, no sé qué estaría esperando que pasara. Algún tipo de magia, obviamente, pero ya fuera que deseara experimentar... el momento, la sensación, que había

experimentado antes, ya fuera que quisiera reproducirlo para explicármelo de alguna forma o para dar marcha atrás, yo... —Sandra se interrumpió. Se aclaró la garganta—. No estaban allí, evidentemente. Me paseé por los pasillos un rato, no mucho. El embarazo me había provocado ciática y caminar durante más de quince o veinte minutos me resultaba doloroso. Tuve diabetes gestacional en el sexto mes. No es muy sorprendente que digamos. Lo siento —añadió tras una pausa—. Supongo que esta historia es un poco decepcionante porque más o menos acaba aquí. Merodeé por el Home Depot un rato y finalmente me empezó a doler la espalda y me fui. Y a la salida estaba bien, en el trayecto de vuelta al coche estaba bien, y dentro del coche me eché a llorar. Me eché a llorar y no podía parar. Todavía estaba llorando cuando llegué a casa. Russ me dijo que solo eran las hormonas del embarazo. Eso me dijo cuando llegué a casa sollozando, y yo le dije que tenía que mudarme. No fue así como... —Sandra hablaba un poco más despacio ahora—. No quiero hacer que él parezca..., eso no fue lo primero que dijo. No fue frío. No fue indiferente. Todo lo contrario, de hecho. Lo primero que hizo fue traerme unos pañuelos de papel. Me preparó una manzanilla. Nos sentamos juntos en el sofá y me envolvió en una manta —tocó la manta que tenía detrás—, en esta manta, de hecho, y me frotó los pies hinchados, y yo intenté explicárselo. —Sonrió—. No fue nada fácil, porque ni sabía qué le estaba intentando explicar. Solo sabía que..., que había visto algo y que lo había intentado olvidar. Y que no había podido. Y que si no había podido, no era honesto por mi parte estar casada con él. Simplemente no era justo. —Sandra bebió hasta que apuró el vaso y después lo dejó sobre la mesa. No volvió a llenarlo—. Yo no... —una pausa—, no creo en los momentos, en realidad. Todo lleva su tiempo. El paso de mudarme llevó su tiempo, y llegar a un acuerdo para la custodia..., eso nos llevó una eternidad. Y todavía estoy en el proceso de averiguar..., pero tú has dicho... —exhaló un suspiro—, has dicho que nos refiriéramos a un «momento». Así que..., bueno, para mí ese momento fue el de Home Depot. Si tuviera que escoger uno. —Sandra tenía las mejillas sonrosadas y el sudor le perlaba la frente—. ¿Alguien quiere más vino? —preguntó, poniéndose en pie, abanicándose con una mano y con la botella, ahora vacía, de vino blanco que había traído de la cocina en la otra.

Me agencí un paquete de galletitas saladas de la cocina de Sandra y fui al baño a comérmelas, pero luego resultó que también tenía que mear, lo que significaba dejar el paquete en el borde del lavabo mientras me bajaba los vaqueros, unos vaqueros de maternidad con piezas laterales elásticas, los únicos que me cabían, y debajo de ellos las bragas de cinturilla alta contra pérdidas de orina que todavía reforzaba con una compresa porque haber parido por vía vaginal había debilitado los músculos de mi suelo pélvico y eso volvía más complicado el control de la vejiga, según decía mi ginecólogo. En la práctica, significaba que ya no podía aguantar el pis. Solo que ya había abierto el paquete de galletas, antes de dejarlas sobre el borde del lavabo, quiero decir, de modo que, mientras meaba, alargué una mano para cogerlas, y descubrí que las primeras cinco o seis galletas estaban húmedas y varias más probablemente habían entrado en contacto con el borde, aunque no había indicios físicos de ese encuentro, pero significaba que esas también tendrían que desecharse. Paré de mear, tiré diez o doce galletas al váter, seguí meando, empecé a comer. La cosa tenía cierta lógica. Quiero decir, no quería comerme las galletas con las manos presuntamente sucias, después de mear, y lavarse ambas manos supondría dejar las galletas otra vez, y posiblemente que estas se mojaran de nuevo, y tener que tirar más, y necesitaba comerme todas las galletas que quedaban, y además beber agua del grifo, si quería volver a casa conduciendo. Meando, comiendo, me pregunté hasta qué punto me había dejado en evidencia. No

al contar mi historia, no, pues la historia de Sandra había sido igual de vergonzosa, y su relato había resultado neutralizador, había justificado el mío de manera retroactiva. No, era sobre la conexión que había imaginado con Dominique sobre lo que estaba reflexionando, allí orinando, cómo había movido mi cuerpo hacia ella, mientras me inclinaba sobre mi copa de vino, esperando que ella mirara hacia abajo, que vislumbrara la forma de mis pechos bajo mi camiseta que era de cuello de pico; parte del peso del embarazo se había asentado, como siempre me ocurre cuando engordo, en mis tetas, que estaban ahora, todavía, aunque ya no daba de mamar, sorprendentemente turgentes sobre la caja torácica. Había esperado que ella se fijara en mis tetas, y ahora, meando, esperaba que no lo hubiera hecho, que no se hubiera dado cuenta de que yo intentaba que ella se fijara. Ligar entrañaba exponer los deseos de uno, un acto humillante en sí. Tampoco es que hubiera estado ligando exactamente, pues la atracción que sentía hacia Dominique no era sexual, igual que mi atracción hacia Artemisia no había sido sexual, no exactamente, aunque en ambos casos había sido también una atracción voraz, ávida. No era que quisiera follarme a Dominique, era que quería devorarla. Quería que ella me devorara a mí. En ese momento imaginaba la intimidad como una especie de enredo literal, lo que quizá explica por qué, cuando la emoción de una intimidad recién forjada se disipaba, mi primer y más poderoso deseo era huir. En mi defensa, diré que cuesta muchísimo hacer cualquier cosa si estás físicamente unida a una segunda persona.

Acabé de orinar y me acabé las galletas, me limpié y tiré de la cadena y me lavé las manos y bebí un poco de agua. Indicar interés ya supone exponerte a la humillación. Admitir la existencia de un objeto deseado equivale a admitir que ser rechazado por el objeto deseado, que la desaparición del objeto deseado, y siempre es inevitable una de las dos cosas, incluso si solo es en la muerte, resultará doloroso. O quizá es que desear algo es creer que ya lo conoces, y si te equivocas sobre lo de conocerlo te sientes tonta, y si aciertas sigues estando equivocada porque conocer algo o conocer a alguien en un momento dado es conocer una versión de esa cosa o persona que solo puede existir temporalmente, que debe cambiar y acabará por hacerlo, que no puede y nunca podrá reasumir la forma precisa que tenía cuando lo deseaste por primera vez. De todos modos, probablemente Dominique había tomado mi interés por un simple interés en una amistad, que también lo era y asimismo resultaba bochornoso, desear esa clase de intimidad diferente y menor, pero menos, no tan vergonzoso como querer devorarla, no tan bochornoso que se me hiciera imposible mirarla a la cara en el trabajo, en nuestro próximo encuentro, si me topaba con ella en el supermercado, etcétera. Resumiendo, mi dictamen definitivo, mientras me secaba las manos, fue que «podría haber sido peor». Una vez que hube llegado a esa conclusión, me permití el capricho de recrearme en el pensamiento que había estado acariciando desde el final de la historia de Sandra, el de que solo alguien nacido y criado en este culo del mundo, en mitad de la nada, en este lugar tan mediocre que solo puede describirse su mediocridad con clichés, en esa supuesta ciudad cuya cultura estaba tan muerta como fértil era la tierra que la rodeaba, solo alguien nacido y criado aquí podría, número uno, transformarse en lesbiana a los cuarenta y un años (tiene que ser una broma, ¿no?), número dos, en un Home Depot, y, número tres, apañárselas no solo para experimentar el deseo homosexual a lo largo del vector del deseo heterosexual, sino también, en su interpretación de ese deseo homosexual, esto es, de ese deseo, abro comillas, no-tradicional, cierro comillas, cosificar los roles de género tradicionales de la manera más estereotípica. Arrojé el envoltorio de las galletas al váter y tiré de la cadena otra vez. Tú, le dije a mi reflejo en el espejo, eres una verdadera hija de puta. A lo mejor, pensé mientras salía del baño, podría pispar otro paquete de galletas de la cocina de Sandra en el camino de

vuelta al salón, guardármelas en el bolso, comérmelas en el coche aparcado antes de conducir hasta mi casa, que afortunadamente no quedaba muy lejos.

En la sala de estar, Sandra recolectaba vasos y Dominique estaba de pie, rebuscando en su bolso. Fran miraba su móvil. Me guardé las galletas en el bolso, y ya iba de camino al dormitorio de invitados a recoger a mi hijo, cuando oí la voz de Fran, aguda, poquita cosa y, como siempre, con tono quejoso.

—Esperad —dijo ella—. ¿No queréis oír mi historia?

Sandra estaba encorvada sobre la mesita de centro, alargando la mano hacia una copa de vino. La cabeza de Fran osciló de derecha a izquierda, y añadió:

—Los niños ni siquiera se han despertado todavía.

Eso era cierto. Aunque tampoco Dominique había contado una historia, al menos no al grupo, lo que significaba que el hecho de que nadie quisiera escuchar la historia de Fran, y daba por hecho que nadie quería, podía atribuirse más a una casualidad que a malicia. Dos de las cuatro que éramos habíamos desnudado nuestras almas, no quedaba vino, se estaba haciendo tarde, ya deberíamos ir desfilando hacia casa, ¿no?, y los bebés querrían sus propias camas.

Sandra se incorporó. Dejó la copa.

—Fran —dijo—. Creo que todo el mundo quiere...

—No —zanjó Fran. No alzó la voz. No se levantó, ni pareció enfadada, solo usó aquel tono de queja, que siempre estaba ahí, creciendo, volviéndose más..., me temo que la palabra es «estridente». Y repitió—: No, tenéis que escuchar lo que tengo que decir.

Sandra se sentó otra vez. Yo me metí dos galletitas en la boca. Dominique tomó asiento también, con el móvil en la mano. Miraba hacia abajo, tecleando; quizá estaba enviando un mensaje.

—Mirad, todas os estáis imaginando —empezó Fran— como personajes en alguna clase de historia. —Dijo «historia» como si fuera un término sucio—. Como tú. —Miró a Sandra—. ¿Tuviste una sensación extraña en un Home Depot y eso ya te hizo dejar a tu marido? O tú —me miró a mí—, ¿un tío te jode una vez, y qué, ya no puedes tener una relación sana nunca más? —Sacudió la cabeza—. No me lo creo. Todo el mundo toma decisiones. ¿Sabéis cuántas mujeres crían a sus hijos solas? No somos especiales porque nos hayan dejado. O porque nos fuéramos nosotras. Menudo puñado de egocéntricas... —negó con la cabeza—. Y vale, probablemente todas pensáis que soy una cabrona, me da igual —agitó la mano en el aire—. Me da igual. Y no estoy intentando ser una cabrona, estoy segura de que creéis que lo soy, pero no. Me importa una puta mierda. La cuestión es: a quién le importa entender el porqué. La cuestión es que no hay un motivo. Nadie tiene un plan para vosotras y vuestra vida no tiene una banda sonora, solo es una serie de... —se encogió de hombros— accidentes y decisiones instantáneas y casualidades y cuestiones demográficas, dónde vives y cuándo naciste y quiénes fueron tus padres y cuánto dinero tenían. —Me miró a mí—. Sé que creéis que soy idiota, pero en realidad no lo soy. Quería un grupo de madres solteras que me mostraran su apoyo, con las que poder compartir historias sobre cólicos, no un puñado de ególatras que se regodean en la autocompasión. Como si le importara a alguien. —Se colgó la bolsa de pañales del hombro—. Y mirad, que conste que soy —se volvió hacia Sandra— una lesbiana auténtica, y cómo fue concebido mi hijo es una historia fascinante, una historia que nunca os contaré.

Al menos eso es lo que creo que dijo. Lo que recuerdo que dijo. Creo que por lo menos he acertado con el tono, con su ira y con el registro, con las palabras «cuestiones demográficas» saliendo disparadas de entre sus labios marchitos; quiero decir que eso fue memorable. Suelo crearme la persona más lista en cualquier sala y no ayuda que últimamente lo haya sido. Fran fue, ciertamente, la primera en irse y no acudió a nuestros encuentros posteriores, que fueron, quizá comprensiblemente, menos regulares. En los instantes después de que hablara, recuerdo haber pensado que en cierto sentido lo que había dicho era correcto, si bien no del todo. Que por supuesto la vida es aleatoria, una serie de casualidades, etcétera, pero para vivir debes intentar buscarle un sentido, y para eso está la narrativa. Yo lo creo así, la gente con cierto grado de sensibilidad lo cree así. Casi siempre se trata de algo inofensivo. Aunque es posible que a veces te encuentres haciendo cosas porque crees que la trama así lo dicta o porque te has aburrido de tu propio guión, cosas que no deberías hacer porque esas cosas harán daño a otros personajes de tu historia, que en definitiva no son personajes, sino personas. Pero también es verdad que luego la gente hace el mal a menudo y con justificaciones menos elaboradas.

Dominique y yo recogimos a nuestros hijos y nos dirigimos hacia los coches juntas. Yo ya estaba sobria, el discurso de Fran había sido como una bofetada en la cara, hasta tenía las mejillas rojas, aunque probablemente era por la vergüenza y/o el vino que había estado bebiendo.

—Bueno —dijo Dominique cuando llegamos a su coche, que estaba aparcado una manzana más cerca de casa de Sandra que el mío—. Nos vemos mañana.

Asentí y seguí caminando, pero entonces Dominique añadió:

—Espera. —Me di la vuelta—. ¿Crees lo que ha dicho Fran, lo de que un solo tío...? —Hizo una pausa—. Quiero decir, ¿es eso lo que crees que pasó?

Consideré lo que había dicho.

—No —contesté—. De hecho... —apoyaba la espalda contra el coche de Dominique, de manera que no estaba de cara a ella, sino a la otra acera—, lo que fue mortal de ese..., ese tío, fue lo mucho que me gustó. No que me follara sino cómo, más tarde, lo que recordé fue que... había estado bien. Quiero decir que he sentido vergüenza al describirlo, claro, es evidente hasta qué punto fue manipulador, pero no tener que tomar decisiones... Lo de no poder llamarle, que solo él pudiera llamarme a mí. Y lo de que tuviera familia, y que eso supusiera todos aquellos compromisos familiares, que si lo quería ver tuviera que ser cuando él tenía tiempo, incluso si yo estaba ocupada. Sentaba bien, quiero decir que también me hacía sentir fatal, porque nunca sabía..., nunca podía confiar, y si alguna vez me enfadaba porque quería verle más, porque quería presentarle a mis amigos, se volvía frío, simplemente se apagaba de inmediato, nunca trataba de reconfortarme ni se disculpaba, ni..., simplemente se cerraba en sí mismo, por lo general se iba, y si tenía suerte al cabo de unas cuantas horas volvía, y más vale que yo hubiera acabado de llorar. Pero cuando pensaba en ello, sobre todo justo después, justo después de que se terminara, normalmente lo que recordaba era sentir..., sentir..., oh, esto es lo que puedo hacer, esto es para lo que se supone que sirvo. Y ya sé... —miré a Dominique—. Sé cómo suena eso. Pero básicamente el problema era que me gustaba no tener que decidir. Y por tanto eso significaba: número uno, eso no paraba de pasarme, encontrarme con ese tipo de tío, y, número dos: cuando sí intentaba decidir, quiero decir románticamente y nada más, no se me daba bien. Porque no tenía práctica y a la vez no confiaba en mí misma, no podía confiar en mi intuición cuando me decía que era lo que yo quería porque aparentemente lo que quería era un hombre casado cuya casa no tenía permitido ver. —Le sonreí a Dominique. Ella no me devolvió la sonrisa—. Humm, ¿y tú?

¿Qué...? —Cambié el peso de la sillita de mi hijo del brazo derecho al izquierdo—. ¿Qué crees que pasó? ¿Contigo?

—Bueno —contestó—, después, durante un tiempo, me odié a mí misma. Primero porque por supuesto él acabó por dejar de acostarse conmigo, y más tarde porque me di cuenta de lo que había sido, lo que había dejado que..., lo que me parecía haber dejado que ocurriera. Y después no confié en nadie, y después me enfadé. Me acosté con muchos hombres durante la parte del enfado, fui bastante cruel con ellos. Y después —añadió Dominique, y arqueó las cejas—, fui a terapia y resolví muchas cosas. ¿Has considerado ir a terapia?

—Madre mía —contesté, y me eché a reír—, ¿con mi salario? ¿Con nuestro seguro médico?

—Puedo darte algunos nombres, si quieres —dijo Dominique—. Hay un montón de terapeutas, y buenos, que trabajan con una escala flexible.

Volví a cambiar de brazo la sillita de mi hijo, sonreí y negué con la cabeza. Nos había imaginado como aliadas, unidas por nuestras diferencias: ella con su acento y su librería operativa, yo con mi «casi» doctorado. Vale, con lo de diferencias quería decir «superioridad».

—Es muy amable por tu parte. —Caminaba de espaldas hacia mi coche. Pero si ella creía que la respuesta era la terapia, pues bueno—. Déjame pensarlo, ¿vale?

Dominique se encogió de hombros y abrió la puerta trasera del lado del pasajero.

—La oferta está sobre la mesa —dijo.

Ya sé cómo suena eso; quiero decir que ahora lo sé. En aquel momento pensé: «Perdona, pero es una historia muy interesante, esta que te estoy contando sobre mí, una persona muy interesante», y pensé: «Porque si crees que necesito terapia, la expresión para eso es que consideras lo mío *una patología*», y pensé: «Y de todas formas nunca me has gustado demasiado».

—Bueno —añadí, casi gritando—, gracias otra vez. —Ya casi había llegado a mi coche—. ¡Nos vemos mañana!

Mi hijo no se despertó en el trayecto hasta casa. No se despertó cuando paré en Vons para conseguirme una botella, un par de botellas de vino, ni se despertó cuando lo saqué del coche y lo entré en la casa; en aquella época dormía bien, dormía profundamente. Lo instalé en su cuna, descorché una botella y me serví una copa. De niña, había visto una serie de televisión en la que una niña, medio humana medio extraterrestre, era capaz de parar el tiempo señalando con los índices entre sí y juntándolos. Su padre, el extraterrestre, ¿era alguna clase de cubo? ¿Un cristal de cuarzo trapezoidal? Me serví otra copa de vino e intenté lo de los dedos índices, sabiendo que no pasaría nada, considerando aquel truco un examen de sobriedad: lo aprobé y me felicité. Si fuera posible parar el tiempo, me dije, me tomaría una semana, quizá dos. Leería algunos libros. Desarrollaría un método para la meditación. Iría a ver a un terapeuta, vale, seguro. Llevaría un diario. Pondría orden en mi historia. El problema no era pensar en mí misma como protagonista de un relato, era que no había imaginado todavía cuál iba a ser ese relato. Solo necesitaba uno que se pareciera menos a una campana de Gauss, conmigo en la curva descendente, y más a una tangente, una tangente respecto a un eje vertical. Un eje vertical significaba que x equivalía a una variable constante, de eso me acordaba. Sí, pues yo y el crío, mi hijo, subiríamos zumbando hasta el valor y , con cosas más grandes y mejores en el futuro para ambos. Me serví otra copa de vino. La verdad no ayudaba. Todo lo que había ocurrido hasta entonces nunca podría integrarse en algo coherente. El truco consistía en seleccionar los momentos adecuados. El truco consistía en saber cuándo mentir. Había apurado la tercera copa; parte de una cuarta no me haría daño: dos tercios

de copa, tres cuartas partes. Había guardado bourbon en alguna parte, el truco consistía en encontrarlo. Bebería, vino blanco o bourbon, quizá con dos copas ante mí, para beber primero de una y luego de la otra, y pensar: cuál es la historia, y pensar: cuál es la historia, o *What's the Story, Morning Glory*, ¿no era eso un álbum?, quizá británico, y pensar: eres la dueña de tu propio destino, y pensar: he echado de menos el peso de un cuerpo sobre el mío, cómo el peso domaba e instruía a mi cuerpo, lo sencillo que le resultaba a mi cuerpo, bajo el peso de otro, limitarse a existir. Y pensé que una copa más no me haría daño. Pensé que no era tan mayor, ¿no?, y pensé que por la mañana haría otra intentona, volvería a intentar hacer las cosas bien, hacer que todo estuviera bien, hacerlo todo bien, y ese fue el último pensamiento que tuve, el último que recuerdo, antes de quedarme dormida, con mi mano en una copa, hasta que el intercomunicador del bebé me despertó tres horas más tarde, con el llanto agudo y sin palabras de mi hijo, cuando estaba con la cabeza apoyada en el hombro y con el cuello dolorido por la incómoda postura, y se me hacía imposible interpretar su llanto, no disponía de tiempo para pensar. Cuanto tenía que hacer era responder.

8. SANTA BÁRBARA, 2016

—Le digo a la gente... —Hizo una pausa—. Cuando se lo cuento a la gente, si es que se lo cuento, les digo que renuncié al bebé. —Estábamos nadando, ella y yo—. La gente da por hecho que hablo de adopción, si no me molesto en sacarlos de su error. —Sus hombros subieron y volvieron a bajar—. No es mentira, no exactamente. —Nos habíamos conocido unas horas antes, al chocar nuestros carritos en un supermercado—. Al fin y al cabo —añadió—, sí que lo hice. —Otra pausa—. Sí que renuncié al bebé.

De esa mujer, ni siquiera recuerdo su nombre. Lo que sí recuerdo: estaba oscuro. El agua en la que nadábamos era el Pacífico, y aunque estaba fría, no me hacía sentir incómoda. Presionaba contra mi cuerpo y mi cuerpo respondía abriéndose paso en ella: la experiencia suponía un triunfo menor pero constante, el de vencer una resistencia, una y otra vez. Sí, mi primordial sentimiento era el placer. El de un placer sostenido, esto es, un lujo. Hice rodar la palabra lujo desde mi garganta hasta los dientes, con la parte inferior de la lengua, lisa y resbaladiza, deslizándose contra el paladar. Además, ambas estábamos desnudas, ambas borrachas. Si eso no explica la situación quizá sí explique algo sobre la clase de mujer que se encontraría en ella. Muchas veces, cuando cuento esta historia, como me han animado a hacer en terapia, en el grupo y mi madre, digo que la elegí yo a ella, a esa mujer sin nombre. Y no porque tenga más sentido, aunque sí lo tiene, sino porque mis oyentes encuentran provocativa esa frase: «la elegí yo». Provocativa de «provocar», como en «provoca interés». Lo he dicho antes y volveré a decirlo: conversar equivale a ligar. Suelta cuerda suficiente y tu oyente se agarrará a cada palabra. Cierto que suelo ser yo la que queda colgando de la cuerda. Esa mujer, por ejemplo, me tenía bien enganchada. ¿Por qué será que la gente me cuenta cosas? Creo que es porque me gusta beber, o me gustaba, y porque se me da bien mantener un rostro imperturbable. Y porque hago preguntas. Lo que le pregunté a esa mujer fue: ¿Tienes hijos? Eso es socialización femenina, es decir, el deseo de ser aceptada en todas partes, llevado a su extremo lógico.

Era sábado. Unas horas antes había dejado a mi hijo con una canguro y cogido el coche. Era verano. A las diez de la mañana, el aire en el Valle Central ya era tan seco como papel de lija, por no hablar del calor que hacía. En el portavasos más cercano a mi mano, siempre tendida, había un termo con café. Un termo con café y bourbon. Quizá con un tercio de bourbon y dos tercios de café. Quizá con un tercio de café y dos tercios de bourbon. Me cuesta recordar esos detalles. También es posible que los exagere. Y es posible que los minimice. La diferencia entre las dos cosas (pues cuando se narra de nuevo un recuerdo, una, inevitablemente, destaca los detalles o les quita importancia dependiendo de la trama de la historia de la que formen parte) tiene que ver con el deseo y viene determinada por él. ¿Tengo más interés, ahora mismo, en parecer abiertamente

libertina (mírenme si no, regodeándome en el lujo) o secretamente ofendida? ¿Cuán cerca de la superficie está mi dolor? O más bien ¿hasta qué punto quiero que mi dolor parezca cerca de la superficie? ¿Hasta qué punto estoy prendada de los clichés del dolor femenino? O más bien ¿de cuál de esos clichés estoy prendada? ¿Deseo que mi angustia se torne visible y raye por tanto en el histerismo? ¿O deseo sufrir en silencio? ¿Con cuánta frecuencia limpio mi casa? ¿Cuántas hogazas de pan horneo, de media, cada semana? Ojo: no culpen a mi hijo de esos detalles difíciles de recordar, como podría inclinarles a hacer el cliché. Muchas mujeres temen perder, en el parto, en el ejercicio cotidiano de la maternidad, autonomía, independencia e identidad propia. Pero yo nunca he tenido una identidad que me interesara mucho conservar y un niño te dará indicaciones tan bien como, o mejor que, un profesor de universidad casado. Aunque la satisfacción de recibir indicaciones de un crío viene mezclada con temor. El temor de «en quién se convertirá este niño», de «y si se vuelve...», de «¿será culpa mía?». El temor de «¿estaré haciéndolo bien?». El profesor casado, por otra parte, te dice si lo estás haciendo bien. Sí, es bastante directo. Y si la satisfacción que ofrece está mezclada con vergüenza, bueno, pues la vergüenza no está exenta de ciertos placeres, en particular el placer de saber que mereces sentirla. Sea como fuere, se supone que no debes recibir indicaciones de un niño. O se supone que sabes cuándo hacerlo y cuándo no, y a mí se me daba mal (no era ninguna sorpresa) distinguir entre casos de lo primero y casos de lo segundo.

Y así, la piel me picaba al cabo de demasiadas horas de estar con él. Con mi hijo, con el crío que mecía en los brazos mientras recorría los pasillos de mi casa. No, no en los brazos en plural. En el brazo, en singular. El otro brazo lo necesitaba para llevarme el vaso de bourbon a la boca. Solo lo sentía deslizarse, solo lo dejaba en su cuna, aullando, mientras corría a rellenarme el vaso, solo lo dejaba llorar mientras me sujetaba la cabeza palpitante; esas cosas, en realidad, solo pasaban un par de veces. Y así, de vez en cuando, se volvía necesario programar una prórroga. Conducir: esa era la prórroga. Una forma de mantener ocupada la mente, de distraerla del tema en el que más interés tenía, y que yo (aquí imaginamos ese yo como un todo y la mente como una parte, como un aparte) más deseaba evitar. Esa parte consistía en el ser y en cómo le iba. En si lo estaba haciendo bien. El ser en cuestión era mi ser. Mi deseo de evitarlo surgía del temor a conocerme a mí misma, de llegar a la clase de conocimiento (no, no lo estás haciendo bien) que provoca no solo culpabilidad sino también el deseo, la necesidad de mejora. Es posible que todo esto se esté volviendo confuso. Cuando bebía del termo que era un tercio o bien dos tercios de café, las cosas se volvían unas veces claras y otras confusas.

El caso es que conducía. Conducía y escuchaba la radio. Cuando incluso con las ventanillas bajadas empezaba a hacer demasiado calor en el coche, que tenía estropeado el aire acondicionado, aparcaba. Localizaba un supermercado, una farmacia, un centro comercial, y aparcaba y cerraba las puertas del coche y, una vez dentro del supermercado, la farmacia, el centro comercial, me concedía recorrer los pasillos. Cogía frascos de plástico o probióticos; acariciaba con un dedo bolsas de sabrosos aperitivos. Caminaba hacia mi propia imagen en los espejos convexos que pendían del techo al fondo de la tienda, observando cómo aquella imagen distorsionada aumentaba de tamaño, absorta, y así, fue por eso por lo que no advertí la presencia de la mujer que recorría el pasillo hacia mí, la mujer que estaba ahora nadando a mi lado, hasta que mi carrito chocó contra el suyo.

—La verdad es que abandoné a mi bebé —iba diciendo la mujer.

Yo había llevado algo de ventaja, cierto, pero en el transcurso de la tarde y luego de la velada,

la mujer me había alcanzado. Lo mucho que solía beber les concedía permiso a otras personas, y lo que bebieran ellas les concedía más permiso incluso: el permiso de expresar algo que, en cierta clase de libro, podría llamarse «su verdad entre comillas». Permiso para confesar. La canguro me esperaba, llevaba horas esperándome. Desde donde estaba, yo no llegaba a ver, en la orilla, el resplandor que indicaría una llamada o un mensaje entrantes. No podía ver cómo la pantalla de mi teléfono parpadeaba, cómo se iluminaba y volvía a apagarse y se iluminaba de nuevo. La canguro no tardaría en tirar la toalla conmigo y llamar a mis padres. En descubrir que también ellos (eran las once, quizá las once y media) estaban demasiado borrachos para conducir.

La mujer se había vuelto boca arriba, y ya no nadaba, sino que respiraba, despacio, inhalando y exhalando, con la columna vertebral sobre la superficie del agua, atrapando la luz de la luna en las manos ahuecadas. O así la recuerdo. Flotaba, desde luego, pero esa frase, «atrapando la luz de la luna en las manos ahuecadas», no puede ser sino un embellecimiento posfacto para sugerir..., bueno, no, un lirio no. El agua estaba fría, como he dicho antes, y mis dedos, saturados de ella y entumecidos. No sabía dónde estaba mi coche ni cuándo volvería a ser capaz de conducirlo. No olviden que estaba borracha. No olviden que el bourbon fluía por mis venas y me saturaba la piel. Así, lo que recuerdo de esa noche no es el castañetear de mis dientes ni el agua salada que había tragado ni cómo me escocía en los senos nasales y la garganta, sino la sensación de que me estaban sosteniendo. De que me sostenía el agua. Ojalá pudiera chapotear en aquellas aguas para siempre, pensaba. De hecho, incluso chapotear sería casi innecesario, pues la salinidad del mar y el ritmo de las olas, tan dignos de confianza, me mantendrían a flote con su vaivén contra la flacidez de mi vientre y la dureza de mis costillas. Y de esa sensación, de lo que he llamado «placer», de lo que he llamado «lujo», pero que en realidad se parecía más al alivio, surgen frases como «atrapar la luz de la luna en las manos ahuecadas», emanan palabras como «susurrante» para describir el sonido del viento al lamer, acariciar y batir las olas, surgen a su vez palabras como «lamer», «acariciar» y «batir». Una cosa sí les diré: la sensación, la llamara como la llamase, era desde luego partícipe de la renuncia a la responsabilidad que entrañaba el placer.

Los pies de la mujer se hundieron bajo la superficie del agua y volvió a quedar en posición vertical, y chapoteó y chapoteó hacia mí hasta que su aliento acalló los sonidos de las olas y el viento, hasta que acalló mi propia respiración, y entonces, mirándome, o creo que lo hizo mirándome, pues no olviden que estaba oscuro, no olviden que estaba borracha, la mujer dijo, una vez más:

—Abandoné a mi bebé. —Y se apresuró a añadir—: La abandoné. Mi bebé era una niña. —Luego, más despacio—: ¿Sabes qué? Leí en algún sitio, y por supuesto se trata de una verdad manifiesta, que incluso en tiempos de crisis, en tiempos de guerra, bajo dictaduras, tras un desastre natural, la gente continúa... Pero espera. —Sacó una mano del agua—. Para que entiendas cómo fue, hasta qué punto llegó a estar mal la cosa, hasta qué punto hice yo que lo estuviera, tienes que saber hasta qué punto me iba bien. Por ejemplo, mi casa, la que compartía con mi marido, apareció en *Architectural Digest*. Cuando nos casamos, me dedicaron dos páginas en la revista *Novias*. Yo con mi vestido, con la cola desplegada y el velo bajado, rodeada por damas de honor. Delante, una de mis damitas arrojando pétalos de flores. Yo con mi ramo en tonos crema. La sobrinita de cuatro años de mi marido, la hija de su hermano mayor, fue la encargada de la lluvia de pétalos. No era solo eso en particular..., y ya sé qué estás pensando. Éramos ricos, éramos guapos.

Ella era muy guapa, demasiado guapa para estar en un supermercado a las cinco de la tarde de

un sábado, y quizá fue esa la razón por la que intenté entablar conversación cuando mi carrito chocó contra el suyo y le hizo daño en un tobillo. Estar en compañía de una mujer excepcionalmente guapa, de rasgos y figura perfectos y movimientos precisos, me hace sentir enorme, desastrada y esférica cuando estoy sobria, pero cuando estoy borracha, la proximidad de la belleza me produce la sensación de ser yo misma una elegida.

—Pero debajo de todo eso no había ni oscuridad ni vacío. —Hizo una pausa—. A la gente le gusta creer que los ricos, a cambio de su dinero, tienen que ser infelices. Y algunos sin duda lo son, pero nosotros no lo éramos. Yo no lo era: no soy una persona depresiva, siempre he tenido mucha capacidad de ser feliz, y cuando empezamos a salir, durante la época de nuestro noviazgo... Ya sabes —añadió la mujer— que es normal que las parejas discutan cuando planean una boda. Hay que tomar una gran cantidad de decisiones. Añade el dinero, la familia, la disposición de los sitios en las mesas, y cuántas damas de honor habrá y quiénes serán y de qué color irán vestidas y... —Se interrumpió—. Lo que quiero decir es que a nosotros no nos pasó. La felicidad resulta aburrida, me refiero a que es aburrido describirla, y a veces vivirla también, supongo. Para algunos. Para mí, no, yo era feliz. Era lo bastante feliz como para no pensar en mi propia felicidad. No, yo disfrutaba de ella.

Se oyó un chapoteo, pero fue un sonido cercano, no el de las olas contra las rocas, contra la orilla. La mujer extendió los brazos y curvó la espalda, y el liso semicírculo que era su cuerpo emergió del agua y volvió a hundirse en ella cuando dio una voltereta hacia atrás, y una segunda, y una tercera. Luego asomó la cabeza y negó con ella.

—Me ha entrado agua en las orejas —explicó—. Muy brevemente, formé parte de la natación sincronizada de competición. —De haber estado más cerca de mí y no haber estado tan oscuro, quizá la habría visto sonreír—. Es mentira. —Siguió una breve pausa, una rápida inhalación de aire—. Decidimos que me quedara embarazada. Yo quería un bebé, él quería un bebé, así que decidimos que me quedara embarazada. Pasó casi de inmediato. Fue un embarazo fácil. Un par de semanas de náuseas matutinas. Engordé diez kilos en total, quizá doce. Esta parte es aburrida —añadió con un suspiro—. Lo siento, pero esta parte es aburrida. Voy a saltármela. Di a luz. También fue fácil: cuatro horas de parto, del principio al final. Sin epidural, sin que se me desgarrara el perineo. No tuve problemas para dar de mamar, ni problemas de sueño. Pierdo el peso que gané con el bebé, desaparecen las estrías. Esta parte también es aburrida, pero es importante que... —Se interrumpió—. Es necesario que comprendas lo fácil que lo tuve todo con el bebé. Necesito que comprendas lo fácil que lo tuve con mi marido. ¿Qué más? —Negó con la cabeza—. Ambos somos abogados, mi marido..., mi exmarido y yo. Lo de nuestras empresas, una vez más, cuesta entenderlo, por improbable: me cojo seis meses de permiso de maternidad, tres de ellos pagados. Cuando vuelvo al trabajo, él se toma tres meses. Cuando él vuelve a trabajar, el bebé, la niña, ya tiene nueve meses. Buscamos una niñera. Le ofrecemos un buen salario y un horario razonable y no me siento culpable por contratarla. Tiene muy buenas referencias y no nos decepciona. Llego a casa a tiempo para la hora de acostar al bebé, no todas las noches, pero digamos que cuatro de cada cinco. Los fines de semana cocino yo. Las noches de los sábados nos turnamos: una semana salgo yo después de acostar a la niña, me pongo al día con una amiga, me tomo una copa de vino, y a la semana siguiente le toca a él. Que tuviéramos dinero ayudaba, por supuesto, pero ahora, diez años después, puedo decir con cierto grado de objetividad que además éramos buenos padres. Los dos juntos, quiero decir. Tuvimos unas cuantas peleas..., bueno, peleas no, discrepancias. Y para solucionar esas discrepancias acudíamos a terapia de pareja. Y la cosa

marcha tan bien que yo tardo dos años enteros en darme cuenta... —Se echó a reír. Luego se hizo el silencio.

Abrí los ojos. No era que me hubiera quedado dormida, sino que la oscuridad absoluta aumentaba la sensación de ser, más que un cuerpo, un cúmulo de sensaciones unidas al cerebro por un hilo muy fino.

—Necesito que me lo preguntes —dijo entonces—. No puedo —sonrió— concederme permiso para contártelo si no me lo preguntas. Lo siento, es cháchara de terapia. —Una pausa—. Pregúntame de qué me di cuenta.

—¿De qué te diste cuenta? —quise saber.

Ella hizo otra pausa y luego añadió con rapidez:

—Me di cuenta de que no quería a mi bebé, a mi hija. Tiene un nombre, pero no voy a pronunciarlo. Madre mía, qué dramática sueño. —Se alejó varias brazadas de mí, y luego volvió—. Nunca me había..., ahora parece ridículo, pero es la verdad: nunca me había planteado si quería un bebé. Si quería hijos. Era... Soy... lo que me parece que los chicos llamarían —soltó una risita— la típica cabrona. Era una verdadera hija de puta, coño. ¿Sabes? Soy una auténtica defensora, me considero una *paladina* de... —volvió a reír por lo bajo—, sí, una verdadera *paladina* de la palabra «coño». Porque, vale, podemos decir «cabrón», podemos decir «polla», pero, ay, no, madre mía, ni te atrevas a soltar un taco del cuerpo de una... —Se interrumpió. Incluso borracha, sus risitas me resultaron perturbadoras. Quizá la perturbaban a ella también, incluso borracha, porque volvió a hacer una pausa—. No estoy tratando de..., no, sí que estoy tratando de verle sentido a esto, porque creo que no hay otra manera de hablar de... —Otra pausa—. No pensaba en tener niños porque yo misma había sido una niña. La cosa es así de simple, así de estúpida. Una mujer me había parido. Yo era una mujer, y pariría a alguien más. Pero entonces llegó el bebé y aunque todo era... perfecto, mucho mejor que para la mayoría de la gente en este país, en cualquier país, cabía esperar, yo no... —otra pausa—, yo no la quería. A mi bebé, a mi hija. Lo que sentía por ella... —Volvió a alejarse nadando y luego regresó. Yo tenía ahora los ojos abiertos y se habían acostumbrado a distinguir la silueta de su cuerpo, el contorno que la práctica ausencia de luz consiguiera iluminar—. No sentía nada. Ni odio, ni rencor. Sencillamente, nada. Y hacia... —en ese punto nadó para acercarse un poco más—, hacia mí misma tampoco. Como madre, no me reconocía. No tenía sentimiento alguno por mí misma como madre.

Se volvió boca arriba y yo me acerqué un poco, de modo que mi cabeza quedó cerca de la suya, para tener la seguridad de oír lo siguiente que dijera.

—Pudo haber sido una depresión posparto. Pero lo más duro de admitir de todo esto, la parte que me parece más vergonzosa, la razón por la que no se lo cuento a nadie... es el hecho de que no me siento culpable. No lamento la decisión que tomé. Estoy segura de que fue la correcta. —Se volvió hasta quedar de nuevo en vertical en el agua—. Antes he hablado sobre cómo durante las malas épocas..., bueno, la vida continúa. Es un cliché, pero lo es porque en cierto nivel, en el nivel más profundo, es cierto. Es algo que me resulta frustrante en esas..., ¿sabes esas grandes epopeyas históricas? Las que aparecen todos los años cuando se acerca Navidad. Carnaza para los Oscar. Hasta la última escena gira en torno al gran problema histórico. Hasta la última conversación trata sobre Hitler o las trincheras o el asesinato de Kennedy. Solían gustarme, antes, pero luego..., luego comprendí que, en la vida real, pase lo que pase —negó con la cabeza—, la gente se levanta por las mañanas y se lava la cara y se prepara el desayuno. Se cuentan chistes y les leen a los niños y acuden a citas y se enamoran y follan y tienen que lavar los platos y hablar

con la compañía eléctrica. Lo que intento decir es que, después de que me fuera..., quiero decir, fue duro, sobre todo porque no sabía cómo hablar sobre ello, cómo explicar lo que había hecho, lo que sentía, lo que no sentía. Pero cada mañana me levantaba y me lavaba la cara y los dientes, y me comía los cereales y me iba a la oficina. Iba de compras y al cine, y salía a cenar. Dejaba la ropa en la tintorería. En cierto sentido, es grotesco. Cómo acabamos, cómo nos centramos siempre..., hasta qué punto somos egocéntricos, hasta qué punto la vida nos obliga a ser egocéntricos. Quiero decir que pase lo que pase, incluso si no te encuentras, ya sabes, personalmente en medio de una guerra, en algún lugar hay gente, un montón de gente, que sí se encuentra en plena guerra, en plena hambruna. Y nosotros ignoramos eso. Lo que trato de decir es que puedes cambiarlo todo, lo que sea, siempre y cuando estés dispuesta a enfrentarte a las consecuencias. No..., que si cambias lo que sea, te enfrentarás sin duda a las consecuencias, incluso si no estás dispuesta a hacerlo. Porque tienes que hacerlo. Porque la voluntad de sobrevivir..., no, de sobrevivir no, eso es demasiado..., es solo la puta mierda de la vida. La que siempre tiene las de ganar. —Negó con la cabeza—. Mira, como ya he dicho, no lo lamento. En ciertos sentidos, en muchos sentidos, logísticamente hablando, fue duro. Pero no me arrepiento. Hice la maleta. Dejé una nota. Bloquéé su número y llamé a un abogado al que conocía y le dije a ese abogado que quería que cualquier comunicación con el que estaba a punto de ser mi exmarido se llevara a cabo a través de él, del abogado. Y toda comunicación con la que estaba a punto de convertirse en mi exhija, también. Pienso en ella de vez en cuando: en su cumpleaños, el Día de la Madre, o cuando estoy borracha. Y cuando pienso en ella, casi siempre lo hago con alivio. Me alivia que pueda llegar a odiarme, en lugar de saber que yo..., no es que la odie, es que no siento nada. —La mujer volvió a alejarse nadando para volver de inmediato—. Lo que intento decirte es que estaba segura. Que estoy segura. Que hice lo peor que puede hacer una mujer, pese a que los hombres, ya lo sabrás, tienes que saberlo, los hombres hacen esto constantemente, joder. Se follan a una mujer y le hacen un niño y unas semanas o unos meses o unos años después sencillamente se largan, y nadie... Y he dicho «puede hacer», pero en realidad no es algo que una mujer tenga permitido hacer porque de hecho no le está permitido. Lo tiene específicamente prohibido. Y sin motivo alguno excepto que yo sabía que era lo correcto. Y que no me arrepiento. —Volvió a reír—. Quizá piensas que soy un monstruo. Muchas mujeres, mucha gente, lo creerían. La mayoría, incluso. Y no es que no me importe, es que no me importa lo suficiente como para comportarme de otra manera, como para sentirme de otro modo. Y ¿qué es eso si no una prueba más? Ser tan egoísta ¿no es acaso una prueba más de que no debería formar parte de la vida de mi hija? Cuánto más fácil le resulta a ella, ahora, comprender esta historia tan simple, y qué práctico. Su madre era, es, un monstruo. Es un cuento, claro. Pero a cierto nivel, quiero decir..., soy capaz de verlo. Puedo utilizar palabras como «simple», «práctico» o «cuento», pero, a cierto nivel, también es verdad.

Permanecimos largo rato en silencio. Y luego la mujer dijo:

—Me voy a casa.

Es posible que yo empezara a decir algo. Cuesta saberlo porque, antes de que las palabras se formaran debidamente, vi unos destellos de piel clara: la planta de un pie, el dorso de una mano. Nadaba hacia la orilla.

En realidad, yo no pensaba que fuera un monstruo. O, más bien, no pensaba en ella en absoluto, mientras la oía nadar hacia la orilla. En lo que pensaba —como la gente que es sincera

consigo misma sabe que hace tras una revelación íntima de ese tipo— era en mí misma. En cómo todo aquello se reflejaba en mí. Pensaba en la última vez que había estado tan segura de una decisión como ella lo estaba de la suya. De una decisión que no fuera: «Sí, en realidad, sí que voy a tomarme otra copa». Pensaba en el día en que había cogido el coche para ir a San Francisco. Pensaba en cómo me había alojado en un hotel de allí, en cómo me había sentado en la barra de otro hotel. Pensaba en cómo me había follado a un extraño, y en cómo había pensado en que ese extraño me dejaba embarazada y en que yo decidía quedarme el bebé. Y pensé durante largo rato en que, cuando estabas en el agua, había pocas decisiones que tomar. Todas ellas, de hecho (si nadar a izquierda o derecha, si nadar hacia dentro o hacia fuera), giraban en torno a una sola decisión fundamental: si seguir nadando o parar. Chapoteé un ratito, reflexionando sobre aquello, reflexionando asimismo sobre hasta qué punto estaba cansada. Sobre el placer discreto (por lo definido, por lo finito) que podía producirme tomar una última decisión y luego ninguna más. Pero, como he dicho ya, soy una mujer práctica. Lo que equivale a decir que nunca he sido del todo capaz (aunque vaya si lo he intentado, jolín) de acceder a los placeres que otros se procuran en los extremos tanto de la indulgencia como de la renuncia. Nadé hacia mar abierto, y más, y más, y justo antes de saber que estaría demasiado cansada para volver nadando a la orilla, volví nadando a la orilla. Mi cartera y mi teléfono móvil habían volado, pero mi ropa y las llaves, que había enterrado bajo un montículo de arena, seguían allí. Me dirigí hacia el coche. Estaba saliendo el sol. Tuve la certeza de estar lo bastante sobria para conducir.

9. LOS ÁNGELES, 2017

Mi madre y yo estábamos en la cocina, donde ella se preparaba un gin-tonic. En un vaso alto con cuatro cubitos de hielo, se servía ginebra durante un segundo, dos, dos y medio. Servía tónica durante un segundo. Más bien un chorrito. La observé mientras cortaba una rodajita de lima e hincaba la mitad en el borde del vaso. La ventana sobre su fregadero, la ventana ante la que estaba ella, daba al oeste. Un sábado, a las tres, el sol ya descendía hacia su encuentro con el mar. Lo que se filtraba a través de las ventanas: una luz mezclada con polución, con el resultado del color del Macallan Single Malt, solo. El vaso que yo hacía girar en pequeños círculos sobre la mesa no contenía nada más fuerte que limonada, pero esas seguían siendo las comparaciones que me impulsaban: el cielo de un tono whisky escocés; la corteza del color marrón-sirope del bourbon; las mejillas del tono intenso del primer vino rosado del verano. Había acudido a comer, y ya habíamos comido. Había entablado conversación con ella y rechazado diversas plantas. No tardaría en conducir de nuevo de vuelta a casa.

—Bueno —dijo mi madre—, ¿has pensado en empezar a...?

—Mamá.

—Cariño, no hace falta que saltes.

—No he saltado.

—Y ni siquiera me has dejado acabar, no sabes...

—Sí que lo sé.

—Bueno. Han pasado cinco años —repuso ella.

—¿Y qué?

—¿Y no crees que ya va siendo hora de...? Ya sabes —se volvió y sonrió—, ¿... de salir al mundo otra vez?

—Mamá...

—Me encontré a..., ¿te acuerdas de Barb, del club de lectura? Porque comí con ella en el Americana, el sábado pasado, y se ve que su hijo está en L. A. ahora, no sé si recuerdas que estuvo de vuelta en el Este una temporada después de la universidad, trabajando en... ¿publicidad creo que era? Bueno, pues luego decidió que quería ser médico, así que primero tuvo que sacarse unos cursos introductorios y después vinieron cuatro años de facultad de Medicina, y... sea como sea: acaba de terminar su residencia en la USC, ¿o era la UCLA? En obstetricia, creo, obstetricia y ginecología, y por supuesto Barb preguntó por ti y le estuve contando, ya sabes, esto y aquello, y después preguntó si...

—¿Estás intentando emparejarme con un ginecólogo?

—Cariño, de verdad que no es necesario que adoptes ese tono conmigo, no veo...

—No ves qué tienen de malo los ginecólogos.

—No, cariño, de verdad que no. Pero no se trata de él, por supuesto que no tienes que salir con él, pero sí me apunté su número de teléfono por si acaso...

—Ni siquiera vivo en Los Ángeles. Esto es otra vez como aquel trabajo en William Morris...

—¿Hace falta que mencione que no acepté aquel empleo? No acepté aquel empleo.

—La cuestión es que no veo qué tiene de malo animarte a salir con gente. — Iluminada desde atrás, mi madre era una silueta en movimiento: unas caderas estrechas, unos contornos de pómulos, clavículas, caderas y codos altos y puntiagudos y rápidos. Tendrías que acercarte para ver cómo de hinchada estaba la piel bajo sus ojos, cómo de rosada la nariz.

—Nada, mamá. No hay nada malo en que me animes a salir con gente. Y no hay nada malo en que yo no quiera. —Eso no era exactamente cierto. No es que hubiera algo malo en no querer salir con gente, pero yo sí que quería.

—Mira, sé por lo que estás pasando.

—No me digas. —Solo que había un problema.

—Ya sabes que yo estuve casada, antes de conocer a tu padre. —Mi madre asintió vigorosamente, separó una silla y se instaló en la mesa para tener una buena y larga charla conmigo.

Había un problema que me estaba impidiendo salir con gente.

—Bueno. Después de que aquel matrimonio terminara, tardé una eternidad en..., bueno, en estar de nuevo en la brecha, por así decirlo. —Mi madre estaba, creo, guiñándome el ojo—. Tanto tiempo, de hecho, que fui a terapia para averiguar qué me pasaba, si estaba bloqueada o, no sé... —y añadió con una especie de suspiro—: si era frígida o algo así.

Que conste que no creo en la meditación. No creo en cristales ni purificaciones ni polvos cósmicos.

—¿Y lo tenías? —Sí creo en hacerme la muerta.

—¿Si tenía qué?

—¿Tenías algún problema? —Hacerme la muerta era lo que estaba haciendo en esa conversación con mi madre. Y también lo que estaba haciendo con respecto a salir con gente. Mi madre se rió y tomó un sorbo de su gin-tonic y ladeó la cabeza hacia mí, con el cuello extendiéndose confidencialmente.

—¡Por supuesto que no! Y aunque lo hubiera habido nunca me habrían dicho..., la cuestión es que no se trata de culpar, sino de comprender, de conocimiento de una misma, pero tú ya sabes eso, has estado en terapia, ¿no?

—Vale, o sea —dije, en un intento de colaborar con ella—, ¿qué aprendiste sobre ti misma?

—Bueno, primero tuvimos que hablar de mi infancia, y ya puedes imaginarte cuánto tiempo nos llevó eso, y después durante un tiempo me preguntó sobre mis sueños, me dijo que llevara un diario de sueños, hizo que le leyera las entradas, era freudiano, y los freudianos están muy metidos en los sueños, así que, aunque iba tres veces por semana, pasaron meses antes de que empezáramos siquiera a hablar directamente de salir con hombres o, bueno, de sexo. Porque ese era el problema realmente, no era que no quisiera salir. O verás, es lo que yo me figuraba, que no eran las citas lo que me daba miedo sino la exposición, la exposición emocional del sexo. Eso era lo que me preocupaba. Lo cual tenía en realidad mucho sentido porque me encantaba ligar —de

nuevo aquel rápido pestañeo—, y por supuesto no hacía ningún daño que se me diera tan bien, lo de bromear, ese tira y afloja... —¿sería acaso posible que en algún momento mi madre fuera capaz de escuchar?—, y me encantaba ir a bares con mis amigas, darle mi número a algún tipo, solo que después, y solo después, cuando llamaba, no podía aceptar su invitación a cenar, a tomar una copa, me aterrorizaba lo que pudiera pasar. Y no fue solo... Resultó que no era solo por mi primer matrimonio, por el hecho de que me hubiera casado tan joven y hubiera confiado en mi marido tan completamente y...

—¿O sea que ese terapeuta te fue de ayuda? —Algo que no me ayudaba a mí: el recordatorio que ese monólogo me procuraba. El recordatorio del hecho de que mi madre y yo, dejando aparte cosas como la actitud superficial, o la capacidad de reconocer en la otra el problema con el alcohol, mi madre y yo nos parecemos bastante.

—Oh, sí, tremendamente. —Que acudiera a un freudiano, eso sí tiene sentido. Dejemos de lado, temporalmente, mi problema con salir por ahí. Deben saber sobre mi madre que no es demasiado partidaria del término medio. Tiene muy poca imaginación, aunque se le da muy bien llegar a conclusiones—. Aunque no de la manera que seguramente imaginas. —Apuré el gin-tonic y se puso de pie, fue a la encimera a prepararse otro y me dirigió, de camino, una sonrisa pícaro.

Yo sabía lo que debía hacer. Sabía que tenía que quedarme callada y tomar sorbos de mi limonada con la esperanza de que el orgullo de mi madre no la dejara seguir. Pero, vale, lo admito. Sentía curiosidad.

—Muy bien, mamá. —Estaba de vuelta en la mesa, y había encontrado una pajita para su bebida, metálica, felicidades, mamá—. Vale, morderé el anzuelo. ¿Cómo te ayudó?

—Pues bueno. —Con la pajita metálica, mi madre estaba haciendo un trabajo rápido. Ya había desaparecido un tercio de su bebida—. La cuestión es que..., bueno, pues que en terapia freudiana tú te tumbas en un diván y el terapeuta se sienta detrás de ti. Creo que me explicó, al principio, el objetivo de esa tradición, aunque ahora no lo recuerdo, y de todas formas me gustaba, lo de no mirarlo mientras me escuchaba, significaba que así yo no trataba también de averiguar qué pensaba de mí, que no intentaba interpretar sus expresiones faciales; eso puede llegar a cohibirte mucho, ya sabes.

—Seguro que sí. —Mi cara permanecía inexpresiva, los ojos parpadeaban.

—Pero eso significaba también que solo lo veía dos veces en toda la sesión, una al llegar y otra cuando me iba. Así que durante toda la hora..., bueno, durante los cincuenta minutos enteros, él me miraba a mí. Era... —quedaban dos dedos de líquido en su vaso, o menos—, bueno, francamente, era...

—Mamá, no hace falta que...

—¿Qué? Era erótico. Tú lo has preguntado. —Puso los ojos en blanco, apuró la bebida, se levantó para prepararse una tercera—. Eso pasaba —ahora me daba la espalda— justo cuando tu abuela se puso enferma. Y después, cuando murió, bueno, sin ella trabajando ya no había dinero para extravagancias, y tu abuelo consideraba la terapia, el psicoanálisis, una extravagancia. Así que le dije a Robert, Rob, mi psicoanalista, le dije que tendría que dejar de acudir a terapia. A las sesiones. Me ofreció bajarme el precio, pero yo apenas tenía trabajo, solo encontraba algún que otro trabajito en pequeñas películas aquí y allá, y ni siquiera al precio que me estaba sugiriendo me lo podía permitir. ¿Te lo he contado ya? No lo he hecho, y debería... —Su cabeza se volvió de repente, y sus ojos..., ¿era posible que brillaran?—. Me refiero a lo atractivo que era: mandíbula cuadrada, hombros anchos, pelo negro y espeso, bigote; pensaba que a lo mejor había estado en el

ejército, que quizá había hecho un posgrado gracias a las becas para veteranos de la guerra mundial, aunque supongo que también podría haber sido solo... —Se encogió de hombros, volvió a su bebida, hincó media rodajita de lima, se llevó el vaso de vuelta a la mesa—. Quiero decir que todo parecía bastante corriente, pero era su aspecto, tan distinto del que yo creía que debería tener un terapeuta, un psicoanalista, porque por aquel entonces creía que todos los freudianos se parecían a..., bueno, a Freud, más viejos que Matusalén y fumando en pipa y con barba..., y además, cómo me miraba, cómo atraía yo su atención, aunque fuera por unos honorarios, claro. Y el hecho de que aquello estuviera mal también ayudaba, y el poder que tenía..., quiero decir el poder que ejercía sobre mí. Ya conocía todos mis secretos, las cosas que les ocultas a tus novios al principio, y además yo sabía que le gustaba, una mujer siempre sabe eso, y siempre vuelve a un hombre más atractivo. Así que, en nuestra última sesión, me levanto del sofá, me doy la vuelta, nos estrechamos la mano, y él me la sostiene quizá un segundo más de lo normal. Y lo miro y le pregunto si podemos, ahora que..., ya sabes, ahora que ya no es mi terapeuta, mi psicoanalista —dio vueltas al hielo del vaso con la pajita, tomó un sorbo largo—, le pregunto si puedo invitarlo a una copa. Y dice que no. Bueno, al principio dice que no. Hunde las manos en los bolsillos y dice que, aunque por supuesto le encantaría, no puede. Simplemente no sería..., y menciona algo sobre ética médica. Pero yo, en ese momento..., bueno, tengo veintitrés años y unas piernas muy largas y llevo un vestido que quizá es un poco generoso...

—Mamá...

—Qué pasa, llevaba un vestido con mucho escote, ¿qué tiene eso de malo? —Otro trago largo—. Y yo le digo, le pregunto, si podría hacer una excepción, solo esa vez.

—Te acostaste con él, ¿verdad?

—Allí mismo, en el diván. Se saltó su siguiente visita.

—No hablas en...

—Pues claro que no hablo en serio. —El tono de mi madre era de ira absoluta—. Aunque, francamente, el hecho de que hayas pensado que en efecto lo hicimos..., quiero decir, lo que piensas de mí, que hayas creído que yo haría...

—Pero te acostaste con él.

Mi madre sonrió.

—Pues le pregunto si consideraría, solo por esa vez, hacer una excepción, y..., bueno, él pone esa cara, una cara como de que quiere decir que sí, pero sabe que no debería, y yo doy un paso y mis pechos quedan justo... —pronunció la palabra «justo» disfrutando al máximo— rozando las solapas de su americana, y yo digo, una copa, y él contesta, está bien, una copa.

—Te acostaste con él.

—Me acosté con él. —La sonrisa era triunfal—. Y fue..., lo pensé entonces y lo pienso ahora: fue muy terapéutico. Una de las cosas más útiles de la terapia, o del psicoanálisis..., dicen que una de las cosas más útiles es cómo la relación terapéutica refleja las relaciones en el mundo real, solo que tiene unos límites; en otras palabras, constituye una especie de —sus dedos hicieron la mímica de unas comillas angulares— «espacio seguro».

—Pero él no respetó esos límites.

—No, fui yo quien no los respetó. Y eso vino a demostrar algo más importante: que podía abrirme por entero emocionalmente con alguien, que podía mostrarme totalmente vulnerable, y aun así él seguiría deseando acostarse conmigo.

—Confío en que lo denunciaras.

—El caso es que funcionó. Salimos a tomar una copa y luego él me llevó a su apartamento, y después de eso —la mano de mi madre hendió el aire—, así, por las buenas, me curé. Aquello me curó. Conocí a tu padre una semana más tarde, y jamás habría podido abrirme a él de no haber tenido aquella experiencia con Rob, así que, pienses lo que pienses al respecto, también deberías —otro largo trago y su tercer gin-tonic se esfumó— agradecer que lo hiciera, porque si no nunca habría salido con tu padre, y si no hubiera salido con tu padre..., bueno, ¿dónde estarías tú? —Mi madre se puso en pie—. Lo creas o no, fue lo apropiado, y no importa si crees que pudo serme de ayuda o no, porque lo importante es que yo sí creo que me ayudó. Y si yo creo que me ayudó —agitó en el aire la mano que no sujetaba el vaso—, bueno, pues lo hizo. Aunque solo fuera porque yo creí que era así.

Mis padres siguen juntos. Un punto para el psicoanalista, supongo. Viven juntos en una casa, la misma en cuya cocina me sentaba entonces. De vez en cuando, aún se les ve a ambos cruzar la misma habitación al mismo tiempo. Digamos que se trata de la sala de estar: es probable que ella se dirija hacia la cocina, y es probable que él se encamine a su estudio. El estudio es donde mi padre pasa la mayor parte del tiempo. Pinta, casi siempre por encargo: alegres escenas costeras, o los retratos que los amigos más ricos de mis padres le piden de sus hijas beneficiarias de fideicomisos. Estoy casi segura de que, mientras mi madre y yo hablábamos, él estaba pintando uno de esos retratos. Para que conste: mis padres están muy enamorados. Nadie, por ejemplo, los ha visto pelearse nunca. Con frecuencia van juntos a fiestas. Mi padre sabe cómo prepararle a mi madre el martini con ginebra perfecto, y es de hecho el único a quien ella le permite hacerlo, ni siquiera se fía de ella misma para prepararlo. Qué más da entonces que el padre de mi madre, muerto tiempo atrás, fuera un cámara de cine, de mucho talento según su propia versión, que solo se dignaba trabajar en las mejores películas. Las mejores películas: en el transcurso de cuarenta años, un total de seis acabaron en sus manos. ¿Importa acaso que incluso el terapeuta o psicoanalista más depredador fuera capaz de ver en la elección de marido de mi madre, un artista bien dispuesto al compromiso, un rechazo de la figura de su padre, un artista que se negaba a transigir? ¿Que aun así él, mi padre, no gane ni mucho menos el dinero suficiente? ¿Que mi madre conociera a mi padre cuando ella accedió a posar como modelo para la clase de dibujo que él impartía en un centro formativo superior? Como modelo de desnudo, debería añadir. Sus largas piernas y los pechos que había exhibido con aquel vestido de escote generoso también le habían hecho su buen servicio en ese caso.

Pero volvamos a mi problema con las citas. A estas alturas debe de haber quedado bastante claro que a mi madre no se le daba muy bien elegir a los hombres, y lo mismo me ocurre a mí: por eso en aquel momento no salía con nadie, no tenía citas. Lo que me estaba pasando entonces, en aquel momento en que, sentada en la cocina de mi madre, le daba vueltas a mi sudoroso vaso de limonada sobre un posavasos empapado, no era muy distinto del problema que había llevado a mi madre a someterse a terapia y a su psicoanalista. He dicho ya que sí quería tener citas y que había un problema que me lo impedía, pero eso tampoco es del todo exacto. La verdad es que deseaba salir con hombres, y durante un tiempo lo hice: me cité con hombres encantadores, hombres con estudios superiores e ingenio de sobra y definiciones funcionales del término «feminismo» y hombros tan anchos como los del veterano convertido en psicoanalista de mi madre. Y cuando se inclinaban para besarme, mi cuerpo entero retrocedía. Sus labios se posaban en los míos y era como si cada célula de mi cuerpo empezara al instante a intentar apartarse. Casi sentía cómo se

me cerraban los poros, cómo se retraía el vello en mis brazos: cualquier cosa que mi cuerpo pudiera hacer por poner una distancia, por insignificante o imaginaria que fuera, entre sí mismo, entre mí misma y aquellos hombres. Me refiero a cualquier cosa excepto apartarme de verdad. Entretanto, en el trabajo, sola en un despacho con los más viejos, sudorosos y calvos de los abogados de nuestro bufete, me encontraba ruborizándome, con las rodillas temblorosas y retrocediendo hacia la puerta, en un nuevo intento de poner la máxima distancia posible entre mi persona y el espécimen en franco deterioro que tuviera delante, pero en esta ocasión lo hacía para evitar saltarle encima. Era como si me recordaran que era capaz de sentir deseo. Pero también que ese deseo iba mal dirigido a propósito, de modo que me quedaría sin sexo. Y no sabía qué hacer al respecto. Con un cuerpo que me decía: No quieres follarte a los hombres que te parecen, que deberían parecerte, atractivos. Con mi cuerpo diciéndome: En cambio, sí deseas follarte a ese abogado de ochenta y cinco años que cree que las empresas deberían tener los mismos derechos que los individuos y cuya nieta más pequeña tiene más o menos tu edad. No sabía qué hacer con un cuerpo que me decía: Tú no deseas lo que deseas.

Mi madre fue hasta la encimera y se preparó un cuarto gintonic. Observé cómo se lo tomaba. Nuestra charla se volvió intrascendente. Antes de marcharme, lavé mi propio vaso, llené otro con agua y lo dejé sobre la mesa a modo de sugerencia.

10. VALLE DE SAN JOAQUÍN, 2017

Me marché de casa de mi madre y conduje de vuelta a la mía. La ciudad en la que vivo queda lejos de la costa, del mar, del agua salada, de la belleza. He aquí de qué queda cerca: del restaurante 5, de una finca ganadera, de una prisión estatal, de un hospital psiquiátrico. El bufete de abogados donde trabajo de secretaria jurídica está en el centro de Fresno, y entre semana voy y vengo: una hora de ida por las mañanas, una hora de vuelta por las noches. Me preguntan a menudo por qué he decidido vivir tan lejos de mi lugar de trabajo. Suelo alegar que soy pobre, y cuando así lo hago la gente me cree, y eso que Fresno no es ni mucho menos un sitio atractivo para vivir y hay barrios asequibles mucho más cerca del centro. Aun así, es difícil discutir con una madre soltera, visto lo que cuestan los canguros, visto lo que cuestan los niños. A veces no digo nada. El silencio: la mejor forma de acabar con una conversación. En realidad, me mudé a esa ciudad porque en los meses inmediatamente anteriores a que dejara de beber estaba bebiendo mucho y durmiendo muy poco. A mi hijo, que para entonces tenía dos años, lo acosaban las pesadillas y se despertaba llorando casi todas las noches, de modo que mi propio sueño solo era parcial, pues me daba la sensación de que debía permanecer alerta ante sus quejidos de angustia. Acabé por sintonizar de tal manera con el sonido de su respiración al volverse más rápida y entrecortada, con el creciente frufú de las sábanas, con los suaves gemidos que presagiaban un alarido gutural, que a menudo llegaba a su cama un instante antes de que abriera la boca para gritar. Y como yo no siempre era tan sigilosa como pretendía en el trayecto de mi habitación a la suya, a veces sucedía que, al llegar junto a su cabecera, me lo encontraba sentado, con los ojos abiertos y preguntándome si había tenido otra pesadilla, que él pronunciaba «pescadilla», algo que, parcialmente ebria como solía estar, me despertaba una ternura desgarradora. Y como siempre tenía la certeza, pese a no haber oído sus gritos, de que, de no haber captado el ruido de mis pies contra la madera del pasillo que conectaba mi habitación con la suya, su propio llanto lo había despertado, siempre le contestaba que sí; con lágrimas en los ojos al verlo tan pequeñito, tan adorable y vulnerable, le decía que sí, lo cogía en brazos y me lo llevaba a mi cama, donde volvía a dormirse, con la cabeza en mi regazo, conmigo sentada contra la pared y alargando la mano hacia el vaso cada vez más vacío de bourbon en la mesita de noche, hasta que me sonaba la alarma y era hora de levantarse.

Fue durante esas horas, de madrugada, en el espacio entre la vigilia y el sueño, entre la sobriedad y la borrachera, cuando recordé un relato breve que había leído en cierta ocasión. Su autor, un hombre de California, era también dramaturgo y a ratos pintor, actor y cantante de baladas country y del Oeste. Sabía llevar como nadie los vaqueros. Todos estos detalles son importantes. En esa época, mi hijo y yo vivíamos en un apartamento en la ciudad en la que

trabajaba. Antes de eso lo habíamos hecho en Los Ángeles, en el piso de arriba de una casa de dos plantas a unas manzanas de donde vivían mis padres, una casa que era de unos amigos de mis padres y cuyo alquiler muy rebajado pagaban mis padres. Pero entonces encontré el empleo en Fresno, unos trescientos kilómetros al norte de Los Ángeles, y me trasladé, con la mudanza pagada por mis padres y el alquiler del apartamento, demasiado espacioso, al que mi hijo y yo nos habíamos trasladado, costeados en parte, como ocurriera con el alquiler en Los Ángeles, por mis padres. Se preocupaban por mí, no habían querido que me mudara, y solo habían accedido finalmente a que lo hiciera si les dejaba pagar la mayor parte del alquiler, así tendría dinero de sobra para la gasolina que requerirían mis frecuentes viajes al sur para visitarlos, en el coche de segunda mano que también me habían pagado ellos. En parte yo bebía para olvidar tanta caridad, una caridad que apenas podían permitirse. La noche que me acordé del relato del tipo de los vaqueros, mi divorcio, que se había alargado mucho más de lo necesario por la esperanza infundada de John de que nos reconciliáramos, acababa de ser ratificado. O estaba a punto de serlo. Sea como fuere, me había enterado por mi abogado, contratado por mis padres y, cómo no, pagado por ellos también, de que, como California era un estado con régimen de bienes gananciales, yo en teoría tenía derecho no solo a una pensión alimenticia sino también a la mitad de los activos de John. Renuncié a la pensión, renuncié a cualquier reclamación de sus ingresos, sus ahorros o su plan de jubilación, pero John, que de pronto andaba bien de dinero (acababa de recibir una modesta herencia de una tía generosa que murió antes de que nos divorciáramos, pero cuyo testamento solo se había legitimado recientemente), insistió en que aceptara un pago único en efectivo. Para el bebé, dijo. Como he dicho ya, era, y es, un hombre muy bueno. La suma en dólares no era precisamente extravagante, de cuatro cifras una vez descontados los impuestos, pero supuse que alcanzaría para pagar la entrada de una casa en la ciudad que se mencionaba en el relato que había leído.

Aparecía una ciudad en dicho relato, debería haberlo mencionado antes. Aparecía una ciudad en el relato, o muchas de ellas. En la historia, un hombre abandona a su mujer. Conduce hacia el sur por la costa de Maine. Llega a una ciudad. Llama a otra mujer desde una cabina telefónica. Le dice que ha dejado a su esposa para estar con ella. Ella le dice que no piensa dejar a su marido. Él cuelga. Vuelve a su coche, que no es un coche sino una camioneta. Sigue conduciendo. Llega a una segunda ciudad. La historia se repite. En cada ciudad hay una mujer distinta, y cada mujer, pese a las promesas que ha hecho, según se da entender, se niega a dejar a su marido. El tipo recorre la Costa Este. Cruza el sur y luego se dirige hacia el norte a través de los estados de las Grandes Llanuras y hacia el oeste a través de las Rocosas. En cada ciudad, se ve rechazado. No se detiene para dormir, comer ni cagar, o, si lo hace, el autor de los vaqueros no lo menciona. Finalmente va a parar a una ciudad en California. La ciudad cuyo nombre yo recordaba ahora mientras bebía y dormitaba. Hace una llamada y se encuentra con que aquel número ya no existe. La historia acaba ahí, pero yo siempre he imaginado que se quedaba. ¿Cómo iba a marcharse? Se ha quedado sin carreteras que recorrer.

El lector tiene la impresión de que la culpa de aquellos rechazos repetidos la tienen la promiscuidad del hombre y su infidelidad. Pero a esa impresión se antepone, deliberadamente, la rabia que el lector siente asimismo hacia las mujeres a las que ha llamado. El hombre ha hecho un trayecto muy largo, lleva días al volante. ¿No puede alguna de esas mujeres ofrecerle una comida, una cama, el consuelo de su cuerpo, aunque sea por una noche? Leí en cierta ocasión que la violencia en pantalla, incluso si pretende horrorizar, habla inevitablemente a favor de sí misma.

Que siempre conlleva que el espectador se sienta intrigado y por tanto excitado por ella. Que el hecho visual de la violencia es estimulante, incluso si la intención es provocar repugnancia. Y así, lo que una siente por el conductor solitario no es repugnancia, sino lástima. El escritor que describe a un personaje masculino aborrecible exige sin embargo que el lector le preste su atención a aquel hombre aborrecible.

¿Me imaginaba yo como una conductora solitaria que se forjaba una vida en una ciudad llena de extraños? Pues sí. Presta atención a los hombres suficientes y empezarás a sentirte como ellos. Lo considerarás una mejora con respecto a la fantasía de que uno de ellos te maltrate, y probablemente tendrás razón. El bourbon también ayudaba, quiero decir. De modo que pagué la entrada de una casa y mi hijo y yo nos mudamos del apartamento en Fresno a la casa que había comprado, y entonces, un tiempo después, dejé de beber, un proceso que implicó dejar a mi hijo en casa de mis padres e ingresar en un centro de rehabilitación que también pagaban mis padres, al igual que pagaron durante un tiempo la hipoteca de la casa que había comprado, de modo que, cuando salí de rehabilitación, aunque me negué a asistir a reunión alguna del tipo que fuera, pues encontraba repulsiva la idea de compartir, de un poder superior y de enmendarme, aun así permanecí sobria porque había descubierto que era la única manera de impedir que mis padres me ayudaran económicamente en lo que fuera. Con «impedir» quiero decir «evitar la necesidad de». El orgullo me mantenía sobria. Y la rabia, y la tozudez también. Vale la pena mencionar, asimismo, que mantenerme sobria también me ayudó a comprender el error que había cometido al contemplar una ciudad polvorienta, desértica, racialmente segregada y con carencias económicas y ver un lugar pintoresco, y en eso fueron también el orgullo, la rabia y la tozudez los que me impidieron admitir que había estado muy borracha y muy equivocada; el orgullo, la rabia y la tozudez fueron los que me impidieron vender la casa. Si bien es cierto, siendo realista, que nadie la habría comprado. Con la minúscula entrada que había conseguido arañar, no era de sorprender que fuera un sitio de mala muerte.

Cuando llegué a la casa que todavía sigo pagando, sin ayuda de mis padres, solo había una luz encendida. Había hecho mejoras desde que la comprara, desde que había dejado de beber, pero esta no es la clase de historia en la que ahora describo con detalle esas mejoras y ensalzo el poder redentor del trabajo físico, aunque, de hecho, sí creo en el poder redentor de casi todo lo que resulta desagradable y difícil. Sea como fuere, la casa estaba un poco más bonita. Esa es la parte importante.

Eran las nueve y mi hijo, si la canguro había seguido mis instrucciones, algo que siempre hace, llevaría una hora durmiendo. La canguro tiene mi edad, algo que me hace sentir un poco culpable. O tiene la edad que yo suelo seguir imaginando que tengo. En realidad, es más o menos una década más joven. Dejó la universidad para cuidar de sus padres, que contrajeron, en el espacio de unos meses, sendos cánceres distintos, pero igualmente raros. Cuando la quimio y la radio fracasaron, cuando se volvió evidente que la cirugía haría más daño que bien, ella volvió a casa y los instaló en dos camas de hospital idénticas, en la sala de estar de su hogar de la infancia, y cuidó de ellos. A veces me cuenta historias sobre los últimos meses de sus vidas, historias que yo disfruto no porque sean conmovedoras sino porque son truculentas. Bueno, para mí no son conmovedoras.

Cuando entré en mi casa, la canguro estaba en el sofá mirando su teléfono móvil.

—Hola —dije.

—Oh. —Se dio la vuelta—. Eh, ya estás aquí. ¿Cómo está tu madre?

—Bien. ¿Qué tal han ido las cosas por aquí?

Se encogió de hombros.

—Bien. He tenido algún problemilla al meterlo en la cama. Quería un segundo cuento, y luego un tercero. —Hizo un gesto de exasperación y después sonrió—. Nada fuera de lo corriente.

—Bueno —respondí—, pues gracias. —Hice una pausa—. Sé que le gustas de verdad.

Aunque para entonces llevaba muchos meses haciéndome de canguro, y aunque me había contado cómo frotaba con crema la piel cuarteada de los pies de su padre, cómo le cortaba las uñas duras y amarillentas de los pies, cómo sostenía a su madre sobre la taza del váter y le limpiaba el culo, cómo le lavaba con una esponja las axilas y la entrepierna, aun así yo me sentía, en su presencia, terriblemente incómoda. Como si en cualquier momento ella pudiera decidir..., no dejarme, sino humillarme. No llevo un diario, pero a veces, en su presencia, siento que sí lo hago y que lo he olvidado ahí, y que ella lo ha leído y está a punto de publicar el contenido en su blog. Esa es mi reacción habitual ante una intimidad que se desarrolla lentamente (en oposición a una inmediata y abrumadora). Mi terapeuta (no sigo el programa de doce pasos, pero perdí la batalla conmigo misma sobre la terapia) dice que comprender el problema es el primer paso para solucionarlo y estoy de acuerdo, solo que no estoy segura de querer dar más pasos después. Y sí, sé muy bien que ya nadie tiene blogs.

La canguro y yo hablamos durante un rato, primero de mi madre y luego de la suya, sobre la depresión sin tratar de su madre, y se me ocurrió, y no por primera vez, que además de la ansiedad que experimento cuando me siento amenazada por la intimidad, en el caso de la canguro, el temor de que parezca probable que su pasado sea mi futuro (mis padres envejecen; soy hija única; no hay dinero para residencias de ancianos) podría ser también un factor que contribuyese a ella. Mi terapeuta habría querido que compartiera ese temor, me habría animado de ese modo a volverme vulnerable, quizá incluso habría sugerido que le preguntara a la canguro por los temores que ella misma había experimentado cuando le dieron los diagnósticos de sus padres, cuando comprendió que los siguientes meses, los siguientes años de su vida tendría que dedicarlos a cuidar de ellos. Pero entonces yo no había evolucionado hasta ese punto, ni ahora tampoco. Le pregunté a la canguro cuánto le debía y le extendí un cheque, y cuando ella se puso la mochila para ir hacia la puerta, le dije:

—Hasta el lunes.

Cuando se fue, pasé un rato mirando mi móvil. Con «mirando» me refiero a que observaba con atención un número específico, sin tener la seguridad de que todavía fuera el de Laura. Dos visitas atrás, mi madre había mencionado que Laura había pasado a verlos, que estaba embarazada, que su tercer marido, un poco más joven que ella, parecía el definitivo, que la adoraba y estaba decidido a cuidar de ella, lo cual sonaba bien para la propia Laura, pues no a todo el mundo le repele de inmediato la ternura como me ocurre a mí. El hecho de que estuviera embarazada daba pie a lo que una mujer más optimista que yo quizá habría llamado «posibilidad». Todas mis amigas, todas las personas cuyos nombres conocía y a quienes veía más de dos veces al mes, eran madres. Laura iba a ser madre. Quizá, por la circunstancia transitoria de que las madres tienen en realidad pocas opciones cuando se trata de socializar, podría volver a ser mi amiga. Mi propia madre se había ofrecido a darme el número de Laura y yo le había contestado «No, gracias, ya lo tengo», y desde entonces miraba fijamente ese número, una y otra vez, y me preguntaba si en efecto

lo tenía y, de ser así, si debería hacer algo al respecto.

Pasé unos cinco minutos mirando fijamente, encendiendo y apagando la pantalla, sin llamar, y luego fui a echarle una ojeada a mi hijo. Sobria camino con mayor sigilo, y estaba dormido cuando abrí la puerta y seguía dormido cuando me acerqué a su cabecera y me incliné sobre su cuerpo tendido boca arriba para darle un beso en la frente. De vuelta en la sala de estar, encendí el televisor. Eché un vistazo al teléfono. Cuando me preocupo por mi hijo me preocupa, por supuesto, que se muera, pero cuando me he convencido de que todavía respira, de que sus pupilas no parecen revelar ictericia, de que el chichón que le sale en la frente cuando se da un golpe no oculta un tumor, lo que me preocupa es cómo le irá en la vida. Me refiero a la posibilidad de que acabe como yo. Tampoco es que yo sea tan horrible, porque sé que puedo ser una gran, una excelente, una perfecta..., me refiero a que he tenido unos padres que están bien. No eran increíbles, pero desde luego no me animaban a odiarme a mí misma. No me decían que buscara hombres que fueran controladores y crueles, no sugerían que merecía eso. Y si durante mis años de formación sí había cierto consenso cultural sobre qué deseaban las mujeres y qué deberían hacer los hombres para proporcionárselo, bueno, pues muchas otras de mi generación fueron lo bastante listas como para mostrarse escépticas. Lo que quiero decir es que mi vida, como las vidas de la mayoría de la gente, carece de una historia originaria; me refiero a una con cualquier clase de capacidad aclaratoria. Y eso significa que mi hijo podría salir de cualquier manera y por cualquier razón o por ninguna en absoluto. No estoy segura de si se trata de una ironía, pero aquí está, por fin he encontrado justo lo que deseo controlar, y por supuesto no puedo hacerlo.

Cuando compré la casa lo hice en parte porque tenía una idea romántica del cambio que podía experimentar mi vida en una ciudad así, tan pequeña y con tan poco porvenir. Me imaginaba trabajando en una cafetería, una cafetería frecuentada por camioneros. Imaginaba que uno de ellos, un tipo de buen corazón, modificaba sus rutas para poder verme más a menudo. Nunca se quedaba más tiempo del que tardaba en tomarse dos tazas de café y un sándwich de queso fundido, pero aun así el buen entendimiento crecía entre nosotros. Me imaginaba con un vestido largo, en un patio trasero, tendiendo las sábanas y protegiéndome los ojos del sol. En lugar de eso, le pagaba a una mujer para que se ocupara de mi hijo mientras trabajaba como secretaria jurídica. Todas mis faldas llegaban justo por debajo de la rodilla. Para hacer la colada utilizaba una lavadora y una secadora, ambas ubicadas en el sótano. En el relato breve que leí, el protagonista tiene un hijo, al que abandona junto con la esposa en la Costa Este. El autor, el tipo de los vaqueros, tenía una serie de hijos. Están todos diseminados por el país junto con las mujeres que los engendraron. Y pese a que es verdad que el autor nunca llegó a estar sobrio, es posible que todo este tiempo yo haya estado equivocada con respecto al protagonista de la historia, el hombre que se queda sin carretera que recorrer. Porque no es así, en realidad. Me refiero a que puede internarse en el mar. Siempre puede decidir dar media vuelta.

OBRAS (NO) CITADAS

El manuscrito de este libro surgió en parte de un compromiso previo y en algunos casos remite elípticamente a los siguientes textos, programas de televisión, películas, series de internet, obras de arte, canciones, boletines de correo electrónico y *podcasts* multimedia: *Lancha rápida y Oscuridad total*, de Renata Adler; *El hilo invisible*, escrita y dirigida por Paul Thomas Anderson; *Hotel Chevalier*, cortometraje dirigido por Wes Anderson; *Unmastered*, de Katherine Angel; *Frasier*, temporadas 1 y 2, de David Angell, Peter Casey y David Lee; *Fish tank*, dirigida por Andrea Arnold; *Viaje a Sils Maria* y *Personal shopper*, dirigidas por Olivier Assayas; *All grown up*, de Jami Attenberg; *Rocky*, dirigida por John G. Avildsen; *John*, de Annie Baker; *Cassandra en la boda*, de Dorothy Baker; *La habitación de Giovanni*, de James Baldwin; *El gran azul*, dirigida por Luc Besson; *Fuera de este mundo*, creada por John Boni y Bob Booker; *Horace and Pete*, escrita y dirigida por Louis C.K., en particular el episodio 3, protagonizado por Laurie Metcalf; *The years of Lyndon Johnson*, de Robert Caro; *El ensayo de cristal*, de Anne Carson; «Fresno's ugly divide», serie en múltiples partes publicada por *The Atlantic* y escrita por Rachel Cassandra, Misyrlena Egkolfopoulou, Briana Flin, Alexandria Fuller, Margaret Katcher, Mary Newman y Reis Thebault, estudiantes de posgrado en la Escuela Superior de Periodismo de la Universidad de California en Berkeley; *Maridos* y *Así habla el amor*, escritas y dirigidas por John Cassavetes; *La doncella*, dirigida por Park Chan-wook; *Mrs. Bridge*, de Evan S. Connell; «Leyendo el Tarot», boletín electrónico escrito por Jessa Crispin; *Análisis final*, de Amanda Cross; *A contraluz y Tránsito*, de Rachel Cusk; el boletín electrónico asociado con «The Small Bow», una página web creada por A. J. Daulerio e ilustrada por Edith Zimmerman; *La ocupación*, de Annie Ernaux; la cobertura del caso Harvey Weinstein de Ronan Farrow en *The New Yorker*; *Veronica*, de Mary Gaitskill; *The babysitter at rest*, de Jen George; *The end of the novel of love*, de Vivian Gornick; *Call me by your name*, dirigida por Luca Guadagnino; *I love Dick*, creada por Sarah Gubbins y Jill Soloway, en particular el episodio 5; «A short history of weird girls», escrito por Annie Baker, Chris Kraus y Heidi Schreck; *La pianista*, dirigida por Michael Haneke; *L. A. Confidential*, dirigida por Curtis Hanson; *Escribir la vida de una mujer*, de Carolyn G. Heilbrun; «Invictus», de William Ernest Henley; *¿Cómo debería ser una persona?*, de Sheila Heti; «The oppositional gaze: black female spectators», de bell hooks; *Tres tiempos*, dirigida por Hou Hsiao-hsien; *En un lugar solitario*, de Dorothy B. Hughes; *Negroland*, de Margo Jefferson; *Hechizo de luna*, dirigida por Norman Jewison; *The folded clock*, de Heidi Julavits; *El primer hombre malo*, de Miranda July; la cobertura en *The New York Times* sobre el acoso sexual en el lugar de trabajo, a cargo de Jodi Kantor y Megan Twohey; *Big Little Lies*, creada por David E. Kelley; *I love Dick*, de Chris Kraus; *Diarios* de Sylvia Plath, editados por Karen V. Kukil; *Supplément à la vie de*

Barbara Loden, de Nathalie Léger; *Agosto*, de Tracy Letts; *The widening spell of the leaves*, de Larry Levis; *Margaret*, dirigida por Kenneth Lonergan; *Su cuerpo y otras fiestas*, de Carmen María Machado; *Shame: deseos culpables*, dirigida por Steve McQueen; *Los cuentos*, de Leonard Michaels; *El periodista y el asesino*, de Janet Malcolm; *El paciente inglés*, dirigida por Anthony Minghella; «Placer visual y cine narrativo», de Laura Mulvey; *Blank check with Griffin and David*, presentado por Griffin Newman y David Sims, en particular el episodio del 23 de diciembre de 2018 sobre *Aquaman* de James Wan; *And now we have everything*, de Meaghan O'Connell; *El paciente inglés*, de Michael Ondaatje; *New collected poems*, de George Oppen; *Meaning a life*, de Mary Oppen; *Where should we begin?*, temporada 1, presentado por Esther Perel; *Vidas paralelas*, de Phyllis Rose; *Diarios completos* y *La caja de los deseos*, de Sylvia Plath; *Mating*, de Norman Rush; *Uno de los nuestros* y *Casino*, dirigidas por Martin Scorsese; *Los anillos de Saturno*, de W. G. Sebald; «Push», escrita por Matt Serletic y Rob Thomas e interpretada por Matchbox Twenty; *La secretaria*, dirigida por Steven Shainberg; *El ala oeste de la Casa Blanca*, temporadas 1-3, creada por Aaron Sorkin; «Does anyone have the right to sex?», de Amia Srinivasan, *London Review of Books*, vol. 40, n.º 6, 22 de marzo de 2018; *Want* y *When the saints*, de Lynn Steger Strong; *Antígona González*, de Sara Uribe; *Jane la virgen*, creada por Jennie Snyder Urman; «On pandering», ensayo de Claire Vaye Watkins que formó parte de una conferencia durante el Tin House Summer Workshop de 2015 y se reimprimió en el número de invierno de 2015 de la revista *Tin House*; *Instinto básico*, dirigida por Paul Verhoeven; *Fleabag*, creada por Phoebe Waller-Bridge; «Ventimiglia», de Joanna Walsh; *Mad Men*, temporadas 6-7, creada por Matthew Weiner, en particular el episodio 7 de la temporada 6, «Un hombre con un plan», protagonizado por Linda Cardellini; *Drive*, dirigida por Nicolas Winding Refn; «Burn this», de Lanford Wilson; *Heroines*, de Kate Zambreno; *Sour heart*, de Jenny Zhang.

OBRAS CITADAS

La frase «feliz, con un secreto», citada por la inquilina en «Ann Arbor, 2002», la pronuncia Stan, el personaje interpretado por Mark Ruffalo en *Eterno resplandor de una mente sin recuerdos*, dirigida por Michel Gondry. Aunque la película se estrenó en 2004 y por lo tanto la inquilina no podría haberla visto en el momento en que la «cita», incluyo la referencia a propósito.

La exposición de la videoartista sueca descrita en «San Francisco, 2010» se inspira, en parte, en *Missing*, de Sophie Calle, una exposición que pudo verse en el Centro de Arte y Cultura Fort Mason de San Francisco del 29 de junio al 20 de agosto de 2017.

Los detalles de la fiesta en la que Norman Mailer apuñaló a su segunda esposa, de soltera Adele Morales, y de su relación con ella se han extraído de una serie de textos, que incluyen: *Mailer: a biography*, de Mary V. Dearborn; *Norman Mailer: the American*, dirigida por Joseph Mantegna; y *La última fiesta*, de Adele Morales Mailer.

El relato breve descrito por la narradora en «Valle de San Joaquín, 2017» se inspira en el cuento de Sam Shepard «Coalinga ½ Way».

También en «Valle de San Joaquín, 2017», el texto al que la narradora hace referencia pero no logra recordar, y que propone que la violencia en pantalla habla inevitablemente a favor de sí misma, se ha extraído del ensayo «... The movies make heroes of them all», que forma parte de *A year in the dark* de Renata Adler.

La idea de una sección de «Obras (no) citadas» procede de la novela *Fra Keeler*, de Azareen Van der Vliet Oloomi.

AGRADECIMIENTOS

Un escritor mete en su primera novela más o menos todo lo que ha pensado, visto, leído, amado, odiado o experimentado nunca. Yo así lo creo, sea cierto o no. Por expresarlo de otro modo: he hecho eso, para bien o para mal. Lo que pretendo decir es que si tuviera que mencionar a cada persona, institución o texto que me han servido de apoyo o inspiración durante la gestación de *Temas de conversación* o se las han ingeniado de algún modo para llegar a ella, la sección en cuestión sería más larga que la novela en sí. También quiero decir lo siguiente: si alguna vez mantuvimos una conversación o compartimos una comida o incluso intercambiamos correos electrónicos de trabajo, gracias.

Gracias a mis padres, Ada y Michael. Gracias a los Popkey: Dan y Nick y Challis; a Ross y Kristi; a Sally Anne y Billy Kent. Gracias a los Marchese: Giuseppina y Salvatore; a Antonella y Paolo; a Anna, Claudio, Gaetano, Jessica y Davide; a Mina, Luca, Caterina y Aurora. Gracias a los MacLaughlin: Ann; Jay; Nina; Sam; y a Molly Fischer y Pam Murray.

En San Luis, gracias a la Washington University y a los escritores en las promociones por encima y por debajo de la mía: a Sara Duff, Jae Kim, Meghan Lamb, Joel Sherman y Paul Sung; a Elizabeth Baird, Rebecca Butler, Charles McCrory, Madeleine Moss, Analeah Rosen y Red Samaniego. Mi especial agradecimiento a los escritores de ficción de mi promoción: Miguel Morales, Erin Peraza, Robin Tripp y Jenny Wu. Gracias a Cassie Donish y de nuevo a Sara Duff, y a Erinrose Mager, Emma Wilson, Sasha Wiseman, Christina Wood Martínez y Billy Youngblood. Gracias a mis profesores: Kathryn Davis, Danielle Dutton y Marshall Klimasewiski; también a Steven Meyer y Martin Riker. Gracias a Shannon Rabong y a Dave Schuman.

Gracias a Julia Galeota. Gracias a Emily Gould, Lynn Steger Strong y Monika Woods.

Gracias a mi terapeuta en Nueva York y a mi terapeuta en San Luis; no me he acostado con ninguno de los dos.

Gracias a 67 Edgewood, al QuikTrip en Kingshighway y a Schnucks y su pollo frito.

Gracias a Louise Glück, que me dio permiso para escribir ficción.

Gracias a Ben Marcus, que me dio permiso para escribir una novela.

Gracias a Denise Shannon y a Jordan Pavlin por depositar su confianza en mí como escritora y en este manuscrito como novela antes de que yo tuviera mucha en cualquiera de los dos. Gracias a Jacqueline Sather y Nicholas Thomson. En Knopf, gracias a la directora editorial, Kathy Hourigan; a la directora de producción, Lorraine Hyland; a la diseñadora de textos, Anna Knighton; a Emily Murphy en márketing; a Emily Reardon en publicidad; y a la correctora, Bonnie Thompson. Gracias a Maria Švarbová, cuya sensacional fotografía se ha utilizado en la cubierta. Gracias a Debra Helfand por enseñarme el valor de una buena directora editorial.

Gracias a Gabriel Winslow-Yost por su amistad, por sus innumerables recomendaciones de libros y películas y sobre todo por haber padecido un primer borrador de esta novela, incluidas las desagradables partes de sexo.

Gracias a Zan Romanoff y Nozlee Samadzadeh-Hadidi por quererme incluso y particularmente cuando insisto en no desear que me quieran.

Gracias a *Dudley*, alias el Sabueso, alias el Perruno, alias el Concepto Perruno, alias el Concepto Nocional, alias el Manso. No eres muy buen editor, pero eres un gran perro.

Y gracias a Will. Solo nos hace falta un poco de paciencia.



MIRANDA POPKEY

(Santa Cruz, California, 1987) es escritora, editora, traductora y trabajadora social. Licenciada en Humanidades por la Universidad de Yale, tiene un máster en escritura creativa por la Washington University de San Luis.

Colabora asiduamente en medios como *The New Republic*, *The New Yorker*, *Harper's* y *The Paris Review*. Antes de debutar en la novela con *Temas de conversación*, trabajó como editora del sello literario Farrar, Straus and Giroux. Actualmente vive en Massachusetts.

«Decirles a los demás lo que quieres, “expresar tus deseos” [...] equivale a decirles a los demás cómo hacerte daño, darles el manual de instrucciones.»

Temas de conversación nos introduce en la cabeza de una mujer destinada a complicarse la vida. Una mujer desgarrada por la contradicción entre sus ideales feministas de autonomía, libertad y soberanía sexual, y el caos que rige su vida: episodios recurrentes de autosabotaje, sueños abandonados y una tendencia a juntarse con los hombres equivocados y a desarrollar fantasías de sometimiento. Desde un viaje de juventud a la costa adriática hasta su actual vida de madre soltera, nuestra protagonista despliega una biografía marcada por la búsqueda quimérica de un centro de gravedad. El pasado se revela en una serie de conversaciones —confidencias, charlas en fiestas, un encuentro con un extraño en un hotel— que dan pie a momentos de euforia, vergüenza, ternura, humor, cinismo e intimidad.

El deslumbrante e inteligente debut de Miranda Popkey aborda sin tapujos las paradojas del deseo femenino y se interroga acerca de los elementos que componen el relato de una vida: somos lo que decimos y lo que reprimimos, y no hay forma de intimidad (o de ocultamiento) más refinada que el acto de contar y conversar.

«Una novela felizmente antisentimental sobre la difusa línea que separa la atracción de la repulsión.»

Jenny Offill